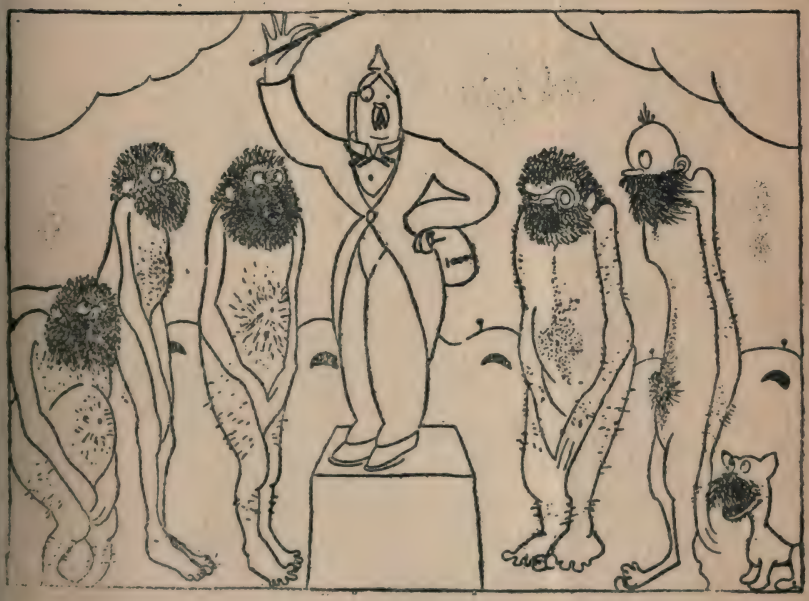
3 1761 05264176 8

V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

LOS BOCHEROS

IS ANTON DEL OLMET

LOS BOCHEROS



262821
4·1·32

(LA PROPAGANDA TEUTONA EN ESPAÑA)

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

DOS PALABRAS

CUANDO *surgió la guerra universal fuimos no pocos los españoles contagiados de germanofilia.*

Las circunstancias cambiaron enteramente. Alemania nos ha hundido barco sobre barco, atentando al territorio y á la independencia de la Patria. Aprovechó nuestras costas para convertirlas en subrepticias bases navales, mientras Madrid es un foco de conspiración. Sólo Teutonia, entre todos los beligerantes, le ha inferido á España daños é injurias.

Á más de esto, y de haber ofendido ese pueblo al mundo con su guerra bárbara, con su imperialismo salvaje, con toda la huella de iniquidades perpetradas siempre, y desde hace un año, en plena locura, los alemanes han capitisdisminuído á nuestra raza por medio de su propaganda envilecedora.

Ellos han cometido con esto un desafuero aún más vil que el de los torpedeamientos. Por que

al comprar á bajo precio almas y voluntades dirigentes, han captado la acción de medio país. Un barco que se hunde es un ultraje que se recibe. Un escritor que se alquila significa, por el hecho de alquilarlo, el delito de traición más vituperable. Por que esas plumas que chirrían en nombre de España y que obedecen á la consigna de un país extranjero, son el coro de sepultureros que están cavando la gazmoña sepultura de una raza ayer excelsa.

Aparecen en este libro las semblanzas de nuestros bocheros ó trogloditas más caracterizados. Unos cobran. Otros son inconscientes. Algunos obran movidos por la vanidad ó por la extravagancia.

Sus campañas no nos han librado de la guerra, porque la guerra, quien la provocó fué Alemania contra nuestro país. Los aliados han asistido indiferentes á nuestra pasividad menguada. Lo que han logrado por ahora esos hombres es que recibamos los ultrajes de Prusia con humilde silencio, y que en vez de adoptar una postura viril, que no nos haría derramar sangre y que nos devolvería crédito y fuerza material y espiritual, estemos pasando ante los ojos del mundo por el país más cobarde del planeta.

¿Ir á la intervención? Y ¿qué?... Se es neutral mientras no existe ningún beligerante que acometa. Y Alemania nos ha hundido cuarenta navíos mientras atenta contra el comercio de Espa-

ña. ¿Ir á la intervención...? Y ¿que?... Embargaríamos los barcos enemigos que hay en nuestras costas, podríamos armarlos, suprimiríamos el espionaje, ostentaríamos un gesto siquiera decoroso y no tendríamos que enviar soldados al frente. Los ingleses y los franceses se están bastando y sobrando para arrojar hasta Berlín á las hordas, ya hambrientas, de Atila.

Esta es la obra germanófila.

Para ejemplo y curación de españoles descarriados, publico estas semblanzas troglodíticas.

ARMANDO GUERRA

El Sr. Martín Llorente es un hombre chiquito y vulgar, sin exterior apocalíptico de ninguna especie. De paisano, se le supondría dueño de una mercería en la calle de Postas, contratista de caballos en la plaza de Carabanchel, hasta contable de una Azucarera no muy empingorotada.

Representa de cuarenta y seis á cincuenta y dos años. El uniforme le da prestigio sin trocarlo en un Marte. Su charla es ingenua:

—Trabajo como un energúmeno... Las mujeres están chifladas por mí... ¡Oh, esto de la popularidad es anonadante!...

Yo no quiero mal al Sr. Martín Llorente. Su otoñal primavera me causa regocijo y simpatía.

Haría falta ser un hombre de prejuicios absolutos, para no comprender todo el encanto poético de esa vida gris que se adormece ahora al susurro del éxito, cuando el escalafón soñaba un retiro y la naturaleza un descanso.

El Sr. Martín Llorente—sin que yo ose negarle cualidades bélicas, para mí absolutamente respetables—no alcanzó gran fortuna en su carrera. Honrado guardia civil en su juventud, logró en fuerza de estudiar con germana parsimonia clavarse estrellas en la bocamanga. Seguramente habrá estado el Sr. Martín Llorente en Cuba—donde demostraría ese valor que tienen los militares, no como un privilegio, pero sí como un deber—, y que en mí, entusiasta del Ejército y condecorado varias veces por el Ejército, fuera absurdo y pueril negarle.

No... Yo no le niego nada al Sr. Llorente. Le niego ecuanimidad, le niego amenidad, le niego estirpe literaria, le niego cualidades críticas.

Antes de 1914 era el Sr. Martín Llorente un excelente profesor de estrategia. Asistía á su clase. Estudiaba. Iría á Pozuelo los domingos. Pensaría que se iba pasando, y que la vida no le había sonreído aún de un modo absoluto.

Pero estalló el gran conflicto mundial. Y entonces, aquel hombre honestamente gris, en cuyo bigote plateaban las canas, tuvo una revelación.

—En España—dijo—existen los revisteros teatrales, los revisteros taurinos. Ambos ganan buenos sueldos y ambos gozan de popularidad. ¿Será dable la existencia del crítico belicoso? Esta guerra que ahora principia ¿me revelaría como un «Barquero» ó un Lugín de la táctica?

Dicho y hecho. España se apasionaba por lo marcial. Surgieron algunos critiquillos de poca monta. El Sr. Martín Llorente se propuso desbancarlos. Español del día, vió inmediatamente que un revistero no puede ser imparcial aquí. Hay que ser gallista ó belmontista. Los neutrales son fríos y no arrastran muchedumbres. Y como por aquella época Alemania nos ofuscaba un tanto con su ímpetu efímero y teatral, hete aquí al buen comandante, desapasionado y bonancible, honradote y estudioso, trocado en vocero de Teutonia.

—Quedamos, pues—se dijo nuestro hombre—, en que se impone reseñar la guerra, y en que se impone reseñarla para gusto de agermanados.

Había que elegir dónde. Y el buen D. Francisco cayó en *El Parlamentario.*

Yo estaba, por entonces, en Francia. El señor García Carraffa, que gería ese diario, recibió las primicias del novel revistero. Fueron cinco ó seis crónicas, llenas de tópicos y de frases coloristas, á las que ponían gráficos muy lindamente dibujados un aliciente más.

Carraffa las publicó lleno de entusiasmo.

—¡Esto es ver la guerra!—decía á baba suelta—. ¡Vaya un tío con pupila táctica!—gritaba, epiléptico.

Ignoro si las reseñas del Sr. Martín Llorente le valieron seis lectores á *El Parlamentario.* Sé

que al Sr. Martín le valieron toda la eficacia de la iniciación.

De regreso yo en la corte, me trajo el excelente revistero más cuartillas aún. Empecé á leerlas y me parecieron un poquito burdas. Pero el Sr. Carraffa estaba ebrio de entusiasmo.

—Hay que publicar eso. ¡Ahí sí que hay gracia y repajolera vista!

Las cuartillas se publicaron. Este sacrificio, empero, no fué estimado por el Sr. Martín Llorente. D. Paco no quería establecerse entre nosotros. Aspiraba á un gran diario, y á un copioso sueldo, para *El Parlamentario* inconcebible.

Y así fué. Ya no tornó D. Paco á traernos sus gráficos ni sus cuartillas. No se despidió siquiera. Nos abandonó con el egoísmo del chacal. Estaba en *A B C.*

Desde entonces le he seguido con una atención espectadora. Le veo reseñar los combates de una manera pintoresca y abigarrada, como podría loar á Vicente Pastor. Yo juro por el honor de mis abuelos que no he leído jamás una sola crónica del gran D. Paco. Tampoco he leído al «Barquero». Al pasar la vista por esa prosa inexperta y parcial he sorprendido chicoleos de entre barreras, jaleamientos del tendido solar, y hasta algunos recursos poéticos de brasero y badila que me han puesto enfermo el bazo.

Luego, la marcha de *A B C,* donde el sagaz y vigilante espíritu de Cuartero le clavó el esti-

lete de su escepticismo. Más tarde en *El Debate*. Luego, su libro militar, parecido á aquellos volúmenes taurómacos que urdía el llorado «Dulzuras».

Tres años no hace desde que empezó la lucha, y ya D. Paco es el ídolo de una caterva. Es un valor español del día, como la Argentinita, como Paco Madrid, como Ontiveros, como el padre Calpena. Carece de conceptos altos, de serenidad, de gracia espiritual fina. Si «Don Pío» revistara al Kaiser le diría piropos más pintorescos. No es siquiera un Muñoz Seca de la táctica.

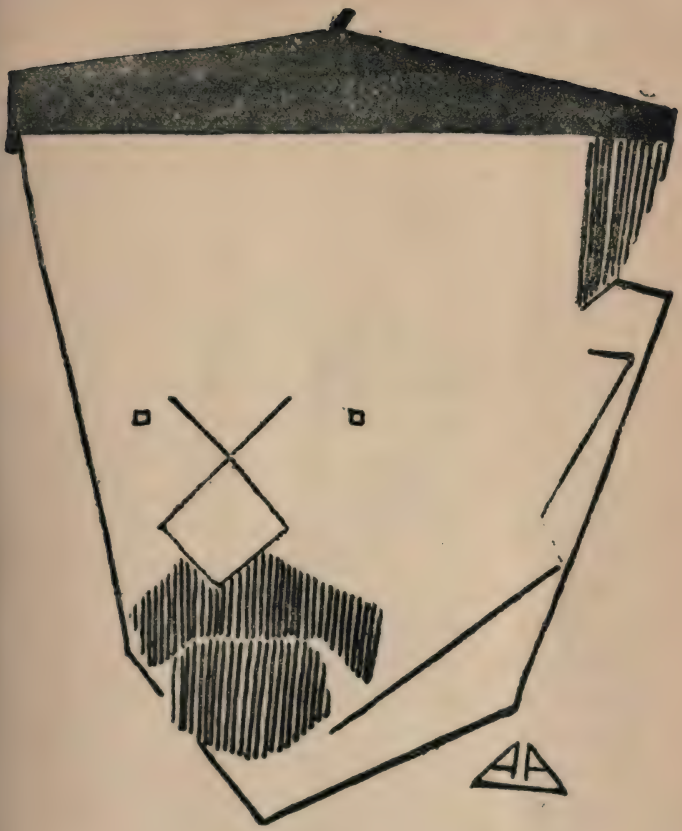
Pero D. Paco no debe abandonarse á la gloria. Es una de esas estrellas que sólo viven una temporada. D. Paco coleará todavía durante algunos meses. Ahora ya empieza á vacilar. Ve cómo Germania pierde la guerra sin remedio, y en balde grita desde su contrabarrera jaleando al ídolo sin garbo.

Pronto el vencimiento germano será un hecho. Y entonces volverá el Sr. Martín Llorente á ocupar un modesto sitio en el escalafón. ¿Será jefe de Zona en Betanzos? ¿Quién, dentro de cuatro años, recordará su nombre?

Yo le aconsejo que ahorre algún dinero. Aunque ahora le pagan muy bien, y muy justificadamente, no debe gastarlo todo. Hay que ser previsor. Como Pacomio Peribáñez, es uno de esos toreros que están poco en las plazas. Unas corriditas, unos ahorros, y ¡á casita, que es tarde!

Si el Sr. Martín Llorente no adquiere unas cartillas en el Instituto de Previsión, ó no traspasa un restaurante, ó no estira una cuenta corriente, habrá hecho muy mal.

Porque si así ocurriera, al recordar mañana sus glorias de hoy, y verse en Betanzos, frente á su cocido mondo y honesto de mártir, se tendrá que pellizcar para no creerse difunto.



PIO BAROJA

Don Pío tiene una tahona. Baroja escribe novelas. Como panadero, realiza este escritor una labor útil á la sociedad, en el caso de que su pan no esté falto de peso, ostente una cochura loable, y pague á sus obreros un jornal decoroso. Como novelista, Baroja nada representa de conveniente para el acervo nacional.

¿Qué ha escrito Baroja?

Baroja es autor de unas novelas sin asunto, ni argumento, ni tesis, ni idealismo, ni orientación. Tampoco encierran belleza literaria ninguna. Su léxico cabe en una ensaimada. Son sus obras una serie de instantáneas rápidas é incoherentes de sucedidos dispersos. Parecen un álbum de fotografías pintorescas agrupadas por un bohemio sin método ni estética alguna. No creo en Baroja. Como soy un hombre de inmensa sinceridad, lo propalo.

Ni siquiera es un escritor racial. Trajo á España las nieblas de Gorki. Tiene de Gorki su indisciplina, su incongruencia, su falta de rotun-

didad en el concepto y en la frase, de las que huyó el novelista ruso acaso por no enojar con exceso á Trepof. Baroja copió de Gorki sus imperfecciones y defectos. Carece de la garra gorkiana, de su emotividad épica, de sus aciertos verbales inauditos. Las novelas de Baroja parecen la traducción al castellano de la peor obra del gran anarquista, perpetrada por un estudiante yanqui que asistiera á una Escuela Berlitz, en Corfú.

¿Habéis leído *La ciudad de la niebla?* Al salir de Londres, compré un ejemplar en cierta librería para españoles y suramericanos. ¡Qué horror! ¡Qué pobretería mental y literaria! ¿Se concibe audacia semejante? ¿Ha pretendido Baroja dejar en tal libro la sensación de ese Londres prodigioso, tan elegante y tan señor, tan austero y tan rico, tan intenso y tan apacible?

Baroja, como todos los hombres de escasa mentalidad que aspiran á hacerse célebres, se ha creado un tipo. Baroja tiene la originalidad y la rebeldía por norma. Quiere ser discutido. Yo lo complazco ahora con esta sátira despiadada para darle gusto y hacerle un cariñoso reclamo.

Va donde los otros no concurren. Opina aquello que los demás reniegan.

¿Se ha dicho que Cataluña es la región española tipo? ¿Se ha dicho que es la más trabajadora, la más europea, la más fuerte? Bien... Pues, veréis cómo sale Baroja con alguna originalidad,

afirmando que los catalanes son unos semitas, que nadie tiene allí talento, que Rusiñol es un idiota y que la Xirgu debiera estar fregando orinales.

¿Se ha dicho que Alemania es un país bárbaro? ¿Hemos convenido en despreciar al teutón como subtipo en la Zoología? ¿Son aliadófilos casi todos—por legión—los intelectuales españoles? Pues ya veréis cómo sale Baroja á romper una barra de Viena en favor de Teutonia, encontrando en ella no sé qué fortalezas, apreciables para Benavente, Répide y Hoyos, pero absurdas para Baroja, á quien no se le conoce ningún refinamiento estético.

De aquí dimana el trogloditismo de Pío Baroja. Si nuestros intelectuales fueran germanófilos, este panadero arbitrario sería entusiasta de Inglaterra.

Yo no creo que le valga dinero alguno su trogloditismo. Le tengo por persona honrada y por un despreciador de esas chucherías que se llaman las monedas. Es un romántico de la originalidad. Como no puede imponerse en fuerza de talento, se encarama á fuerza de visajes.

Claro que todo esto tiene una quiebra. Porque cuando la originalidad es una postura, se cae en la extravagancia, y en vez de constituirse el original en un sér distinguido, se desciende hasta el ente estrafalario.

J. SALAVERRÍA

Nadie conoce á Salaverría. Nadie lo ha visto nunca. Yo me lo imagino alto, flacucho, entre rubio y gris, flácido, escéptico, soportando unas almorranas agudas y una dolencia del bazo acongojante.

Salaverría fué un pesimista atroz. Tuvo una juventud opaca y neurótica, que empleó en maldecir de todo y en hallarlo todo desventurado y triste. Fué uno de esos escritores taciturnos que prepararon la cobardía actual en España, que infiltraron letal veneno en el espíritu público, que le castraron al viejo león de Castilla su última ramificación espérmica.

Salaverría, para curarse á sí propio de tanto pesimismo, fuése á Buenos Aires.

Debió fracasar allí, porque ha vuelto... sin dinero. En América no deben cuajar los hombres melancólicos. Allí querrán corazones frenéticos, almas duras, inteligencias fulgurantes. Estos musitadores de penas, sollozadores de melanco.

lías, sólo son dables en España y en Jueves Santo.

Las almorranas del Sr. Salaverría, así como su bazo, no debieron hallar su ambiente curativo en Buenos Aires. Entonces visitó á un médico. Y el médico le dijo:

—José María, hay que curar ese pesimismo, ¿no? ¿Sabe, mi amigo? Usted tiene que reir y gozar, ¿entiende? ¡Ea, repañeta, jovialícese!...

Y José María, cuando regresó á España, adoptó, para curarse, la terapéutica del optimismo.

Hoy es Salaverría un optimista. Pero el pobre, como tiene deshechas las entrañas, como sus vísceras son un piélago de tristeza, resulta más sombrío que antes.

Yo me lo imagino antes de ponerse á escribir. Se asomará al espejo para contemplarse la lengua. Saldrá, entre los dientes amarillos, una piltrafa empanada, llena de vejigas. Hay unas grandes manchas bajo los ojos. Las arrugas, como espadas que se encuentran en contiendas monstruosas, surcan la faz.

—Esto no va bien—suspira el escritor, dando un sollozo.

Luego, se sienta para urdir su artículo. Ha escogido como tema «La industria en España», ó algo semejante.

—Yo—dice, vertiendo una lágrima—diría que nuestra industria carece de acometividad. Pero

esto—repite—me forzaría el pesimismo, y el médico me tiene proscripta esa maligna peculiaridad de mi carácter. Al escribir, forzaría el hipocondrio, y yo no puedo tolerarle al hipocondrio ese regodeo.

Coge la pluma y empieza:

«Decididamente, la industria española está en marcha.»

Continúa trabajando. Al acabar, vuelve á mirarse la lengua:

—Sí—dice—; parece que me sienta bien el optimismo.

La trogloditez de Salaverría obedece, por idénticas razones, á un plan clínico. Alma sensible, estuvo horrorizado al comienzo de la guerra por las brutalidades prusianas. Cada vez que se destrozaba una catedral, Salaverría sufría un colapso. Me consta que lo de Reims le tuvo con disentería durante casi una semana. Y al cabo se decidió, para no sucumbir, á encontrar bien la obra de Germania. Es una autosugestión, á la que se fuerza. Si José María Salaverría no tuviese unas ingratas hemorroides, sería aliadófilo.

Todas las mañanas, al leer la Prensa y enterarse de los torpedeamientos, se pone lívido. Contémplase después al espejo, y observa que le han salido tres vejigas más en la lengua atormentada. Querría entonces, dejándose llevar por su temperamento, maldecir á Teutonia. Pero esto sería desenfrenar el bazo.

Por la tarde, cuando visita al médico, le dice:

—Sí... D. Rigoberto... Me someto religiosamente á su plan. Tomé las seis píldoras y escribí una crónica germanófila.

Luego, desconsolado, prorrumpe en sollozos.

VILLAESPESA

Paco Villaespesa, el poeta claro y mórbido, ha ingresado en la facción troglodítica. Y es que Villaespesa, á pesar de que los años pasan y de que los éxitos se sucedieron en su torno, continúa siendo el bohemio de siempre.

Villaespesa ha fundado muchas revistas. Todas ellas vivieron dos, tres, cuatro números. El poeta trincaba á un amigo, y le decía:

—Verás... La revista será un gran éxito. Por ejemplo, Almería. Escribí anunciando su aparición. Tengo dos suscripciones, que son cuatro.

—¿Cuatro?...

—Sí... La propaganda surte siempre un afecto doble. ¿No tendrán esos dos suscriptores otros dos amigos que gusten de leer la revista?

Hacía una pausa el poeta.

—Tenemos, pues, cuatro lectores en Almería, que son ocho... ¿No?...

Otra pausa.

—En Barcelona picaron seis, que son doce...

Y contando de esta guisa, y galopando á lomos de su optimismo fantástico, ocurría que la revista era poderosa antes de nacer.

Luego venía la realidad con sus facturas apremiantes, sus descalabros y sus suscriptores que no pagan.

Paco Villaespesa pudo sacudirse de la bohemia con el estreno afortunado de sus dramas poéticos. Aunque endeblillos de concepto y no prodigiosos de forma, eran lo bastante atinados para que los aplaudiera un público burgués. Pero de fijo volvió Paco á sus fábulas económicas.

—¿Cuánto me producirá esta obra?—pensaría.

Y luego:

—Veinte representaciones en Madrid, que son cuarenta, á quinientas pesetas, que son mil.

Creyó nadar en la abundancia. Se dedicó al café y á la media tostada con furia de glotón. Le vimos estrenar diversos trajes. No se privaba del coche simón. Dejó de escribir, suponiéndose rentista. Y volvió la realidad al poeta con el acoso de sus facturas y de sus horrores.

.....

A Enrique García Alvarez se le presentó en su casa cierto día un agente de propaganda alemana:

—Buenas tardes, D. Enrique.

—Pero que superiores.

—¿Se le puede hablar de un negocio?

—No chanelo de esos asuntos.

—Se trata de un sainete.

—Entonces, desembúchese.

Y vino la proposición tentadora.

—Usted no será enemigo de Alemania, ¿verdad?

—Ni fa, ni fu... Hindenburg se me da una chufla.

—Bueno; pero no es usted un enemigo irreductible...

—Me reitero en el ostracismo.

—Entonces no tendrá usted inconveniente en lo que voy á proponerle. Se trata de que en el primer sainete que escriba y estrene meta usted algunas frases contrarias al espíritu francés y á la tiranía inglesa. Por esto se le podrían dar tres mil duros. Mil los percibiría en el acto. Los otros dos mil, el día del estreno.

Enrique se alzó estupefacto y todo lo encolerizado posible:

—¡Vamos, hombre! Usted me toma á mí por un troglodita vulgar. Yo no vendo mí pluma. Yo no traiciono á Francia, ni por tres mil duros ni por tres millones. Respective á lo de Britania, padezco «ingleses», como cada quisque; pero no he visto aún esa tiranía de que usted rezonga. ¡Ea! ¡Largo de mi casa!

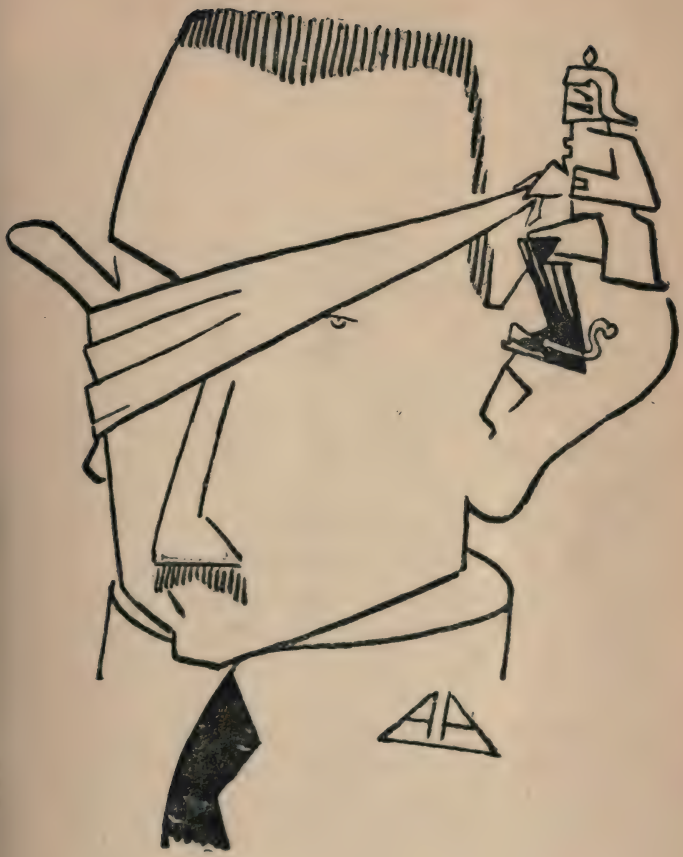
Y el agente alemán salió cabizbajo.

(De la seria autenticidad de este sucedido respondemos Enrique y yo.)

.....

Hace algunos meses estrenó Villaespesa en el Español un drama antifrancés. Yo dije que pertenecía á la propaganda teutónica. No era posible otra cosa, á no ser que Paco estuviera demente. Hoy, una vez escuchado al sainetero, se puede colegir el origen de aquel drama.

De entonces acá, Paco Villaespesa entró en el abigarrado grupo de los trogloditas hispanos... Por bohemia, por no contar bien, porque es un temperamento en desorden, porque, aun siendo español y latino, encontró en los propagandistas del desafuero quien le consienta olisquear el tufo del guisote en un día tormentoso y alocado.



ÁNGEL HERRERA

Qué misterio encierra este hombre? ¿Por qué dirige el *El Debate?* ¿Quién es? ¿De dónde ha surgido?

Cuando yo era director de ese periódico, *El Debate* se leía mucho, poseía gesto y garbo; pero no tenía el beneplácito absoluto de la reacción. Basilio Alvarez y yo le dimos á ese periódico lo mejor de nuestra vida. Obtuvimos éxitos profesionales de los que ya podemos jactarnos. Son viejos y los disfrutan otros. Nunca alcanzó periódico católico alguno tan copiosa tirada. Le dimos al diario católico una nota de amenidad que nunca tuvieron los escritores de esa zona. Empero, la reacción nos odiaba.

Y es que nosotros, cristianos convencidos y actuantes, no éramos ese católico sin altivez, sin liberalidad, que ahora se estila. Yo me batí con Javier Bueno por defender á un sacerdote. Y aunque luego me perdonó el señor obispo, y no quise reincidir, por entonces, en tan fea culpa, jamás alcancé el perdón de beatas y beatos. Yo

era un hombre que olía algo á azufre, yo era demasiado liberal, espontáneo y generoso (como Basilio), para llevar por los cauces deseados un periódico sacristanesco.

Esa fué mi equivocación. Yo hacía un periódico para Dios. Y ellos quieren un periódico para la sacristía. Yo me anegaba en el azul del cielo. Ellos desean refugiarse en la penumbra exigua de los confesonarios. Ellos pueden hermanar á Lutero y al Kaiser con Jesucristo Yo, á los pies de Jesucristo, sé perdonar á la Magdalena y cantar *La Marsellesa* democrática.

Mi sustituto fué Angel Herrera. Era un desconocido. Pertenecía á todas las cofradías y archicofradías. Sabe llevar el cirio en la procesión. No se repulga ostentando lazos y medallas. Es, de fijo, un adorador nocturno. Probablemente conserva su virginidad, obsesionada en primavera por lúbricas tentaciones, de las que saldrá triunfante en fuerza de cilicio y de moderación alimenticia. No comerá marisco alguno. Yo lo veo golpeándose el pecho, mientras rubias trenzas alucinantes lo quieren arrastrar al pecado.

Angel Herrera no es periodista, ni escritor, ni artífice, ni caudillo, ni rebelde, ni guiador de muchedumbre. Es un monaguillo jesuítico, maleable á las manos fuertes de la reacción. Su amigo, el rosado doncel que se llama Rotllan, es ya de otra raza. Sabe vestir, y de fijo no tiem-

bla ante las enaguas de raso. Yo no asevero que haya hecho hartas excursiones por el tan explorado y siempre nuevo campo de las ligas; pero seguramente no confunde el pelo de mujer con el pelo de Satanás. A Rotllan y á mí se nos soporta en el horizonte católico.

Y, ¡claro!, durante años *El Debate* cayó en el aburrimiento. Vivió de nuestra estela durante varios meses, opaco, pacato, estéril, decaído.

Luego, al estallar la guerra, describió una línea quebrada. Se hizo germanófilo. Esto nos dejó absortos á muchos. ¿Se puede uno llamar cristiano y no unir la voz á la del cardenal Mercier? ¿Se puede defender en nombre del Señor á los asoladores de catedrales?

¡Ah!, pero es que el oro constituye un gran incentivo para lo sacristanesco. Lo sacristanesco—que no es lo cristiano—gusta del oro, porque el oro es propaganda, ensanchamiento, impulsión, y sobre todo fuerza.

Y ahí tenéis á *El Debate* con seis páginas, insertando los sainetes critiquiles del revistero «Armando Guerra», vendiéndose un poco entre los trogloditas engañados, y dándose postín de periódico irradiante y profuso.

Y así es como uno se explica á Angel Herrera en calidad de director. Hacía falta un hombre gris, maleable. Basilio y yo habríamos dicho horrores con motivo de la Nota germana acerca de los torpedeamientos. El seráfico Herrera enmu-

dece, y si le acongoja algún escrúpulo de conciencia patriótica, se golpea con un cilicio y se enjuga las lágrimas con un cheque.

Esto es Angel Herrera. Lo que hace falta para existir en ese catolicismo español del día, que no es de Dios, ni del pueblo, ni claro, ni caritativo, ni bondadoso, ni tal como lo fundara Jesús de Nazareth, sino una especie de masonería económica, entre morbosa y aberrada, que le ha puesto cerco á todas las ancianas ricas de la Península ibérica.

J. BENAVENTE

Ha incurrido el Sr. Benavente en la equivocación de tomar estado. Para tomar partido es menester hallarse en situación. Y D. Jacinto pertenece á esta clase de seres que necesitan de todo el mundo, que viven al socaire de una general benevolencia y que no tienen derecho á la rebeldía.

La rebeldía es un privilegio que sólo nos podemos consentir los no favorecidos por el silencio y la benignidad. Si algún error ó alguna claudicación hubo en nuestras vidas asendereadas, él ha sido ostentado con toda la insistencia de un tópico.

No... El Sr. Benavente carece de razones para ofender á los españoles aliadófilos con sus exhibiciones germanófilas. Unos y otros lo aplaudieron, unos y otros lo disculparon. A todos se debía. ¿Por qué incurrir ahora en esa liviandad que le ha producido el desengaño de muchos?

Yo he tenido el honor de mostrarme disidente cuando D. Jacinto era el ídolo de las letras es-

pañolas. Cuajados están los periódicos que tienen el rastro de mi pluma de votos en contra. Soy un inglés contemporáneo de Oscar Wilde. Seré un atrasado; pero hay cosas que no puedo disculpar físicamente, y mucho menos á hombres de refinada inteligencia.

Mas, aun esto puede ser una cosa de monta escasa. Yo he disentido siempre del general clamor que daba á Benavente rango de genio nacional, porque me parece un Echegaray «penúltima moda». Ambos vivieron de explotar una mina literaria de diversa índole; pero de semejante manera. Echegaray fué un alarido romántico y Benavente un sollozo modernista. Ninguno de los dos me parece genial, racial, símbolo de una edad, trasunto de unas esperanzas ó de unos dolores colectivos, ese literato inmenso que escribe la historia vista ó vislumbrada de sus contemporáneos con la profundidad del iluminado y la arrogancia del apóstol.

Ambos han sido escritores oportunistas. A ninguno de los dos debe España un ideal, la cristalización de un propósito, una sacudida, un gesto siquiera. Fueron, como las modistas, vestidores de hombres. Sus hombres no tienen alma. Tienen alma de escenario, de bagatela, de mercancía.

Aún Echegaray sabía hacer vibrar á los públicos. El espectador de Echegaray, excitado nerviosamente, es capaz al volver á su casa, de

tomar cualquier resolución, de dar un grito, de pegarle á su esposa, de reñir con el sereno, de recitar ó de hacer unas gárgaras. El espectador de Benavente, aletargado por una literatura frívola, cambiante, multiforme y plagiaria, ó estúpidamente confusa, como *La noche del sábado*, ó plebeyamente repugnante como *La Malquerida*, ó tétricamente ñoña como *Los ojos de los muertos*, ó vacuamente zonza como *Modas*, es incapaz de reaccionar y de tener un gesto de contrición. Si es un cobarde no sentirá el rubor de su cobardía; si un avaro, el terror de su usura; si un lascivo, la humillación de su abyección ruin.

Benavente no exalta, ni guía. Cuando flagela, lo hace de un modo tan celestinesco, que más parece un incentivo para el pecado que la repulsa de un temperamento orgánicamente fuerte.

Yo no creo en nuestros escritores. Venimos rodando, desde los áureos días, por una sima sin fin. ¿Existen en España un Anatole France, un D'Annunzzio, un Gorki, un Eça de Queiros, un Rubén Darío?

Apenas si en la horrenda planicie de nuestra literatura contemporánea, hija de la decadencia, tan sin orientación y sin grandeza moral y mental como nuestra política, nuestra industria, nuestro comercio, nuestra agricultura, hallamos en Galdós y en los Quinteros unos valores raciales y de consistencia fuerte. Lo demás, y Benavente á la cabeza, es la trasplantación, la adap-

tación de un genio cosmopolita y sin médula que ha recorrido todas las razas y todos los pueblos sin producir una sola obra grande, sin producir otra cosa que futilidades efímeras como la falda pantalón, *Lo cursi*, el colorete de última moda, el cubismo y el socialismo alemán.

D. Jacinto Benavente, hecho gloria nacional para tener alguna, y encumbrado tal vez por su propia flaqueza (que nuestra generación decadente es amiga de entronizar medianías queriendo entronizarse á sí propia), no tenía derecho á tomar partido, á sentirse rebelde, á plantearnos un conflicto.

Cuando estalló la guerra debió enmudecer. No son estas cosas tan serias, materia de estilo para un escritor sin garra. Mucho menos tuvo derecho á burlar al intelectualismo español—todo él aliadófilo—con uno de esos gestos descomunales, agresivos y desorbitados que se le pueden tolerar á un hombre apartado y desdeñoso, fuera de todo convencionalismo y amistanzazgo, fruto original y bravío de su peculiar temperamento.

La equivocación del Sr. Benavente fué grande. No sé si habrá ganado algo con sus prólogos á libracos germanizantes. No sería cosa de fuste. Eso puede resolver un mes de alubias en el puchero de cualquier desvergonzado; pero no significa bastante para la resolución de un benaventiano problema. Los germanos, además, ni

traducirán siquiera sus obras. Procurarán explotar su nombre, y lo abandonarán luego como se deja una pajuela sin substancia.

En cambio, hecha la paz, el mundo otra vez en su ritmo, la juventud triunfadora de España verá en Benavente una engañifa ya vieja, mientras los países cultos, que van á la vanguardia de la sensibilidad y del talento, cuando quieran tener un halago para España, sabrán desdeñarlo sin odio, como se menosprecia á un sér diminutamente traidor.

De mucho sirvió á España la guerra europea. Si sirvió para deshacernos del maléfico influjo benaventiano, incoherente y fútil, plagiario, escéptico, desorientado y amoral, podemos dar por bien empleadas las ruinas que nos han producido los torpedeamientos.

MATILLA

No se puede ser un hombre ecléctico. Cuando se me censura por mis arrebatos y mis vehemencias, yo suelo replicar:

—No creo en el equilibrio.

Entonces se me arguye:

—Padece usted un error grave. La gente no ayuda sino por temor á que se le combata. Jamás obra movida por el idealismo. Si entrega usted el corazón, le consideran cosa propia, y como está usted incapacitado para revolverse y hacer una rectificación, se ciscarán en usted. Hay que dar el amor con un contador, el apoyo con vara de medir, el entusiasmo á medias, la abnegación á cero.

Acaso tenga razón quien así habla. La mayor parte de mis descalabros han tenido la cordialidad como fundamento. No se puede querer á nadie, admirar á nadie. El admirado ve en uno un sér inferior, el gozque á quien se arroja el mendrugo. Hay que suprimir de la vida todo su aspecto romántico. Se hace preciso convertir el

cerebro en un libro de caja, el corazón en una esponja absorbente, la mano en una garra y la sensiblería en un recurso. Todavía no he dejado de arrepentirme una sola vez por haber sido cordial.

Á estas reflexiones le llevan á uno los consejeros pesimistas, subrayadores del positivismo humano.

Empero, no sólo fracasa la vehemencia. También fracasa la ecuanimidad. Yo digo con tristeza:

—He ahí á Matilla.

D. Aurelio Matilla, con cuya noble amistad me honro, ha fracasado por ecuánime. Matilla tiene más talento que Martín Llorente. Su avezamiento al periodismo dista de una fecha más lejana. Conoce la Geografía con somera bastantura, y no suele cultivar lo garrafal. Es además un espíritu bueno y riente, y una de esas personas que le arrastran á uno en la estela de su amable simpatía.

Tenía derecho á ser el revistero de la guerra más popular y más favorecido por el éxito. Pero, ecuánime, midió las dimensiones del ridículo, fué respetuoso con la Historia, se mostró pudibundo ante las evidencias, no se echó sable en ristre por el mundo de la ignorancia plebeyona. Y así como los aliadófilos ven en Matilla á un sincero irresoluto, los germanófilos ven en él á un partidista frío.

Se ha dicho que Matilla escribía en *La Tribuna* para Hindenburg, y en *Nuevo Mundo* para Jofre. Eso es algo pérfido. Matilla tiene un juicio ponderado de los sucesos. Lo que hace únicamente, según sea el público á leer, es darle un poco con el dedito á la balanza para inclinarla benévolamente hacia el lado oportuno. Y esto no revela en Matilla sino una gran cordialidad y un infinito buen deseo.

A Matilla le ha hecho fracasar esta ecuanimidad suya. No se puede ser Aurelio. Hay que ser Martín.

El primero pesa, alquitara, escudriña, vacila, tiembla ante un error geográfico, se preocupa algo del estilo. Martín se alza los puños de la camisa antes de escribir, echa un trago del botijo y empieza:

—Ahora sí que la diñan para siempre los rubiales de Albión. ¡Vean! ¡Gocen! ¡Revuélquense! ¡No se ha «matao» Poincaré!

Hace una pausa:

—Ya es sabido que Arras, ciudad flamenca, donde se cultiva el bacalao que ni de rechupete...

Vuelve á pausar, consulta el *Quijote*, el Villamartín, las Ordenanzas de Carlos III y un epítome sobre la Guardia civil, que son toda su biblioteca, y pone en boca de Sancho cualquier frase que le oyó á su sargento en Vallecas, cuando era cabo distinguido de la Benemérita, y en

vez de perseguir á los tiranos, perseguía á los indigentes.

Esta personalidad del revistero belicoso ha conmovido al público troglodítico. Al público troglodítico le asusta la razón y le da náuseas el discernimiento. Los germanófilos de la piara, así como creen una blasfemia lavarse los pies, creen un crimen arrimarse á los libros. Lo que desean es carnaza. Han llegado al fanatismo, y serían capaces de entregar el gaznate si lo necesitara von Kluk. Claro que ya constituyen deleznable minoría; pero siguen orangutaneando por la guerra como sus bisabuelos directos los arrogantes simios.

A ellos les deleita «Armando Guerra». Cuanto más se equivoca, más les place. Les ocurre con el truculento revistero como les acontece con los callos. La salsa, picante. Nada de refinamientos. El Sr. Martín Llorente adoba sus carnes literarias con pimentón, clavo, aceitazo manchego, vinagre crudo y hasta con un poco de gas asfixiante marca «Berlín». De ahí su inmensa fama.

En cambio, D. Aurelio Matilla, más cultivado, más exquisito, vacila, prueba el guiso, le añade, lo agua... y su manjar, insípido, aunque más fino que el otro, es cosa que los forajidos de Teutonia, ni olisquean...

Me da lástima que Matilla no quiera ser un ídolo popular.

¿Desea serlo? Pues ahí va la receta.

Quédese desnudo para escribir con su nuevo estilo. Haga pesas ante el espejo. Coja un pozal lleno de tinta, meta allí una brocha y sobre un inmenso papel empiece á laborar.

—¡Ahora sí que nos ha pasteurizao Lloyd George!... ¡Si hay para darle á Douglas un papirotazo en la nariz!

Yo dejaré ese día de admirar á Matilla. Pero una vecina mía, que es germanófila, que me odia, que hace su novena y que no se ha mudado medias desde que yace viuda, para llevar la viudez con religioso decoro (cincuenta y seis años), es posible que le envíe flores á D. Aurelio, como hubo seis ancianas que se las enviaron al Sr. Martín.

JUAN PUJOL

PUJOL es un caso de suicidio.

Pujol tiene un fino talento provinciano. Es uno de esos hombres nacidos para ser cumbre en Mazarrón, en Chipiona, en Colmenar de Oreja.

¿No conocéis á los grandes literatos de los pueblos chicos? Siempre que uno se aventura por esos buenos y gratos lugares os presentan al genio local. El genio local no es como lo caricaturiza el sainete. El genio local tiene realmente talento. Es más... Tiene un talento mayor que el nivel medio de los ingenios cortesanos. Sabe rimar. Posee una cultura enfática y cierta. Su estilo es ampuloso, pulido, sonoro y estimulante. Lo que ocurre es que el genio local carece de espíritu aventurero, de garra, de cambiantes, de inspiración urbana y cosmopolita. Está probado que, así como no es lo mismo una brecolera de maceta que una brecolera del campo, siendo brecoleras ambas, no es lo mismo, ni se

pueden cultivar de idéntico modo, una crónica para Jumilla que una crónica para Madrid.

Pujol es el gran cronista de Jumilla.

Hasta que acaeció la guerra llenó la sexta columna de la tercera plana de los diarios segundones, con discreción y ejemplaridad. Pasó al *A B C*. Y como el *A B C* es un periódico de enorme circulación, que se lee en Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla lo mismo que en Torrejón, Cocentaina y Mataporquera, Pujol obtuvo un radiante éxito entre los lectores de las ciudades pequeñas.

Para esos pueblos hay que escribir como Pujol. Sin ninguna idea, y sobre todo sin ninguna idea original. Hay que ser colorista. «Las damiselas, con las manos en las cinturas, parecen haces de trigo en flor.» «El río, curvo y apacible, cual una guadaña en reposo.» «Truena el cañón lleno de majestad y de imponencia, recordando á los hombres la promesa del Apocalipsis...»

Estas majaderías, de las cuales uno se siente capaz medio beodo, gustan mucho en las tertulias de las bellas ciudades chiquitas.

Está bien que Pujol escribiera en ese tono, y hasta le es perdonable que amase á Alemania. Alemania es una gran fuente de inspiración para el literato simplista. La garrulería de Mella encontró en los bigotes enhiestos, las águilas, el albo manto caído con augusta gentileza, motivo para luengos y floridos tópicos. Ver tras ese

oropel teatral, puramente decorativo, troglodita, propio de tribus mejicanas anteriores al descubrimiento, una tiranía sangrienta, es ya empresa de ojos perspicaces.

Se comprende á Pujol lleno de admiración por Teutonia. Los guerreros y los niños—con excepciones pingües—se han dejado arrebatar un tanto por ese exterior fascinante. Nosotros, los que preferimos ver la representación nacional en un ciudadano modesto, obra de nosotros mismos, pacífico y sabio, sin uniforme, sin estrépito, sin alma inca, popular y civilizado, comprendemos desde nuestro más allá, la excitación nerviosa que se apodera de los espíritus ingenuos ante las águilas y las grandes bambalinas.

Pujol, gran escritor de Fuenlabrada, estaba en sazón de hinojos ante el Kaiser.

Pero Juan Pujol ha tenido una equivocación siniestra. Y ha sido esa aventurilla de *La Nación*, que tan cara está pagando.

Pujol ha dejado *A B C* para fundar un diario germanófilo. Pero como no es un luchador fuerte, sino un poeta, se lo han llevado todos todo.

Polavieja le ha quitado ¡la gloria!, y Aguilera le ha quitado ¡las finanzas!

Se ve medio al frente de un periódico banal, desautorizado y sin lectores. Se ve fuera de ambiente. Al principio aún escribía con algún interés y una vaga esperanza de hacer algo. Hoy ha

delegado en otros el caudillaje técnico del diario, habiéndose reservado exclusivamente la publicación de cuentecitos, en cuyo excogitamiento, como un buen vate betanceiro, pone fino escrúpulo. No le han reconocido propiedad en la empresa. No tiene zarpas allí. Cuando ocurre algún rebullicio político hace correr Palafiye la especie calumniosa de que le darán un cargo. Para el pobre Juan Pujol no queda ni el corcovo de una cabriola imaginaria. Es un paria del trogloditismo. Por no hacer, no hace ni dinero. En tanto, el inmenso Aguilera, el sacrosanto Aguilera, va poniéndole inyecciones de salvarsán germanófilo á su hucha granadina.

El final de Pujol es triste. Siendo un genio local, quiso inmiscuirse en la universal pelea. Sucumbió. Ahora, esto del germanofilismo va muy en baja. Cuando Germania quede venturosamente derrotada para bien del mundo, cuando Guillermo abdique y todas las faramallas monárquicas cesáreas sean disueltas en un ambiente de libertad y seriedad, Pujol volverá á su pista.

Yo lo veo como director de una importante revista literaria de Cartagena. Habrá hecho oposiciones. Será una firma en una nómina. Tendrá barriguita y se dejará unos rizos poéticos. Yo, algo viejo, iré á Cartagena un día, y lo encontraré. Nos abrazaremos. Iremos juntos á un café.

Y allí, mientras chirrien los muelles del diván, tendrá un lamento:

—Querido Luis... No he sido comprendido. Sobre todas las cosas pasadas, sabrá usted que Félix Aguilera, el empresario del Español...

—Pero, ¿Félix Aguilera?

—Es millonario. Tiene las más grandes empresas de España.

—Bien: pero, ¿qué...?

—Nada... No quiere estrenar mi drama *Guillermo en Berlín*. Dice que Guillermo está en berlina desde la derrota.

—Pero, ¿es germanófobo?

—Como un yanqui.

Pujol suspirará:

—¿Toma usted coñac? Yo me he refugiado en el refresco de zarzaparrilla.

DELGADO BARRETO

Manuel Delgado Barreto es casi un anciano. Sietemesino, carece de prodigalidad física. Esto le da un airecillo juvenil y ardillesco, que aún sostiene su juventud fingida, enhiesta. En realidad, es un viejecito deleznable metido en la pelleja de un ratón.

El Sr. Delgado Barreto nació para ser durante su vida entera un jornalero del periodismo. Aparte su perspicacia á ras de suelo, carece de todas las cualidades necesarias para hacer una carrera merecida. Aprovechó una oportunidad, y la ha seguido como se sigue la racha. Si no tiene la bastante inteligencia para atesorar ahora unos ochavos—yo supongo que sí la tendrá—, su fin se presenta muy lamentable.

Hasta los cuarenta y ocho años vivió en armonía con sus facultades. Un sueldo, una agencia, unas colaboraciones en provincias... Un piso de veinte duros, alubias los jueves, potaje los sábados y algún zanco de pollo los domingos, consumían los tres cuartos de su hacienda...

Pero á los cuarenta y ocho años se despertó la ambición en Barreto. Fué una ambición repentina y voraz, exterminadora, como aparece la lujuria en esos ancianos que se suicidan por muslos de una suripanta, destrozando su hogar y llenando de cieno la nitidez de las barbas sesudas.

Fué cuando el Sr. Maura alzó su gran polvareda saneante. Es indiscutible que el Sr. Maura alzó esa polvareda. Es también indiscutible que aquella polvareda fué muy provechosa espiritualmente para España. Yo usaba en mis tarjetas el calificativo de «maurista». Media Iberia veía en el Sr. Maura la salvación del decoro patrio.

Un día, el Sr. Barreto echó sus cuentas:

—Aquí lo que falta—dijo—es un periódico que haga la campaña maurista. Al calor de esta gran tensión alcanzará difusión pingüe y ayudas románticas.

Se fué á una imprenta, empeñó un gabán, sacó *El Mentidero* y se hizo hombre.

Si España fuese un país de potencialidad económica suficiente para sostener á la Prensa con independencia absoluta, ese *Mentidero* le hubiera bastado al paladín. No; España—salvo alguna notoria excepción—no sostiene á sus periódicos. Un periódico, que es el resumen de veinte industrias y el jugo de cien inteligencias, cuesta menos que un traje, que limpiarse las botas,

que subir al tranvía, que dar la propina más pequeña. Por un perro chico se compra aquí un periódico, como se da una limosna. Pero, aún la limosna va íntegra á la buchaca del mendigo. Al periodista sólo nos llegan tres céntimos...

¿La publicidad?

Eso, fuera. Aquí no existe la publicidad oficial. Ese mal llamado fondo de reptiles no es una dádiva del Poder, sino una tacaña compensación que otorga el Gobierno por las seis, ocho, diez columnas diarias que la Prensa dedica á la política y á la administración. Industria pacata la nuestra, y comercio el nuestro que aun cree que el buen paño se vende en el arca, no gastan ni la una ni el otro dos ochavos en anuncios. Quien gasta, gasta poco y mal dirigido.

Debe convencerse la opinión pública de que el periodista es el último romántico del mundo. Vende por tres lo que cuesta siete. Su inmenso esfuerzo lo regala. Guíale un impulso de vocación irresistible, y se entrega todo, como un sacerdote del pensamiento, á la turba que lo desprecia y lo busca, le teme y le inspira curiosidad.

El envilecimiento de la Prensa es una consecuencia de su altruísmo, de su generosidad, de su afán progresivo. Si los periódicos de hoy fueran chicos, mal informados y de un exiguo coste, aun valiendo cinco céntimos, serían una industria posible. Llenos de frenesí por servir

al público, por salvar la dignidad profesional, se malbaratan en una competencia absurda. De ahí viene el desequilibrio económico. Y del desequilibrio económico, la claudicación, y de la claudicación, la morbosidad degenerada, es decir el periódico-ganzúa.

No, hermano usurero, hermano prevaricador, hermano abogado sin escrúpulo, juez sin justicia, político sin patria, tendero sin peso, casero sin desahucio, administrador con lacras, cómico sin arte, patrono sin entrañas, obrero holgazán, hombres, humanidad corriente y moliente... No desdeñéis al periodista. Cuando entregáis la vil moneda de cobre con que pagáis su trabajo, pensad humilde y cordialmente que perpetráis un pequeño robo. Y al pensar eso, y al contemplaros á vosotros mismos, colocad la ética en su puesto y no hagáis escarnio con la austeridad.

Pero dejemos esta divagación sentimental, y tornemos á nuestro Barretito.

El Mentidero no era bastante negocio. Entonces quiso halagar este empresario de arrabal y barraca al público, hurgando á la opinión en sus tres flaquezas. Y así, la moralizó con *El Mentidero*, la emocionó con *El Fenómeno* y la enderezó con *El Viejo Verde.*

No era bastante aún. El ideal sería fundar un diario, ¡el diario!, ese diario que yo debí fundar, y que no fundé, y cuyo espíritu ha sido un soplo

esléril en manos sin fuerza y entre corazones sin fuego.

Aún así, este hombre pizpireto y buscavidas, siguiendo la racha maurista, colocándose á favor de una tolvanera fácil, gazmiando en las migajas que yo desdeñé como he desdeñado tantas otras, porque yo he nacido para morir pobre, expatriado y en un desafío, á la manera de Paúl y Angulo, ha sabido crearse una posición falsa, de la que será difícil desalojarlo.

Sabe brujulear y entrometerse. Apoyado en el alma de Maura trapichea con su *Mentidero*. Apoyado en *El Mentidero* se finge datista para coger un acta con el piquito. Cuando ya es diputado vuelve al maurismo, y mientras publica el retrato de la señora marquesa de Argüelles vendiendo sus joyas como la gran Isabel para descubrir *La Acción*, se pone una vela y flota por las aguas de Barcelona con la finura del esquife.

No sostiene sus campañas, pero tampoco desiste de ellas. Calla, medita, reincide. Es el hombre de los equilibrios inauditos. Nos ofrece un muñeco periodístico de tres cabezas (la nieve serena de Maura, el prognatismo estrafalario de Belmonte y la cínica risotada de Chelito), y ahora sabe y puede hacer de *La Acción* el órgano de Maura, que es aliadófilo, y de los agermanados.

Tal es el hombre. Un viejecito que se iba quedando mustio y seco, y al que un huracán sacó

al sol para aprovechar financieramente un gesto desolado.

Yo, con toda mi historia antimaurista, que no repudio porque va unida á amistades sentidas, estoy más cerca de Maura que Barreto. Me unen á la gloriosa estela de Maura, la improvisación, el desinterés, la pasión emotiva... Yo no calculo jamás. Voy á las cosas por temperamento, de un modo vehemente. Por lo demás, el día en que comparezcamos ante Dios en el Juicio Final, yo tendre un ángel que venga en mi ayuda, porque los claros de alma tienen la infinita misericordia en su auxilio.

Manuel Delgado Barreto, que me ha llevado á los Tribunales por injuria, cuando yo no le he injuriado jamás, debe ir pensando en una retirada oportuna. El maurismo lo va conociendo muy bien. Tengo amigos mauristas que siguen viendo en mí á un corazón, para ellos descarriado, pero un corazón, mientras en Barreto sólo ven un ojo de buitre entre unas guedejas de cordero.

Los alemanes terminarán un día su propaganda. Y entonces *La Acción* editará cuatro planas chiquitas, hará la política del Sr. Piniés y tendrá Barreto en los cafés de la calle Ancha, conciliábulos entrañables y mediatosteros con el Sr. Blanco Nondedeu.

WEYLER

Don Fernando Weyler no tiene una absoluta vocación militar. Ingresó en Caballería por ley de herencia, pero sin mucho espíritu. Eso no quiere decir que carezca de virtudes belicosas. Lo que yo afirmo es que no es un guerrero hirsuto, velludo, contundente, atilesco, breniano. Fernandito Weyler—le llamaremos Fernandito para demostrarle nuestra estimación—ha cultivado todos los deportes ciudadanos de que puede gozar en España un chico de familia pingüe. Tuvo perros de caza, un acta de diputado, un Gobierno civil, una Dirección general y una indigestión de trufas.

Pero estas cosas las ha cultivado Fernandito Weyler por mero pasatiempo y sin darles grande importancia. Millonario, hijo de un personajón, como podría decirle á su ayuda de cámara: tráete aquí la fusta, ó avisa al callista para que me rebaje el juanete, le dijo á D. José Canalejas: «¡Ea, Don Pepe, se me ha metido en la chola ser diputado, gobernador y director general!»

Aun no ha tenido la humorada de ser ministro Cuando se le ocurra hacer morir al Sr. Alcalá Zamora de un derrame bilioso, le pedirá una cartera á Romanones. Y Romanones, que aun cree en ese tópico español que se ha llamado la crueldad de D. Valeriano Weyler, le servirá un elijan entre Estado, Hacienda é Instrucción.

Aun así, Fernandito no es dichoso. La milicia representa en su vida el signo familiar, y la política un entretenimiento. Por lo que daría la vida Fernandito es por tener algún talento literario.

Tres ensayos en este ramo de la inteligencia humana lleva hechos. Uno fueron sus *Cavatinas*. Lamento no disponer ahora de un ejemplar. Son algo así como las agresiones poéticas del señor D. Hilario Ayuso. Luego tradujo *Encárgate de Amelia*, donde Fernandito roza la sicalipsis sin entrar abiertamente en la pornografía. Después se le ocurrió juntar la pluma y la espada en sus crónicas militares de *El Día*.

Merced á esto, el amigo Gómez Hidalgo le debe estar sacando algún dinero. No asevero que le saque mucho, porque Fernandito pertenece á una familia nada despilfarradora, y que de fijo no caerá en la prodigalidad, ni menos en la indigencia. Pero, en fin, algo... Una letra que no puede abonarse, un atasquillo...

Claro está que yo no le censuro esto á Gómez Hidalgo. Gómez Hidalgo tenía más derecho que

Cánovas Cervantes y que Barreto para fundar un periódico. Buscarse ayudantes amistosos no significa perversidad alguna espiritual, ni es siquiera un detalle digno de la más leve vituperación. ¡Quién me diese á mí un Fernandito Weyler! ¡Con lo caras que andan las subsistencias!

El Día se apoya, financieramente, en tres patas. Melgarejo, como pata robusta, la pata germánica *(patis germanis)* de que habló nuestro conterráneo Columela, botánico egregio y zoólogo por afición. La segunda pata es Alcalá Zamora, pata más teórica que práctica, de propaganda en Jaén, con sus suscriptores que no pagan y sus anuncios que no llegan. La tercera pata es Fernandito.

Esta no es pata metódica, pero es un puntal seguro. Las escenas ocurren de esta guisa. Gómez Hidalgo se halla en la Redacción, ojeroso, macilento. La imprenta cuesta un sentido, la Papelera estruja, el fotograbador aporrea, la Redacción aúlla. Ballester Soto, tan discreto periodista como su director, tiene lamentos lúgubres:

—Debías mandar al barajo á esos alemanes. No corresponden... Ya sabes que yo siempre he sido francófilo.

Paquito saca una tagarnina y le da una chupada melancólica.

—La cuestión es que el casero nos amenaza con el desahucio. Y Melgarejo, ¡tan orondo!

Pero, súbito, llega Fernandito. Al verle, Hidalgo y Soto cambian una mirada relampagueante.

—¿Qué?... ¿Trae usted esa maravillosa crónica?...

Á Weyler se le encienden los ojos inocentes y azules.

—Sí...—solloza.

—¡Venga, recanario! Somos todo oídos.

Y Fernandito le endilga una serie de absurdos gramaticales, geográficos, históricos y estratégicos, capaces de ultrajar las orejas de un aguador. ¡Qué les importa á ellos! Ellos lo que ven tras de aquella providencial literatura es el recibo de la guarida.

Cuando termina su lectura, y los elogios han vibrado, y las mejillas del cronista están arreboladas por la lisonja, vienen las confidencias:

—Pérez, dé usted esto. Que vaya en sexta plana, en el sitio de honor. Y, oiga, D. Fernando, tenía que decirle...

Se lo lleva Gómez Hidalgo á un rincón y allí suspira:

—La vida, querido Sr. Weyler...

—Bien, bien—interrumpe el estratega, que ya conoce el campo de batalla—. El casero, ¿no? ¿Son cincuenta duros?

Todo esto, como comprenderá el que leyere, es muy hermoso, y en nada mengua ni al otro ni al uno.

Lo que sí constituye una pena es que no esté metodizado todavía el «caballo blanco». Y esto no es llamarle «caballo blanco» al Sr. Weyler. Dios me libre de semejante iniquidad. Es que se me ocurre ahora una idea muy bonita y quiero desarrollarla independientemente de toda alusión al querido y noble amigo.

Al «caballo blanco» se le debiera someter á tarifa. Yo he tenido dos «caballos blancos». Y me he convencido de que gozan aún en España de libertad excesiva. Dan poco dinero, y lo dan regateado y á regañadientes. En cambio exigen mucho. Se les ha de llamar ilustres; hay que publicarles el retrato de toda su familia, y le abarrotan á uno el periódico con mil lisonjas á la tiple á la que hacen el amor. Un día, al cabo, le abandonan á uno con una desconsideración impía, dejándole sin dinero y sin periódico.

Es preciso que se regularice en la Prensa el servicio de los «caballos blancos». Se trata de una materia no legalizada y que tiene la anarquía de una desorganización funesta.

Cuando viene á uno el «caballo blanco» se le debiera hablar claro y concreto.

—Yo, señor «Caballo Blanco», le publicaré á usted una lisonja semanal, pero no diaria. Le llamaré ilustre los lunes, que es el día en que vendemos menos papel. Los demás días se habrá de conformar con un «distinguido». Las fotografías tienen tarifa especial, y si usted se mu-

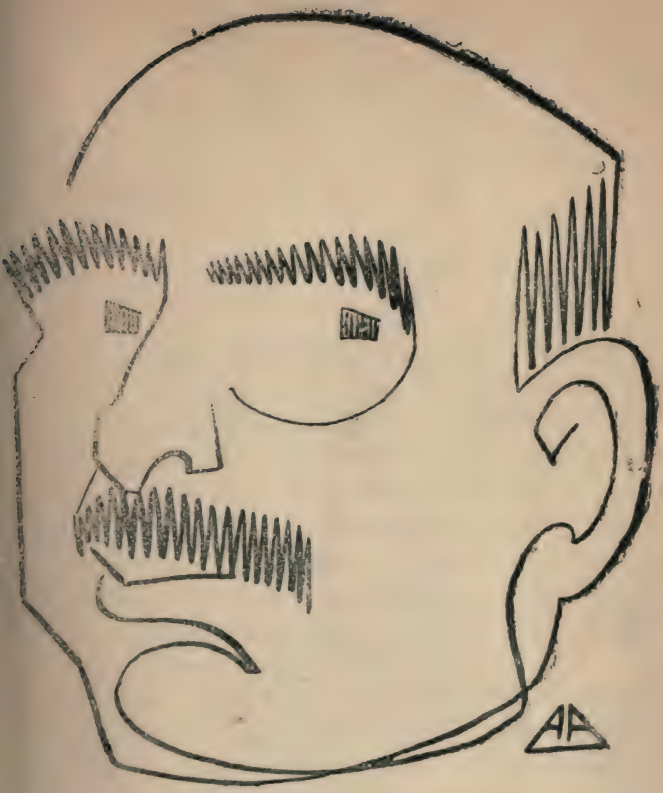
riese antes de dar todo su jugo, exijo que se me abone una esquela á toda plana. Vaya usted al notario y haga codicilo.

Así sería conveniente á la Prensa el uso de los «caballos blancos». Lo demás es tan efímero como desbarajustado.

Pero... ¿en qué íbamos? ¿De quién estábamos hablando?

¡Ah, sí; de Fernandito Weyler!

Decíamos que su afición más grande é intensa es el prurito de escribir...



LÓPEZ BALLESTEROS

Un día salió de *El Imparcial* D. Luis López Ballesteros. Fué una de esas cesantías absurdas, injustificadas, sin piedad, que dan motivo para argumentos dramáticos. Yo voy á suponer que D. Luis ha perdido su lozanía, y hasta que se ha hecho un hombre enfurruñado y aun odioso. No es bastante. Cuando se ha llegado casi á la vejez en el periodismo y se ha servido á un periódico con tanta asiduidad se tiene derecho á morir en él... Esta es mi tesis.

Pero el Sr. López Ballesteros no estaba tan extenuado como supuso la malquerencia. Conservaba una vicepresidencia del Congreso, un gabán de pieles y una pluma ducha en el combate.

Durante uno ó dos meses permaneció el señor López Ballesteros tomando posiciones de agresión. Iba á los cafés. Incurrí en el error de sentir, al contemplarle, una juvenil melancolía.

—Don Luis—le dije:—¿Por qué no me envía unos artículos? ¡Sería tanto honor!

Pero D. Luis no quiso comprometerse. Mi diario no le daría gran cosa, ni en lucha ni en provecho. El viejo mosquetero buscaba una salida oportuna y triunfal. No era un hombre entregado. Era un guerrerillo del que podrían esperarse todavía cosechas otoñales, pero cosechas garridas.

Y así, tras dos ó tres meses de silencio, de organización, de meditación, D. Luis López Ballesteros se ha lanzado á escribir en los diarios troglodíticos.

Su actitud fué de amago en los comienzos. Publicó unas crónicas de recuerdos políticos, rientes, anodinas, anecdóticas al parecer. ¡Sí sí!... Encerraban gravedad suma. Al Sr. López Ballesteros le pasa lo que á mí; pero con una diferencia de treinta años. Posee una biblioteca, un archivo de cartas, un manojo de notas, uu mundo entero de memorias. Y á los triunfadores—esa es la verdad—no les agrada que se les fastidie, por los que no tuvimos grande fortuna, con evocaciones indigestas.

Yo no quiero decir con esto que el Sr. López Ballesteros haya deslizado siquiera la insinuación de una amenaza. Es un espíritu elegante y un temperamento cultivado. Lo único que ha hecho, y muy bien, ha sido, al dar la mano con su blanco guante, mostrar la puntita del puñal florentino. Y eso, sonriendo y con una gardenia en el ojal. Ha demostrado que no es ese viejo

periodista á quien se arrumba porque sí y de cuyas visitas se zafa uno con un «vuelva usted». Ha probado que tiene, entre la desmoronación de una larga y todavía fuerte vida, una espada, una sátira, el recuerdo firme de una esgrima certera, un epigrama en los labios y un espíritu frío y sereno, conocedor de las pequeñeces humanas.

Luego, el Sr. López Ballesteros se ha puesto á escribir finamente en pro de Germania. Esto acaso no le agrade mucho... Pero es más ingrato aún desaparecer sin estruendo, sin rebeldía, devorando íntimas congojas, en una larga extenuación.

Es el otoño del Sr. López Ballesteros un otoño triste, pero un otoño interesante. Tras una vida romántica—todo lo romántica que puede ser la vida española—, ha sido fríamente empujado al abandono. No se lamentó. ¿Para qué...? Se le haría caso durante unos días ó unos meses. Luego, el humano egoísmo, la humana ingratitud lo irían relegando poco á poco. Acabaría por ser un recuerdo molesto y temible. Sería diputado una vez más, ¡por piedad! Luego se quedaría sin acta. Acabarían por darle un sueldo en Instrucción. A su entierro asistiríamos yo y su portero.

No. D. Luis López Ballesteros sabe que la vida no es más que una lucha de egoísmo; que toda idea de cordialidad es ficción; que somos

unos perros hambrientos, vestidos porque somos feos, y educados porque somos cobardes; y que aun al borde de la caída, cuando nos sentimos enfermos y entregados, hay que sonreir y hay que acariciar la empuñadura del estoque.

Ballesteros ha tomado una guardia preciosa. Seguirá siendo diputado y casi personaje. Su paso por las oficinas será un paso digno y altanero. Es un viejo peleador gentil, que abolió la sentimentalidad, porque ella no quiso serle propicia. No inspirará compasión, sino miedo. Hay en su pluma la destreza de una antigua costumbre, y hay en ese talante ya caduco, pero todavía bien fachado, la evidencia de que sabría sostener una espada...

Dos sentimientos me inspira el compañero ilustre. Uno, de majestad, de majestad por su tiesura y su galanía. Y otro, de pena, de infinita pena...

Que es muy triste para España que un hombre, cumbre oficial del periodismo, ya viejo, en vez de poseer una casa en Sevilla y otra en San Sebastian, y de tener un coro de servidores, haya de escribir en pro de los bárbaros aunque sea con toda su elegancia, y haya de mostrar su tizona ante el corro estupefacto de una cobarde y egoísta muchedumbre...

ANTONIO DE HOYOS

A poco de llegar á Madrid nuevamente, para emprender «¡la lucha!», conocí á D. Antonio de Hoyos.

Fué en casa de «Colombine». Jamás olvidaré aquella tertulia intelectual y simpática, último refugio de una aristocrática bohemia que va desapareciendo. Vivía doña Carmen en una azotea llena de sol. Esposas de príncipes, literatos, escultores, la nota un poco sarcástica de Luis Ruiz Contreras... Yo despabilé allí mis rubores de paleto, asomándome al mundo interesante de lo rebelde. Si la bárbara prosa del vivir me dejase espacio, escribiría una novela con aquellos recuerdos tan gratos.

Todo era simpático allí, menos el Sr. Hoyos. Por entonces no había cumplido yo los venticuatro años. Conocía nuestro ambiente nacional por referencias. Además no hay duda ninguna que asistimos al descenso moral patrio de una manera fulminante. Cada año, cada mes, cada día,

cada minuto, España da un paso gangrenoso y tumefacto.

A mí, D. Antonio de Hoyos me infundía pavor. Alto, mórbido, rasurado, bienoliente, los ojos glaucos y de mirar desconcertante, calado el calcetín sedeño, con sus amiguitos y sus amigotes... de aparecérseme en la noche, y á solas, le hubiera soltado un pistoletazo sin previo aviso. Me daba miedo, me producía estupor. Y luego aquella sordera, al parecer morbosa...

Hoy, D. Antonio de Hoyos no me sorprende ni me inspira curiosidad siquiera. Me parece mucho más respetable que casi la mayoría de los seres humanos. Porque el Sr. Hoyos tiene la arrogante audacia del apóstol y el suave escepticismo del intelectual. Dice:

—Soy como soy. No guardo hipocresías. Quien me quiera que me tome así.

Y esto, en el ambiente gazmoño y cobarde en que vivimos, siglo sin médula, raza sin gesto, luz sin color, sexos sin pasiones, machos sin fiereza, me parece más viril y más distinguido que el tímido arrebujo en que se ocultan las infamias de todos.

. . . . . .

De mí se dice que soy un hombre desconcertante. Jamás dejo de combatir. Siempre estoy en pelea. Nada basta para calmar este enojo incesante en que parezco vivir.

Y es cierto.

No soy un adaptado. No quiero serlo, además. Si la vida fuera eterna, habría de conformarme y de educar mis nervios para la contemplación optimista del mundo. Pero como esta máquina complicada que somos está siempre amagada de rotura, ¿para qué contrariarla? Si me dedico, por ejemplo, á acostumbrarme á admirar al señor Benavente, ganoso de no pasar entre mis conciudadanos por un imbécil, y de pronto entre los dolores de una disciplina mental enojosa, me sorprende la apoplejía... Es necio eso. Vivamos la vida como Dios quiso, y desde la atalaya que la Providencia dispuso.

Sí... Soy un descontento, aunque no un amargado, que á los treinta y un años no se conoce aún la amargura. La actual vida española no cuenta con mi voto para existir. Soy un disidente.

Y no es que yo sea ambicioso. La salud moral y espiritual es lo único que deseo. ¡Sentirme ciudadano de un país justo, fuerte, serio y honorable! ¡Aunque en ese país viviera estrecha, difícilmente! ¡Con qué alegría me asomaría todas las mañanas por el tabuco de mi mechinal para ver una ciudad armónica y joven, sin este hedor de muchedumbre cobarde é ignara, rebaño explotado por unos verdugos medrosos y mediocres que ahora nos revienta la pituitaria enloquecida!

Algunas veces se lo he dicho á *La Acción*.

¿Qué?... ¿Vamos á ser todos morales, muy morales? Esa es mi esperanza. Manolo: en vez de explotar la sombra de Maura, vete á un colegio de pasante. Esa es toda tu significación catoniana. Arrepiéntete... Que sea tu desierto penitente el aula sonora de unos niños analfabetos, á los que desmocas lleno de contrición y de piedad.

Mas como ese moralista no deja sus bicocas, ¿sería yo tan estúpido que me fuese de motilón á una cartuja? Nadie comprendería esto en España. Viviría atracándome de cebollas, mientras Delgado Barreto, libre de mi incesante fiscalización, llegaría á ministro.

Yo soy un habitante de otra edad que se pasea por las calles de Roma, en los días de Nerón. Como llevo la misma indumentaria que los otros, se me confunde con la gleba. Como incurro, aunque más sobria y varonilmente, en idénticos vicios que los otros, parezco un adaptado. No. Llevo en mí una protesta incesante y una aspiración de justicia inmanente é inextinguible. Y yo cuido esta flor íntima de mi alma con atenta mano de jardinero. Porque el día en que no sienta rebelarse mi espíritu ante el espectáculo de esta generación, donde todo, ó casi todo, es inmundo, me suicidaré.

Yo no soy un revolucionario, porque en España ya se acabó esa bella casta de hombres fuertes. Lo fuí antes de mi ingreso en el partido conservador. Toda la ingenua sed de una juven-

tud férvida rugía en mis escritos y en mis actitudes. Y ¿qué?... No encontré un solo hombre que se me uniera para gastar en la salvación de nuestro país una gota de sangre, un céntimo pequeño.

Si esta generación nuestra tuviera un soplo de energía, habría hallado en mí su conductor en la Prensa, en el libro y hasta en la calle, porque yo soy de los que van á la barricada. Fuí el único escritor rebelde que no buscaba otra cosa al protestar que la satisfacción de un instinto. Fuí el único que no quería plataforma, escabel, porque á mí los bienes materiales me parecen una horrible tortura si no van acompañados del placer espiritual, único deleite del mundo.

Y ¿qué?... Hallé lirismo, egoísmo, gente que me jaleaba desde la barrera, y á quienes les parecía muy bien que me destripase un toro, como al pobre Florentino Ballesteros.

Entré, por derecho propio y con gesto altivo, en gran cofradía del vivir actual pestilente. No cuido mi olla. Gruño un poco cuando la veo exhausta. El resto del día lo paso buscando una ciudad, una aldea, un hombre. Yo tengo en el corazón la semilla fecunda de las rebeldías. ¿Cómo desear arruinarla en germen? Sería un crimen que Dios no me perdonaría jamás.

No. No quiero este ambie,ent no quiero esta charca. Pueblo neutral que mata á los caballos decrépitos, que no arrastra á sus políticos ta-

chados, que ovaciona á Benavente, que se deja representar por el Municipio cortesano...

He llegado á despreciar tanto lo que me rodea, que no tengo inconveniente en presentarme desnudo desde el balcón de mi casa.

. . . . . .

Perdona, lector... Iba á escribir acerca del señor Hoyos, que no se ha declarado troglodita, pero que escribe en diarios de Melgarejo, y me ha llevado la fantasía por otros rumbos.

Algo diré, sí, aunque breve, para que esta crónica no se haga interminable. Y es lo siguiente:

D. Antonio de Hoyos, gran elegante, y escritor ilustre, merece—y lo tiene—el respeto de sus conciudadanos.

¡CÁNOVAS CERVANTES!

Don Salvador Cánovas y Cervantes es un genio. Tiempo hacía que vengo deseando hacer esta declaración. Es un genio, un monstruo, algo fenomenal y misterioso, superior al ambiente, y en el que se abisma mi contemplación estupefacta.

Los hombres no son palabras, sino actos; no son ideas, sino realidad.

Y la realidad nos dice que el Sr. Cánovas y Cervantes constituye hoy la tercera personalidad en el periodismo español. ¡Es propietario! Tiene casa, máquinas, ruido, jaleo. ¿Llegó nadie tan joven, ni de tan democrático y sanamente modo á sitio parecido?

Yo quiero hacer aquí la defensa y el panegírico de ese hombre.

Es un tópico negarle talento, negarle cualidades espirituales, suponer que su «caso» hallará un estrellamiento definitivo y próximo.

—De este año no pasa—dice uno.

—Tiene embargado el edificio de la calle de Jardines—insinúa otro.

—Está mal con Batidor—farfalla un tercero.

Y uno ve por ahí á Salvador, colorado, la gran pelambre desafiadora, lleno de refinamientos de indumentaria, y no hace uno caso de la vacuidad envidiosa que lo asedia.

Yo no voy á decir—claro está—que el señor Cánovas y Cervantes es un cerebro, del modo que nosotros, los hombres del siglo xx, comprendemos esa víscera, No. Afirmar que sus dotes gramaticales pueden ir derechas al epítome lo creeríamos aventurado. No espere la adulación de nosotros un elogio vulgar.

Lo que sí afirmo es que D. Salvador me parece la vislumbre de una nueva modalidad humana, el ensayo de otro tipo zoológico que la Naturaleza nos brinda.

Hasta la fecha hemos venido creyendo que pintar *Las Meninas*, componer las sinfonías maravillosas, escribir el *Quijote*, descubrir la vacuna, curar la difteria, urdir el telégrafo sin hilos, significaban la cumbre de la actividad humana. Somos chicos, y sólo vemos del gran panorama sideral una zona mínima. ¿No constituirá todo aquello una pequeñez semejante á las perfecciones y maravillas del hormiguero? ¿Seremos tan orgullosos que supongamos lo humano, lo nuestro, límite de la fuerza creadora?

No. Dios nos tiene reservadas grandes sor-

presas. Cada sér que nace tiene en su primer vagido el estremecimiento de una providencialidad. ¿No será el Sr. Cánovas y Cervantes la síntesis de una mágica producción terrena, obra de siglos, formación de moléculas supremamente dispuestas para lo extraordinario?

Yo no soy un espíritu simplista. Yo soy un alma observadora y humilde, propensa al misticismo y fácil á la comprensión de todos los hallazgos.

Huyo de las definiciones radicales. Nadie me parece absolutamente malvado, ni absolutamente bueno, ni de belleza completa, ni de fealdad perfectísima.

Los hombres de fineza espiritual han dicho que Cánovas y Cervantes carece terminantemense de talento. Otros dicen que está algo loco. Hay quien le supone un caso de suerte. Yo me lo quedo contemplando durante algunos instantes; juntas mis manos, elevo al cielo los ojos y digo:

—Dios, ¡qué grande y qué incomprensible eres!

Ahora, en el trance de escribir acerca de este hombre fenomenal, quiero aventurar una hipótesis, á ver si cuaja y hace escuela.

La especie humana había caído en la monotonía. Inmensa muchedumbre de gente vulgar... De vez en vez, un criminal ó un gran apóstol. Pero tanto los primeros como los segundos eran

limitados, activos, dentro de una órbita prevista.

Yo supongo que Dios ha intentado producir en el Sr. Cánovas y Cervantes un matiz cósmico nuevo. Lo observo, y me desconcierta. Carece de vulgaridad. En sus facciones hay algo satánico y cerúleo. Luego, sin duda, es milagrosa su vida.

Una vida impetuosa, frenética, de éxitos incalculables á la moderna, á la archimoderna, de un tono futurista y profético.

Yo veo además rodeado á este hombre de un ambiente extraño. Quiso Dios que tuviera unos apellidos excelsos. Luego observad cómo la aparición del Sr. Cánovas y Cervantes ha venido rodeándose de sucesos transcendentes: 1909, el asesinato de Canalejas, la existencia del señor Milá y Camps (otro sér de formación nada mediocre), la guerra europea, la permanencia de Batidor en una Embajada...

No intentemos describir lo indescriptible. No le guardéis odio, ni sintáis celos por sus venturas. Yo voy obsesionándome en su admiración, y si perdiese mis creencias religiosas y necesitara sustituirlas por otras, le rendiría culto.

No es posible que todo esto sea obra del Azar. El dedo invisible del Supremo Hacedor ha puesto á Salvador (hasta el nombre es enigmático y sugerente) en el mundo para hacernos vislumbrar toda la fuerza de su poderío y toda

la maravilla de gamas de que la Creación es pródiga.

¿Será un representante del Señor en la tierra? ¿Será Dios mismo?

No es posible que un hombre aparentemente tan hirsuto haya realizado lo que realizó, sin que posea un genio maravilloso y de una forma excelsamente desconcertante, barrocamente sublime.

Cánovas y Cervantes está por encima del bien y del mal, y se halla situado al margen del ridículo. Al frente de una gran industria, Maura y Romanones son juguetes suyos que quita y pone á su antojo. España es para él la muleta con que da pases á von Batidor. Milá es su peñasco burdo, al que perfila. Seduce á Santiago Alba. Cuando le acomoda, se bate. Cuando no le acomoda, se cisca en las frágiles y humanas leyes ó convencionalismos del honor, y no quiere hacer fintas. Todo cede á su paso. Me dejo segar la yugular si no es diputado conservador en las próximas elecciones. Que me capen si no agarra una subsecretaría con Alba. Que degüellen á mi familia si no se calza la cartera de Instrucción cuando Niceto Alcalá Zamora, ya autónomas Cataluña, Vascongadas, Galicia y Valencia, forme el Gobierno manchego en la futuara Confederación ibérica.

¡Cánovas y Cervantes! En ti hay algo sobrenatural y maravilloso. Tú eres un apóstol, un

profeta, nueva semilla de un concepto social más intenso que este nuestro en que nos debatimos.

Juro por la santa memoria de mis abuelos que te admiro como el pintor ama al color imprevisto, el músico al acorde inesperado, el psicólogo al alma extraña que surge.

Ante ti, confundido y absorto, exclamo:

¡Ah!

¡Ch!

Después, entre místico y atávico, comprendo á aquellas turbas ancestrales que, sobrecogidas ante el incomprendido espectáculo del mundo, ponían su adoración en cualquier objeto de la Naturaleza (un pepino, una cebolla, un buey) y le rendían así á Dios el tributo de su ingenua humildad.

IGNACIO DE SANTILLÁN

Todas las mañanas cuando se alza del lecho D. Ignacio de Santillán, se descubre ante un retrato del mariscal Joffre, y le dice:

—Perdona, Pepe. Ya sabes que te quiero y que te admiro, que detesto á los alemanes, que me dan calambres sus vesanias y que derramaría con gusto mi sangre por la libertad y por la república.

Luego se pone su flexible, se arrebuja en la bufanda—porque Santillán no se priva de ese refinamiento—y se hace conducir, bota va, bota sigue, á la plaza de Santa Ana, por la calle de Echegaray.

Santillán camina con desgano. Acude á *España Nueva* como se va hacia el patíbulo. Delante de la Pescadería Coruñesa hace un alto. Atisba los cangrejos, las centollas, los percebes, y dice:

—¡Qué triste sino el de la especie humana! Si no fuera preciso llevar á la familia estas quisicosas, ¡en seguida me cogían los boches!

Llega á la Redacción. Acomoda la bufanda y el flexible sobre el perchero, entra en su despacho, pide café con media, enciende un cigarrillo y empieza á maldecir contra Soriano.

—¿Quién dió este asqueroso suelto en el que se dice que Hindenburg tiene genio militar?

—Fué Melgarejo mismo.

—Pues Melgarejo es un idiota.

Más tarde, se alza, encolerizado:

—¡Vamos, hombre! Si esto es para perder el sentido! ¡Llamarle al Kaiser Majestad! ¿Es que ya no hay republicanos en *España Nueva?* Un día salto. Un día le voy á pisotear el píloro al propio Melgarejo. Un día le digo á Soriano que busque director para este pasquín troglodita.

Pero ya llegó el café con media. Entonces hace su aparición Antonio de la Villa. Chito, cambian unas frases masónicas.

—¡Viva Francia!

—¡Mueran los bárbaros!

Toman café y se ciscan durante un par de horas en la germanofilia militante. De vez en vez llega un chico de la imprenta.

—Falta original, D. Ignacio.

—Me alegro.

—Es que...

—Es que no escribo, ¡moño!

Villa, más frívolo y humano, le insinúa entonces:

—Hombre, yo creo que debiéramos urdir algo. Haz tú un fondito. Yo haré unos entrefiletes y le pondré pie á la caricatura.

Santillán da entonces el último sorbo á su vaso de achicoria, moja la pluma y se queda pensando:

. . . . . .

Santillán es un perfecto caballero, un escritor distinguido, un alma buena.

A Santillán le ha perdido que no se proclamase la república en España. Si se hubiese proclamado la república, D. Ignacio sería subsecretario ó ministro, y con el triunfo de las ideas avanzadas había resuelto honesta y fecundamente su posición económica. Pero la república está aún sin proclamarse. Y como Santillán no es un evolucionista al uso de Salvatella, sino un espíritu fiel á sus convicciones, ahí está, resignado y evangélico, esperando que un día...

Yo deseo que triunfe la república sólo para que se le haga justicia á Santillán. ¡Qué hermoso estaría en el Parlamento guiando las discusiones sobre el proyecto de extirpación jesuítica! Tendría ideas geniales. Propondría una revisión en los conventos de monjas, realizada por la junta de jóvenes satánicos, y no sería extraño que diera un decreto naturista contra la virginidad de los frailes. Usaría el gorro frigio para presidir las procesiones cívicas, llevando en andas la estatua de Ferrer, y haría una campaña de Pren-

sa para obligar á las beatas á mudarse las medias con una frecuencia plausible.

Todo esto, empero, es un sueño irrealizable. Santillán contempla el embrutecimiento reaccionario de nuestro país con una melancolía desolada. Y para colmo, ve avanzar el germanofilismo hasta su propio sitial de periodista, con su ruido burgués de oro y sus procacidades gárrulas.

Ha caído Santillán en una tristeza recóndita y en una abulia lamentable. Está abandonado á la caspa. Ya no se viste en casa de Domiciano, sastre preclaro de la calle de Toledo, sino que elige sus vestidos en cualquier bazar. Desde que tuvo su primer síntoma artrítico, dejó la esgrima. Y aquel mosquetero que blandía la espada con arte cyranesco, ha tenido que ir recorriendo los botones del chaleco bicolor, para que el abdomen busque un reposo muelle. Si le cae una mancha de vino en la solapa, no malgasta bencina, sino que se contempla á sí mismo con un gesto jobaico, y musita:

—¡Qué más da! ¡Tengo machacado el corazón!

A la una de la tarde, cuando Santillán, absorto en sus meditaciones, no ha puesto más que el título de su fondo, llega Melgarejo.

Melgarejo, á pesar de ser un caballero agermanado, habla con la R francesa, pues se educó, para mal de Francia, en París.

Melgarejo trata á la gente con despotismo atrabiliario:

—Eso que usted dice es una «tontegía»—clama.

O:

—Paja desig magadejías, se basta Mella.

Claro está que no se atreve con D. Ignacio. La verduzca agresividad del director y el humorismo peripatético de Villa, le intimidan un poco.

Aun así atrévese á penetrar en el cubil donde Santillán está de acecho, le entrega al director una tonelada de escritos germanófilos, mientras casi no osa interrogar por el «fondo».

Santillán trata á Melgarejo como podría tratar un mosquetero, hecho prisionero por los pieles-rojas, al carcelero que le sirve los yantares.

—No acabé aún el «fondo», señor de Melgarejo. ¡Ni ganas! Le dice usted á Batidor que escriba su señora mamá.

Luego, sarcástico:

—¿Eh? ¿Parece que los britanos achuchan; ¿no? ¿Van ustedes á correr hasta Petrogrado por Occidente, y hasta París por Oriente, atados codo con codo, ¿no?

Más tarde:

—Dígale á Batidor que Villa tiene empeñado el par de botas que se compró anteayer. Ha perdido su producto en el Frontón Madrid, apuntando á la Enriqueta. Dígale á Batidor que se explique...

Melgarejo no hace caso de estas cosas. Él deja

sus toneladas de inmundicias germanófilas, tiene contentito á Soriano, y los Mannesmann lo siguen distinguiendo con su más exquisito cariñazo.

A las dos de la tarde vase D. Ignacio de la Redacción. Come. Toma su café. Vuelve á la Redacción. Algunas veces se apropincua hasta la imprenta, y allí vocifera viendo atiborrado su periódico de barbaridades germánicas. Echa más tarde su partidita de billar. Cena. Dase una vueltecita por ahí, siguiendo el curso de pies bonitos. Temprano torna á su hogar. No el *España Nueva*, para evitarse el disgusto peor de la jornada. Antes de acostarse llega de nuevo junto al retrato de Joffre, y le dice:

—Pepe, esta vida no es para llegar á viejo. Dispensa, hijo. Tú bien sabes que les deseo á los boches la peor de las derrotas.

Se desnuda. Se acuesta. El reloj de cuco que hay en el comedor ríe con sus doce toquecitos irónicos.

RODRIGO SORIANO

Don Rodrigo Soriano se hizo germanófilo. *España Nueva* es hoy uno de los tantos periódicos que en Madrid se editan al servicio de Germania. No sabemos si darle un parabién ó un pésame al antiguo revolucionario que así se despide del mundo, de la pelea, de su pretérito.

Porque—eso sí—Rodrigo Soriano ha firmado con esto su sentencia de muerte. Había de ser sincera su actitud, y ello no bastaría para decorar su fracaso. Toda la España izquierdista es apasionadamente aliadófila. El partido republicano es aliadófilo Los socialistas vieron en el socialismo alemán un nuevo aspecto de la organización prusiana. Rodrigo Soriano, al plantificarse un casco sobre la cabeza, renuncia á los suyos y confiesa de un modo paladino toda su desesperanza y su desilusión. Es un peso muerto en la política española, un hombre que se queda al margen, un valor que sucumbe reflexivamente.

Esto no puede discutirse siquiera. Lo que sí nos deja un poco vacilantes á la hora de raciocinar sobre tal suceso es nuestra propia actitud. ¿Debemos alegrarnos? ¿Debemos entristecernos?

Que Rodrigo Soriano se retire de la política nos regocija por amistad. Soriano es un buen amigo nuestro. Soriano ha vivido descentrado desde que salió de *La Epoca* para revolucionar el país levantino.

Es un señorito aristócratico, amigo de las antigüedades y del *comfort*. Su misma actividad—que ha ido perdiendo—es una actividad conservadora. La revolución le ha costado intranquilidades, pendencias, agresiones, y hasta desniveles en su hacienda, que hubo de reponer apelando á exacciones no temperamentales. Es hoy un excelente padre de familia. Sabe que hay una fonda en Cataluña donde se ganan lícitamente unos buenos duros. Tiene casa propia. Merecía poseer coche, un abono en el Real y toda la órbita en que se mueve nuestra burguesía. Ya cumplió los cincuenta años. Sí... Hizo bien don Rodrigo en retirarse á la vida privada, colgando sus atavíos de Mejía para tomar el hábito de Pantoja.

Nosotros, que lo estimamos de todo corazón, nos fruímos de ello. Queden para el verano nuestro, cálido y sin lagar ni hórreo, el rumor de la zumba y el estrépito de la contienda.

Ahora bien: ¿Ha sabido este luchador retirarse de una manera oportuna?

En modo alguno. Soriano tiene razones sobradas para aborrecerlo todo y maldecirlo todo. En Soriano estaba justificada cualquier locura. Se había entregado un día demasiado al ideal para que la opinión, egoísta, voluble é ignara, no tuviera el deber de perdonarle la extravagancia más deforme.

Pero...

Hay límites en la vida á los que no es dado llegar. Y ese límite, en un hombre como Rodrigo Soriano, era la germanofilia.

Nosotros no queremos ahondar en esto. Pertenece á un género de cosas no dables á la volandera pluma del periodista. Sí diremos que en el catálogo de la propaganda germana figuraba la captación de un órgano republicano. Les parecía poco á los teutones tener captadas las derechas, iluminadas fanáticamente por las cadenas al parecer triunfantes. Necesitaban un apoyo izquierdista. Y así como se le ofrecieron á García Alvarez (nos lo ha referido el propio admirable Enrique) 15.000 pesetas si escribía un ¡sainete germanófilo! (luego Villaespesa hizo otro divertidísimo), del mismo modo se pensó en la procuración de un diario de la cáscara amarga.

Soriano ha debido matar *España Nueva* antes de someterla á esa esclavitud. Significa su acto

un acto de desdén excesivo para el glorioso pasado de ese periódico, y para el propio pretérito luminosísimo de su gerente. *España Nueva*, como *El Parlamentario*, ha sido uno de los pocos diarios personales, originales y fuertes, que hubo recientemente en Madrid. Yo juzgo á ese periódico como profesional, y no como conservador ni como cristiano. Lo juzgo en calidad de periodista. Y en esa calidad digo que *España Nueva*, y después esta hoja vocinglera que redacto como el último de todos mis colegas, ha tenido una gran distinción espiritual, ha creado secciones, ha impuesto modas, ha tenido en tensión á la gente. No se podrá escribir la historia del periodismo contemporáneo, sin citarla. Y, la verdad, asistir ahora á la evolución de *España Nueva* nos parece un espectáculo demasiado triste. Es como ver á una manola de rompe y rasga sentada al piano en una casa burguesa y cursi, mantenida sórdidamente por un usurero.

Claro que la manola le es infiel al prusiano. Ni Santillán ni Antonio de la Villa son germanófilos. Soportan la constelación como se soporta un pedrisco. Al salir á la calle se desquitan ampliamente, y truenan contra el tirano, y lo ponen como refieran dueñas. Mas aun así, ¡qué pena da leer *España Nueva*, tan caída, tan floja, tan yerma!

No... No hay derecho á eso. En la vida está permitido todo. Y cuando se derrochó esa vida

como Soriano hizo, está permitido más aún. Pero hay un límite. Y ese límite era para Rodrigo Soriano la germanofilia.

Con menos antecedentes, con menor responsabilidad, con agilidad mayor, con menos compromisos, nosotros, después de lanzados férvidamente á la campaña que venimos realizando, jamás podríamos abandonar este camino. Si alguna vez el azar penoso de la vida nos colocara en trance de muerte, sabríamos morir, claro que dando coletazos bravíos y llevándonos á gente en la agonía, pero desapareceríamos al cabo.

Cuando se es Soriano no se puede descender á Palafiye. Hay una historia que sostener. Sostener un diario á expensas de Prusia, sobre constituir una flagrante traición á la raza latina, y á la propia raza, y ser una cosa muy poco bella y muy poco artística, equivale á gastar uno todo su prestigio para darle balones de oxígeno al estertor de un moribundo asqueroso.

Ha elegido mal Rodrigo Soriano su retirada al mundo del silencio. Es más hermosa y hasta más provechosa una caída con garbo que un descenso angustioso por esas charcas que se lo tragan todo: juventud, pasado, alegría de corazón, gesto...

CARRACIDO

El doctor Carracido tiene un concepto materialista acerca del mundo. La divinidad es para él un espejismo bárbaro. Somos una mezcolanza química, sin una razón de existencia visible. Un sér humano es para el Sr. Carracido lo siguiente:

Agua.....	0,37
Nitrógeno.....	0,21
Oxígeno.....	0,07
Carbono.....	0,06
Fósforo.....	0,03
Azúcar.....	0,02

Esto no le hace al Sr. Carracido ser desgraciado. Lleva su azúcar con una filosofía optimista y apacible. Empero, le ha hecho incurrir en un grave error. Y el aludido error le ha llevado á la germanofilia.

Cuando estalló la guerra fué preguntado el doctor Carracido qué opinión tenía acerca de la

contienda y de su resultado final. El doctor contestó empleando un sistema químico:

—Cuando un líquido—insinuó—baja de nivel, el líquido que está á su lado corre á cubrir la deficiencia.

Francia era para el Sr. Carracido el líquido que baja de nivel, y Alemania el líquido supletorio.

Además el doctor Carracido había encontrado en el ente alemán mayores calorías que en el ente francés. Lo hallaba psicológicamente más joven, más fuerte, menos gastado por la cultura. Carracido no cree en el alma, ni en la providencialidad del hombre, ni en los destinos ultraterrenos. Eso constituye una patraña ante su catalejo de farmacéutico. Carracido analiza á la bestia humana como á la bestia mamífera vulgar. Un niño es un cachorro débil. Una mujer es una matriz coquetona. Un hombre es una fiera cobarde.

Así pensaba el doctor Carracido en Agosto del año 14.

Su opinión, pues, no podía ser más rotunda. La Europa decadente sucumbiría ante la Europa menos desgastada. Así como baja el agua de la torrentera para suplir la escasez del agua del arroyo, habría cascos en París. No era una cuestion espiritual. Era una cuestión animal, fisiológica, zoológica, sin el menor refinamiento.

Y, claro, como todos los hombres puramente

científicos, el Sr. Carracido se equivocó de una manera absoluta.

Fueron muchos y graves sus errores, y yo querría que se le privase de sus sueldos y de sus honores, por haber quedado probada su ignorancia de modo tan manifiesto.

Erró al suponer en el ente alemán á una bestia humana ingenuamente vigorosa. No. El ente alemán conserva de su cercano contacto con el perro pomeranio la grosería externa del cuerpo, mas no tiene la sobriedad de su abuelo paterno, el reno germánico. Ha caído en todas las abyecciones latinas, como podría caer en la lujuria el cerdo favorito de unas lesbianas. Se ha relajado sin exquisitarse. Es un patán brutalmente desflorado en Gomorra.

Erró al creer que Francia ha decaído patológicamente. Porque el doctor Carracido—á quien sus devaneos farmacéuticos no le han consentido grandes aventuras por el mundo del pecado mortal—confunde á Francia con París, y á París con el millón de extranjeros, de rastacueros y de esnobos que acuden á esa gran Cosmópolis para degradarse.

Fracasó el Sr. Carracido en su ojo clínico al diagnosticar.

Pero además ha fracasado inexorablemente, con toda su desdichada ciencia materialista.

La mano del Señor le ha demostrado que no todo es fuerza, primitivez, líquido arrollador,

salvajismo de carnaza en movimiento, sino que existe algo espiritual y maravilloso, no sujeto á la modesta perspectiva del catalejo, y que hizo el milagro de alzar, improvisada y prodigiosa, una barrera en Francia, donde se estrellara el bestialismo corpóreo del bárbaro.

Creyó el doctor Carracido que los alemanes entrarían en París como entra el mar en el muelle sin escollera. Creyó que Francia se germanizaría. Creyó que la guerra era una fórmula matemática.

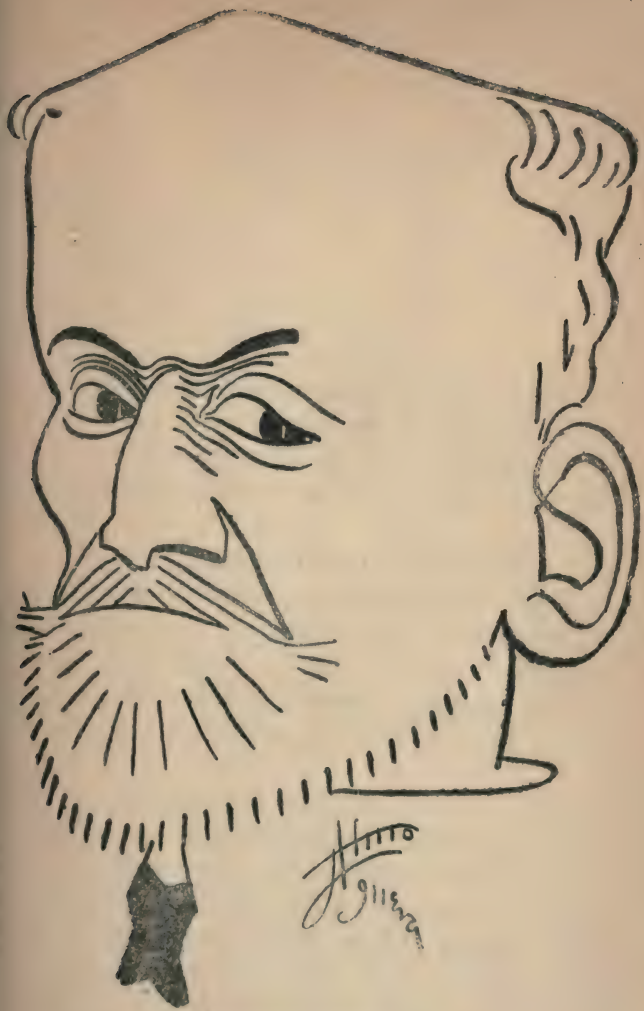
No. Sobre la inmunda materia, sobre las recetas químicas, sobre la ridícula ciencia de los hombres, existe algo que nadie ha definido aún; algo que decide la batalla del Marne, algo que lleva á Joffre, un soldado sin preparación ofensiva, al frente de batalla, algo que detiene á las furias en Verdún, algo que empuja ahora á laa hordas famélicas hacia su guarida, entre ruegos de paz y piraterías macabras.

El Sr. Carracido hállase ahora consternado. Toda su ciencia fracasó. A veces se mira al espejo, y al verse flaco y viejo, y al evocar toda su vida, consagrada á unos estudios estériles, siento el prurito de rejuvenecerse, como Fausto, arrumbar las redomas, asirse á una cocotita francesa y marcarse un tango en el Ideal Room.

Varias veces ha estado á punto de abominar de Alemania, declarándose cristiano y francés. Le han detenido únicamente los adelantos quí-

micos de Teutonia. Eso de aprovechar los cadáveres para extraer glicerinas y eso de engordar á los cerdos con polvo de soldado sajón, le ha conmovido profundamente. El materialismo que eso significa, aunque satánico y horrible, ha hecho vibrar un poco el fin abovedado de su alma.

Aun así, vacila, tiembla, y un día de estos romperá sus alquitaras, esclafará su catalejo, se irá á confesar, se vestirá de legionario y morirá en San Quintín, combatiendo por el triunfo del espíritu sobre el triunfo de la vil materia.



VILLANUEVA

Como está probado que el Sr. Villanueva carece de facultades intelectuales, de cultura, de buena intención y de patriotismo, resultaría empresa banal la de endilgarle una diatriba.

Por eso quiero limitarme á exponer algunas consideraciones sobre nuestros germanófilos, colocando como cimborrio de esta edificación algo barroca la figura del ex francófilo Villanueva, hoy germanófilo á ultranza, y aspirante á la presidencia del Consejo por la antesala de von Batidor.

Yo no aborrezco ya á los alemanes. Comparados con los germanófilos españoles, me parecen gentes llenas de bondad y de vergüenza. Lo repugnante, en el sentido más físico de la palabra, es el germanófilo español, germanófilo el más inmundo de cuantos, en esa faena cobarde, creó la divina Providencia para anulación del sapo y ensalzamiento de la raposa.

Yo concibo que exista el germanófilo embrutecido. La aberración sexual ya no es un estigma en la sociedad contemporánea. Admirar la guerra por la guerra, la crueldad por la crueldad, el estrago y la barbarie, es una cosa concebible. ¿No está muy difundida en España la afición á las corridas de toros?

Yo concibo al germanófilo equivocado, al pobre hombre ó á la infeliz señora á quienes se les ha metido en el cerebro el clavo de la neutralidad. Como el clavo dió en madera, y madera dura, ¡quién lo desarraiga! Francia es la intervención y Alemania es la neutralidad. Y aunque Francia nos colme de atenciones y de mejoras económicas, y aunque Alemania nos someta á las vejaciones más viles, como el axioma penetró alma adentro, allí estará, eterno y estúpido, hasta que la muerte nos libere del bárbaro así razonador.

Yo concibo también al germanófilo interesado, que busca un pedestal, como Villanueva; hacerse una figura, siquiera sea efímera é injustificada, como Palafiye, ó simplemente el condumio, como tantos otros.

Ellos, para disculparse ante su conciencia, si es que tienen conciencia, dirán:

—¿Qué importa uno ó dos barcos? Ese es un mal menor. Yo defiendo, acaso, una vileza; pero no un atentado contra la sangre moza de mi raza. Soy un patriota á mi manera.

Anestesiado el remordimiento con estos sofismas, acuden á los sitios donde Barbaria ofrece sus ollas, y meten allí la cuchara, embruteciéndose como cerdos en gamella.

Yo concibo estas cosas. Hombre soy y nada humano me es extraño.

Ahora bien: todo tiene un límite en la vida. Y ese límite es la abyección.

No. No se puede ser un hombre abyecto, ni por codicia, ni por vanidad, ni por hambre. Y nuestros germanófilos han llegado á la abyección.

No son unos españoles que defienden á Germania. Son unos germanos que atacan á España, llamándose connacionales nuestros. Cuando acontece algún torpedeamiento, podrían disculparlo, lamentarlo, enturbiarlo. Pero lo que no se puede hacer es ocultarlo, no derramar una lágrima por los españoles que perdieron la vida, relegar el asunto á una gacetilla, mientras la supresión de un anuncio inglés les hace prorrumpir en denuestos y en imprecaciones. Las «harkas amigas», los «regulares», la «policía indígena» de Marruecos tienen más pudor, y sobre todo, les salva el heroísmo, la prodigalidad con que ofrecen la vida. Son unos aventureros valerosos, sanguinarios y fratricidas, que ostentan un gesto marcial. Estos de aquí son peores. Y lo son, porque sobre traicionar á sus hermanos con mayor perfidia, están ocultos en sus cuevas, y

asoman á ellas sus cabezas chatas, medrosos y cobardes.

¿Qué es más vil? ¿El hermano que asesina al hermano por dinero, cara á cara, arriesgando la vida, ó el hermano que aplaude el asesinato de su hermano, y es cómplice de ese crimen, y emplea sutilezas y argucias para borrar las huellas del hecho?

Ambos merecen el patíbulo. Pero el primero subiría al patíbulo con el gesto cínico y orgulloso de un Sánchez, mientras el segundo subiría con la mirada recelosa, la lividez en el semblante, la cobardía en el corazón.

Bien que os dejéis pagar... Pero, ¡esa falta de rubor!, ¡esa incomprensión del límite! En todos los países neutrales al comienzo de la guerra (Italia, Rumania, Estados Unidos), hubo germanófilos. También estuvieron sobornados por Alemania. También allí se fundaron periódicos de «propaganda». Interrogad á los embajadores teutones, y os dirán:

—Sí... Cobraron... Pero eran patriotas ante todo. Fueron muñecos, pero tenían dentro el hierro de un alma. Los de aquí, no. Son pasta blanda, amorfa, sin espíritu, moldeables á la presión de nuestros dedos.

Y esto es lo que á mí me asombra más, me asusta más, me horroriza más. ¡Lo que pensará Alemania de nosotros!

¡Qué gesto el suyo, de asco, ante la facilidad

española! Ellos, que acaso nos suponían orgullosos, hidalgos... Ellos, que empezaron su compra tímidamente. Ellos, que ahora mandan como un lascivo puede ordenar las mayores abyecciones á una corte de hetairas, sin que la monstruosidad las ofenda ni las emocione.

¿Concebís lo contrario? ¿Concebís á un agente español en Berlín, pagando con dinero el aplauso para aquellos españoles que, con un pretexto ó con otro, hundieran barcos alemanes, sepultaran en el mar á súbditos del kaiser? Yo creo muy bárbara á Germania, pero no la creo tan miserable. Era preciso venir al solar del Cid para encontrar seres tan ruines.

¿Cómo podrán gastar ese dinero? ¿En qué lo emplearán que les compense de su miseria? Lo gastarán en vino para embriagarse, en cocaína para anestesiarse, en morfina para dormirse, en orgíacos placeres, tal vez para embrutecerse.

Si yo hubiese cobrado siquiera un marco alemán, y sobre todo si lo hubiese cobrado desde el primer hundimiento, tendría envenenada la sangre y la conciencia. Mis pesadillas serían zarabandas macabras. Sobre mi mesa proyectaría Granados su sombra. ¿Ignoran que son cómplices de un inmenso fratricidio? Si no lo ignoran, ¿cómo pueden acallar sus remordimientos? ¿Á qué sofismas, á qué recursos mentales acuden para calmar el dolor de sus espíritus? ¿Qué nueva deformidad moral se nos ofrece? ¿Hasta dón-

de pueden, gentes urbanas y semicultas, llegar en su abyección?

Perdone usted, Miguel Villanueva, que nos haya inspirado su apetencia de Poder estos comentarios, que no son á su persona, que son á toda la caterva.

ALCALA ZAMORA

Hay fatalidades. El Sr. Alcalá Zamora se llama Niceto.

Llamarse Alcalá Zamora es una cosa hasta agradable. Cáceres y Portugal; Zaragoza y Alicante, Monforte Vigo... ¡Muy bien! Con esos apellidos se puede llegar á ministro y á presidente del Consejo. Pero Niceto es un nombre demasiado grave para ser ostentado desde una poltrona. Y además indica una videncia del sacerdote que lo bautizó, y es un fatalismo litúrgico.

Toda la vida del Sr. Alcalá Zamora significa una pugna con el Niceto. Los apellidos indican todo lo que en ese hombre hay de elocuente, de listo, de audaz, de espiritual. El nombre revela todo lo que tiene de prosaico, de torpe y de materialísimo.

Dice uno: —Alcalá Zamora, y ve á un elocuente diputado, que no es la salvación del país, más que merece ser el orgullo de su familia. Dice uno: —Niceto, y se horripila.

Si el Sr. Alcalá Zamora no se llamase Niceto, es decir, si no hubiera en él un punto vulnerable de prosaismo ramplón, hace tiempo que se habría retratado en «Goya y Nadie» con la casaca de ministro, y que le habría dedicado un ejemplar al Sr. Raboso, con esta expresiva dedicatoria: «Para Juan de Dios, en prueba de «amistaz».

Pero el Niceto, es decir, la impaciencia pueblerina, la falta de capacidad para las grandes esperas intelectuales, le han conducido al fracaso.

Hace tiempo que el Sr. Alcalá Zamora viene jugando con la cartera á las cuatro esquinas. Siempre la tiene en la esquina de enfrente. Con otro símil parece un galopador del «tío vivo». Va sobre un caballo que corre, pero que se está quieto en relación al caballo delantero, donde la poltrona se ofrece inalcanzable.

Aparte la incontinencia temperamental que tiene para decir «c'hago», por decir «qué hago» y «q'eso» por «que eso», de un cierto mal gusto en el vestir, no sutilizado por la presencia del Sr. Disdier, y del mimo con que cuida sus ricitos, ya grises, tiene todas las características que le puede ofrecer á un naturalista la contemplación de un ministrable español del año 1917.

Carece de grandes ideales, de conceptos profundos, y sobre todo de originalidad. En España no se pueden tener originalidad ni ameni-

dad. Un hombre ameno es tenido aquí por una especie de payaso:

—¡Cómo hacer ministro á Fulano, con la gracia que tiene! ¡Si no se pueden hacer migas con ese hombre!

Al Sr. Sánchez de Toca, por ejemplo, le perjudica extraordinariamente su gran talento para sorprender el aspecto cómico de la vida. También le daña su cultura. Toca, sin gracia y sin erudición, no inspiraría el menor cuidado á los mantenedores de la grisura nacional, y ya habría alcanzado jefaturas, toisones y títulos de nobleza.

No. El Sr. Alcalá Zamora puede llegar á ministro. Ni más ni menos que otro alguno posee. Está en el ambiente.

Pero le ha perjudicado su prosaísmo nicetista. Es un impaciente.

Pudo ser ministro con Romanones; pero lo quiso ser antes de tiempo y riñó con el conde, pasando de su más estrecha intimidad á su más terrible encono. Pudo serlo con García Prieto. Ya lo estaríamos gozando en Instrucción. Ya «Goya y Nadie» exhibiría su efigie bien planchadita, retocadita con escrúpulo. Y, no...

Para meterle miedo á la gente se dejó embaucar por ese delicioso modosito que se llama Paquito Gómez Hidalgo. Encargóse de la dirección política de un diario germanófilo. Deglutió en un banquete abarbarado ante la expectación

—creyó él—de Europa. No suponía entonces que el señor marqués de Alhucemas estaba tocando el Poder. Y se constituyó el Gobierno. Y D. Manuel García Prieto, deseando hacer ministro al Sr. Alcalá Zamora, diputado elocuente, se intimidó ante D. Niceto, troglodita.

Ahora parece que se va curando un poco. La rebeldía le es nefasta. No nació para díscolo. Es una reflexión que ya le comunicó al Sr. Raboso:

—¡Chico, hay que amagarse! Es preferible aguardar. Ya llegaremos.

Todos creíamos que las notas políticas de *El Día* empezarían á envenenarse contra el marqués. Hubo ya una insinuación de ácido prúsico; pero un pariente que D. Niceto posee en Cazorla, le contuvo, escribiéndole... «Mira, Niceto, que ya empiezan á impacientarse los electores de todo Jaén. Prado Palacio va á ser ministro antes que tú. Juan «el Aguilucho», nuestro cacique de «Cacahuévano», se inclina por Pepe Sabater...»

Merced á esta sana advertencia, *El Día* no ha vuelto á entrar en aguas de la galerna.

Yo espero que el Sr. Alcalá Zamora será ministro. Dejará pasar esta situación. Vendrán los conservadores. D. Niceto ya no tendrá la posibilidad de ensayar en *El Día* su estilo gacetero. Pronunciará en las Cortes unos discursos sin «cagos» ni «quesos». Será amigo de D. Manuel

y de D. Álvaro, como hay conservadores que son amigos de D. Eduardo y de D. Antonio, de D. Augusto y de D. José. Será ministro. Se retratará en casa de «Goya y Nadie.» Cacahuévano derrochará en cohetes las migajas que «El Aguilucho» habrá dejado del presupuesto municipal.

. . . . . .

Un día, el Sr. Alcalá Zamora aconsejó la ironía en los periódicos.

Gentil D. Niceto, exijo de usted una expresión de complacencia.

CIRICI VENTALLÓ

Ventalló es jaimista y no mellista, francés y no alemán, cantor de La Marsellesa y enemigo de Torquemada. Pero todo esto lo es en la intimidad. Aparentemente es un troglodita horripilante.

Yo suelo discutir con Cirici en los pasillos del Congreso.

—¡Hola, Cirici!

—¿Qué tal, Antón?

—Indignado contra los boches.

—Pero, ¿aún cree usted en la perfidia de los boches?

—Y usted también, querido Ventalló.

Domingo palidece un tanto. Supone que voy á descubrir su liberalismo ante la murmuración pública. Yo le guiño un ojo. Entonces, confiado, arremete contra Inglaterra. Discutimos, damos voces... Los ujieres—todos ellos son aliadófilos, por odio contra Villanueva—se escorrozan escuchándome. Cuando nos hartamos de chillar, vamos juntos á ingerir café.

Y allí, apartados en un rincón, vienen las confidencias.

Claro está que Ventalló no dice nada con los labios. Lo dice todo con la mímica, con el tono de voz, con la ironía de las respuestas gentiles.

Cirici es demasiado inteligente para ser bochero ni bochófilo. Sabe que Batidor se soba los calcetines mientras habla, y está disgustado con el reparto que se hace del oro alemán...

—Yo creo—insinúa—que algunos germanos capan ese dinero.

—¿En qué consiste la castración?—preguntamos.

—En que los agentes de la propaganda guardan para sí buena parte del caudal germanófilo.

—¿Cree usted que el mismo Batidor...?

—¡Quién sabe!

—Sí, ahora caigo. Batidor tenía deudas antes del conflicto. Me lo ha dicho su sastre, un sastre inglés al que debía el uniforme. También se quejaba el sombrerero. Las plumas salvajes que adornan su cubreperinola se apolillaron antes de ser pagadas. Y ahora...

—Ahora se da la gran vida. Mientras sus compatriotas están en pleno K. K., se abarrota de salchichas, y hay que verlo hincándole la herramienta ó sea al jamón. Naufraga en cerveza, y todas las noches, á hurtadillas, va á una taberna de la calle de Echegaray y se atraca de callos. Al acabar, y mientras zollipa de placer,

farfalla, con la conciencia remordida: «Guillermo perdona estos excesos, mientras tú bostezas de hambre. Dios quiera que tenga energías para seguir captando españoles. Mira en estos callos la razón del neutralismo de España.»

Ventalló hace una pausa. Luego escupe lánguidamente, melancólicamente, y dice:

—¡Qué mal se han portado conmigo!

Nosotros sabemos que, realmente, no ha sido pródiga Teutonia con este ameno é interesante escritor. Tampoco lo ha sido Mella. Mella es un absorbente, un egocentrista á quien le estorba todo lo que vale algo. Mella quiere esclavos como «Peñaflor», gente sin personalidad. Y así Cirici ni tiene acta, ni ocupa en el banquete germanófilo un puesto en la cabecera. Del pollo sólo le llega el pescuezo; del pez, la espina; de la langosta, el caparazón; de la carne, el hueso. En cambio ve cómo gotea la salsa por las comisuras de labios débiles, y cómo vientres que debieran triturar alubias, emplean sus groseros jugos gástricos en destruir mortadelas.

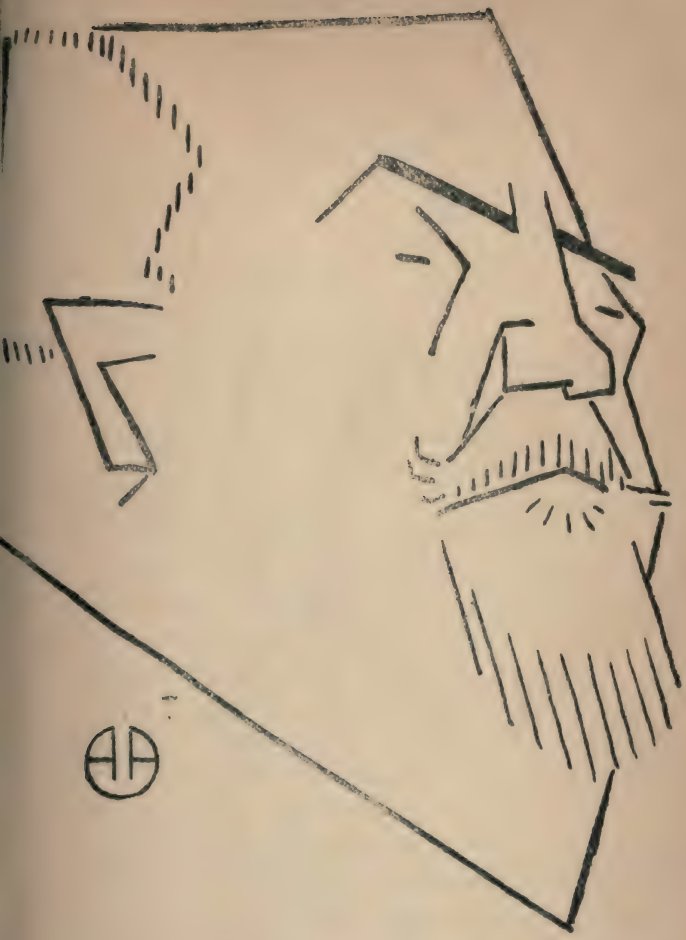
—¿Por qué no se hace usted aliadófilo?—solemos preguntarle á Cirici.

Y Cirici entonces tiene el gesto de Guzmán ó de Vivar, de Cortés ó de Pizarro:

—Por decoro. Fuí germanófilo desde el primer instante, y hagan lo que hagan, ahí moriré. Soy como un mal casado. Torcí mi vocación. Pero, ¡ya es tarde!

Yo veo, aun así, que todo encuentra un límite en la vida. Un día, Cirici se cansará de soportar la injusticia germana, la castración del oro alemán, el robo de su acta. Ventalló se irá con D. Jaime, al que adora, y le hará amigo de Melgar, al que idolatra. Entonces publicará algunos libros llenos de revelaciones palpitantes contra Batidor y contra Mella. Ganará un dineral con esos libros. Se habrá redimido de su trogloditismo antitemperamental. Será feliz. Vivirá una vida fácil, cómoda, liberalísima, sin embelecos reaccionarios. Y entonces él y yo empezaremos á urdir, ya sin compromisos de ninguna especie, una serie de obras teatrales llenas de sinceridad y de relieve cómico, para ludibrio de necios y regocijo de la plebe.

Ventalló está fuera de ambiente. Es otro inadaptado. Para ser un perfecto troglodita le sobra inteligencia y le falta perversidad. Su desprecio contra Batidor y contra Mella le enaltecen moralmente; pero hacen que el glu, glu de su puchero sea un tenue y casi imperceptible glu, glu.



SALILLAS

D. Rafael Salillas padece un enorme artritismo. No sólo artritismo. La diabetes no le es desconocida, y la uremia le viene atosigando desde hace algún tiempo. D. Rafael orina con sonda, y usa calzoncillos de bayeta amarilla. Todas estas interioridades del Sr. Salillas, que en nada afectan á su honor, y que merecen nuestro respeto más piadoso, nos las ha referido una camarera del café «Nueva España», á la que don Rafael da propinas de una peseta, y á la que pone un poco los ojos en blanco, cuando ella, la picarona, suelta el chorrito lácteo entre una sonrisa voluptuosa y un estremecimiento en el escote lleno de sarpullido primaveral.

D. Rafael Salillas es un enfermo que viene curándose según una terapéutica política.

Ensayados infructuosamente otros remedios, inútil el vejigatorio, estéril la cataplasma, fracasado el cerato simple, D. Rafael, por recomendación de un médico extranjero, y algo chiflado,

que le asiste, se hizo radical y amigo del señor Lerroux.

—Usted—le dijo el galeno—que es un hombre apacible y metódico, necesita, para que reaccione su sangre, de intensas emociones. No las hallará usted seguramente entre las camareras, porque las camareras ya no son románticas. La seducción de la ciencia ejerce sobre ellas poco influjo. Han metodizado el amor, y prefieren á esos señores grises que dan propinas de billete verde mejor que á los eruditos y á los poetas. Hágase radical.

Eran los tiempos en que todavía el Sr. Lerroux creía propicios para la revolución. D. Rafael, á fin de que circulara su sangre con mayor fluidez, se entregó al terrorismo. Tomó parte en la «semana gloriosa». Se le ha visto con una antorcha en la mano prenderle fuego á un cepillo de las ánimas. No está comprobado que bailase con un sacristán tísico la zarabanda infernal del incendio; pero se le oyó dirigir la palabra al populacho desde la cumbre de un tonel en Atarazanas.

Esto no era suficiente aún. El galeno le propuso entonces la oratoria como una manera de cansarse, de sudar, de reprimir el ácido úrico. Por esta razón salió diputado. ¿No recordáis sus discursos?

D. Rafael Salillas se ponía á perorar á las tres de la tarde y acababa á las ocho. El doctor le

había prescripto la jornada de cinco horas. ¿Os acordáis? Parrafada..., vaso de agua; parrafada..., otro vaso. De vez en vez se detenía para limpiarse el sudor. Allí, en el gran pañuelo de hierbas, estaba ya el ácido úrico. En ocasiones, cuando inquieta la Cámara se revolvía contra las truculencias radicales de D. Rafael, volvíase éste hacia su amigo y confidente el Sr. Santa Cruz, y musitaba:

—Ayer oriné espeso. Fué debido al discurso sobre Hacienda. Me parece que después de lo ocurrido hoy van á quedarme los riñones que ni los de un alabardero.

Mas estas cosas, ¡ay!, fueron estériles. Contuvieron, eso sí, el decurso rápido de aquellas dolencias; pero no zanjaron el pacto de retro que la Parca le hizo al Sr. Salillas. Entonces, desalentado, se hizo germanófilo, para excitar contra sí el odio de sus correligionarios, sometiéndose, masoquista en apariencia y perspicaz en el fondo, á una persecución salvadora.

En el germanofilismo ha encontrado algún alivio á sus cuitas. La cerveza, que bebe profusamente, y en unión de varios teutones, hácele más copiosa su deyección flébil. Para hacer gimnasia de paciencia—cosa que le ha recomendado la Medicina—aprende ese salvaje idioma de Atila que se llama el alemán. Tiene amores con una voluminosa señorita cuarentona muniquesa, tetuda, ventrona, cuyos eructos podría aprove-

char Hindenburg en el frente en calidad de gases asfixiantes. Y como ella—Bertita—es más pegajosa que el aglutinante, D. Rafael está enflaqueciendo, para beneficio suyo.

No. No miréis en el ex director de la Cárcel—sitio donde debiera custodiar á mucho redomado espía—á un germanófilo á sueldo, ni siquiera á un germanófilo lírico. Es un caso de clínica especial, de morbosismo psicológico mezclado con penumbras de enfermo, que no merece iracundia alguna.

D. Rafael Salillas se curará de su germanofilismo, pero no de su uremia, cuando Alemania sea el osario de unos hambrientos crueles.

VÁZQUEZ DE MELLA

Yo tuve siempre al Sr. Vázquez de Mella por un hombre sin importancia mental. Es un bohemio de las derechas, noctámbulo, billarista, dormilón y perezoso, que ha pronunciado un solo discurso en toda su vida, y que viene explotando con intolerable insistencia cuatro patrioteros y ridículos tópicos.

Más tarde, y dejando aparte su trogloditismo interesado, su traición á D. Jaime y toda una serie inacabable de perfidias, me he persuadido de dos cosas: de que Mella es un plagiario, y de que Mella se cree gracioso, bonitísimo, irresistiblemente seductor.

Hasta el discurso de la Zarzuela, D. Juan había pronunciado grandes peroratas sin afirmación alguna. ¿Qué había dicho Mella hasta aquella tarde? ¿Existe un solo español que nos lo quiera decir? Fanfarrias conceptuosas, histrionadas para la galería, profecías no cumplidas jamás... Cero.

El día de la Zarzuela, sí: El día de la Zarzuela dijo algo. Claro que lo dijo sin oportunidad, sin posibilidad de ejecución, estúpidamente vacuo, trocando en un dislate lo que debiera ser una noble esperanza.

Mella dijo ese día que el triángulo de las aspiraciones exteriores españolas, son: Gibraltar, Portugal y Marruecos, con el aditamento espiritual de América.

Ahora bien: ¿era aquello un pensamiento de Mella?

Nosotros sabemos que meses antes había recibido en su casa el donativo de un libro. Ese libro, escrito por uno de los escritores españoles más eruditos y más originalmente orientados, contenía ese programa, entero y palpitante. Nosotros sabemos que el Sr. Mella devoró aquellas páginas, y que sus ojos se abrieron á la luz, penetrando la idea, materna y fecunda, hasta la caverna retumbante de su cráneo. En el discurso de la Zarzuela lanzó aquel programa como suyo.

Fué plagiario Mella. Pero además fué un dilapidador esterilizante de la ajena propiedad. Que en aquel libro se señalaban fines y medios, mas no eran los que Mella, utopista, iluso, absurdo é irreflexivo, osó proponer.

Que España desea, ó debiera desear, á Gibraltar, á Portugal y á Marruecos, es indiscutible. Que si un día saliésemos de esta miserable postración en que vivimos, á tales horizontes de-

biéramos mirar, es indiscutible. La diferencia entre lo propuesto por el autor plagiado y lo lanzado por Mella, está en la manera. Aquel autor quería realizar esos ideales de una manera humana y legítima, por medio de nuestro mejoramiento individual, y unidos estrechamente á los países occidentales, en cuyas manos se halla el porvenir de la patria española. Mella quiso lanzarnos fuera de esa órbita, aliándonos con un país bárbaro y vencido, entre cuya agonía sucumbiríamos como una Turquía sin fanatismos ni brutal eficacia soldadera.

Nosotros podremos aspirar á Gibraltar en armonía con los ingleses, cuando la entrega de las llaves del Estrecho á España sea una entrega á manos amigas, y cuando Inglaterra obtenga por esa cesión un cambio decoroso. ¿Acaso supone Mella que Britania caerá tan bajo que podremos conquistar el Peñón con unos carabineros de Algeciras?

No. Inglaterra, porque así Dios lo ha dispuesto, ó porque sus hijos cuentan con una organización liberal, inteligente, pulcra, atinadísima, ó por lo que fuere, será durante muchos años, y aun siglos, la nación de eficacia militar más poderosa. Tiene el poder, y no abusa del poder. Su rastro es siempre fecundo y noble. Sus antiguas colonias son ahora metrópolis egregias. La India es una maravilla de cultura y de riqueza. El boer, ayer adversario suyo, se halla

gozoso con la protección británica. El pueblo de mercachifles y de imitadores que vive en Berlín quiso derribar el poderío inglés. É Inglaterra, flemática y señoril, tiene hoy á ese pueblo víctima de su sentencia: Un poquito más de guerra, Alemania. ¿No quisistes guerrear? Otro, otro po quito más de guerra.

Aspirar á Gibraltar, en nuestro desbarajuste y contra Albión, es una insensatez, una majadería, un desastre. ¿Qué diría España si Muley-Hafid aspirase al trono granadino, del que fué arrojado por la gran Isabel, un antecesor suyo? No es idéntico el caso, por ventura nuestra; pero se le parece en la impotencia. No. ¡No! Con estériles profetas, sin juicio, sin sensación de la realidad, no se va más que á la locura.

Para que Gibraltar sea español—oidlo bien—son precisas dos cosas: que nos hagamos dignos de poseerlo, y que Inglaterra, á cambio de ayudas y cordialidades, que no le brindamos, sino, antes bien, que cada vez son menos visibles —gracias á Mella y á sus corifeos—, nos lo quiera otorgar.

Portugal. Ese inmenso problema es para Mella una especie de operación belicosa.

¡Entrar en Portugal ayudados por Alemania!

En primer término, ¡buena está la ayuda germánica! Pero aun así, sólo un cerebro hueco, como el de Mella, puede concebir semejante locura.

Militarmente sería un enorme fracaso la intentona, sobre constituir un desafuero. Portugal tiene siete millones de seres que nos odiarían. Portugal ha sabido ganarse el apoyo de países muy fuertes. Portugal tiene, como Cataluña, derecho á la autonomía. Todos los pueblos tienen derecho á la autonomía. No existe ley moral que nos obligue á uniones no deseadas.

Lo que es preciso hacer es convencer á Portugal, como estamos convenciendo á Cataluña, de que esa unión nos es conveniente á todos los iberos, y á ellos más que á nosotros mismos; que esa unión no supondría un gobernadorcete castellano en Lisboa que moliese á palos toda reminiscencia lusitana; que todo sería respetado, idioma, leyes, costumbres, hasta vicios; que las armas portuguesas brillarían en el escudo confederado, y que podría Portugal tornar á su absoluta separación, como Noruega hizo con Suecia, el día en que le petase.

Así, con amor, con respeto, con inteligencia, es como se resuelven estas cosas. El imperialismo mellista, no sentido en España, por fortuna, más que en algunas tertulias reaccionarias, y ni siquiera á la hora del rancho en los cuarteles, nos llevaría á un justo alzamiento catalán, y á la locura cantonalista en el resto de España.

Amor es el que cura las discordias entre hermanos.

La avaricia sólo conduce al fratricidio.

Con el problema de Marruecos sucede igual. Nada podremos intentar sin Francia é Inglaterra, á cuya generosidad debemos los terrones que luego nos quiso hipotecar la Casa Mannesmann.

América misma, si persistismos en nuestra actitud germanófila, si nos seguimos envileciendo al soportar la injuria tudesca, si sólo somos ante los ojos juveniles de Buenos Aires una vieja y decaída Metrópoli que dejó su último jirón de honor colectivo en la muerte gloriosa del leonino Vara de Rey, nos olvidará definitivamente, seguirá hablando nuestro idioma por ley de herencia, pero significaremos allí menos que Francia, que Italia, que los Estados Unidos.

Ya ve Mella cómo plagió, sin ventura, como siempre. Qne las mejores delicadezas espirituales, cuando pasan á través del crisol, se sutilizan; pero cuando pasan á través de un puchero, se empuercan.

Pero, ¿no habíamos dicho que además era Mella un poquito grotesco? ¿Sí? ¿Lo demostramos? Demostrémoslo.

Un día publiqué cierta semblanza acerca del Sr. Mella en *La Ilustración Española y Americana*. Tuve para el Sr. Mella delicadezas de concepto muy notorias, y algunas ironías muy pueriles. Dije que era un inmenso orador, y dije que se creía un tenorio usando calzoncillos largos, de los que se atan con cintas, y que tenía del agua un concepto sobrio.

Lo del calzoncillo largo no está probado enteramente, pero lo del agua es un axioma. El señor Vázquez huele á kilómetros. Aun así, y en la balanza de aquel artículo, pesaban los ditirambos mucho más que las censuras.

Cualquier hombre de talento y ya cincuentón, á quien halagan en su totalidad espiritual, aunque se metan un tanto con sus flaquezas corpóreas, perdonaría estas zumbas, infantiles por añadidura, teniendo solamente en cuenta los mimos.

No. El Sr. Mella se cree un Apolo. Supone que las mujeres se le entregan seducidas por el delicioso contorno de su figura griega. Imagínase un voluptuoso, un afrodisíaco. ¿Usar Mella calzoncillos largos? ¡Ca! Mella sabe que le gusta mucho á las exquisitas contemplar las pantorrillas viriles cubiertas de pelo, acusándose, tentadores, sobre el edredón. Mella está en todos los refinamientos del amor. Mella es un apuesto mancebo, á quien le tiene reservado Eros todas las delicias.

Esto lo ignoraba yo hasta que me encontré un día al Sr. Vázquez en la puerta de cierto ministerio.

—Leí esa crónica—me dijo, enfurruñado—. Y por cierto... Yo no uso calzoncillos largos. Vea usted.

Se remangó un poquito una pierna del pantalón á rayas, y vi la caña de una bota, el albor

de un calcetín, y luego carne, carne auténtica de troglodita.

Cuando Mella se fué, me dije tristemente:

—Este hombre es un cretino vulgar.

Subí al tranvía. No he tornado á tropezarme con Mella.

GÓMEZ HIDALGO

Gómez Hidalgo es el triunfo de la suavidad y de la habilidad. Tengo un dato íntimo. Cuando *El Parlamentario* inventó una sección política nueva, copiada más tarde por *Heraldo de Madrid*, y que se titulaba: «Cómo va el encasillado», recibí cierta información electoral en la que se ofrecía al Sr. Gómez Hidalgo en calidad de candidato, víctima de no sé cuántos maleficios.

Aquella información era de Gómez Hidalgo. El anónimo..., su estilo..., el bombeo..., dije:

—Paco es simpático y bueno. ¡A las cajas!

Poco después, y ya aniquilada su candidatura, encontré á Paco en el despacho de D. Natalio Rivas:

—¡Pillín!...—le dije.

Gómez Hidalgo fingió asombro. No hubo manera de arrancarle la verdad, una verdad tan anodina, tan galana y tan amable.

Eso en vez de predisponerme contra el señor

Gómez Hidalgo, me hizo temblar de envidia. Yo soy un celoso de los astutos. Yo vengo disciplinando mi alma para la astucia, sin conseguirlo. Soy un desventurado que morirá riéndose y combatiendo, pobre, improvisador y leal.

No quiero ahora que se confunda lo que voy á decir con mi opinión acerca del Sr. Gómez Hidalgo. Aspiro á trazar un cuadrito de nuestro ambiente, sugerido por la experiencia personal, mas fuera de toda relación con mi entrañable amigo el infatigable germanófilo que dirige *El Día*.

No vivimos en tiempos románticos. La lucha, sí, existe; pero una lucha en la sombra. Nadie combate con la celada abierta. Se pugna entre amabilidades viscosas, engaños turbios, disimulados empellones y zancadillas ruines.

Yo querría ser un traidor y un taimado. Todos los días le pido á Dios que me haga un miserable. Pero Dios se viene negando á hacerme caso, y cada día me veo en la obligación de arrepentirme por una nueva puerilidad cometida.

Fuí maurista cuando el Sr. Maura no había entrado en el camino de sus incontinencias. Llamado á la política conservadora é incorporado á ella oficialmente, debí adoptar una actitud ambigua, para no hacerme malquerer por los unos ni gastarme excesivamente con los otros. Alcanzar un puesto, hacerme el bobo y

estar en condiciones de navegar en todos los bajeles.

No. Servidor leal de mi partido, arremetí contra el maurismo de tajante manera. ¿Y qué?... Si el Sr. Maura volviese á gobernar, yo sería objeto de persecución. Y si, como aparece claro, son los míos quienes gobiernan de nuevo, como soy suyo y ya me tienen ganado, ¿qué van á otorgarme?

El sér más dichoso del mundo en nuestros días es el lisonjero, el arrivista, el adulador. Tiene como dogma el baboseo. No se cree un degradado. Sacerdote de una religión mirífica y cerúlea, encuentra placer en adular. Dice:

—¡Qué bien le quité la mota á don Froilán!

Y bendice á la mota. Luego:

—¡Qué lubrificado le dejé el trasero á don Hermógenes!

Y ama el trasero de su ídolo.

El adulador no hace más que ganar. Nada puede perder. No se crea enemigos. A lo sumo logra indiferentes. Por lo demás, la adulación conquista algo siempre, aun á sabiendas de que es adulación. Los poderosos, como son casi todos ellos estúpidos, gustan de tener corifeos, de sentirse envueltos por un ambiente aterciopelado, fofo y suave. Se mima al adulador como miman algunas señoras refinadas á sus galguitos trémulos. Antes le faltará un huesarranco al mendigo que á «Ricalengua» sus bizcochos. Yo,

pelado, zahareño, hirsuto, defiendo bajo la lluvia mis mendrugos á tarascadas. El adulador, sobre su cojín de raso, recibe todas las mañanas en el hociquito el beso de su amor.

Hubo un tiempo en el que sólo florecían los garridos. El adulador estaba relegado á oficios modestos y mal retribuídos. Era bufón, acaso cortesano de media llave. Ahora, los garridos, como no hallan ambiente y estorban el festín, son una jauría que aulla en la cuadra y á la que se echa piltrafas desde un alto agujero. Los bufones y los sacabacines ocupan el estrado.

Además, son felices. Y lo son, porque la serie de aduladores no acaba. Al rey lo adula el ministro. El ministro es adulado por el director general. Este, por su secretario. El secretario por el oficial de Secretaría. Al oficial de Secretaría le engalonan el coxis toda una legión de aspirantes.

Los hombres fuertes han desaparecido de España. No pueden vivir. Maura ha cantado la palinodia. Y quiere ir al Poder con viles halagos á la estulticia popular. Iglesias Hermida edita folletos germanófilos. Basilio Alvarez no tiene su curato de Beiro. Valle Inclán se refugia en un café. Burguete se ha tenido que amodorrar. Mi hermano, original y turbulento, está en Chile. Una invasión de gris lo aplana todo, lo deja todo como si una lava fina cubriera la tierra. Yo he llegado á persuadirme de que toda rebeldía

contra esa grisura resulta nefasta y estéril. Y estoy deseando que Dios me llame á la senda apacible de los serviles para ser dichoso.

Juro por mi honor que nada de esto se refiere en lo más mínimo al director de *El Día*. Se halla tan lejos de la revuelta como de la adulación. Azares del vivir le han conducido al trogloditismo. Procura llevarlo con decoro, y ha hecho de su periódico lo más tolerable que existe entre la barbarie. Todo esto que digo es consecuencia de íntimos dolores míos, que ahora revientan porque sí.

Por lo demás, un hombre que editó *La Hoja de Parra,* admirable periódico liberal, expansivo y tolerante, alcanzando el mayor éxito editorial que se conoce—salvo los artículos de «Armando Guerra»—, no es, no puede ser troglodita.

Es un periodista de color y de intuición, que no se resigna á ganar el jornal modesto de la galera, y que ha salido de su casa para tomar este sol germanófilo que alumbrará durante breve etapa la árida miseria de Castilla.

PEDRO DE RÉPIDE

En Madrid ha existido un profesor de baile que se llamaba *Manolito el Mandilón.*

Era bajito de estatura, muy feo, muy zalamero, muy repugnante. Usaba la siguiente indumentaria: zapatillas con pelo de cabra, calcetines á rayitas verdes y azules sobre fondo amarillo, un pantalón muy ajustado y un matiné de señora. Iba mal afeitado, y tenía cada mes un criado nuevo. Este criado, alto, fornido, atrabiliario, llevaba siempre un peinecillo clavado en el tufo.

Manolito el Mandilón tenía en su casa una academia de baile. Dicen las crónicas que era un admirable profesor. El hecho es que desfilaron por su academia todas las fregatrices de Madrid que aspiraron á trocarse en estrellas de la coreografía.

Empero, llegó un día en el que *Manolito el Mandilón* hubo de verse destronado. Manolito conocía maravillosamente el baile andaluz, ese

baile andaluz adulterado y degenerado que no es aquel masculino y bello baile andaluz de los piqueros de Castaños ni de los jaques desbravadores de toros.

Vinieron de «extranjis» modas nuevas. Llegó el tango, semiespañol, semicriollo y llegaron luego esos «fox» y esos «tuesten» y esas jerigonzas que se han impuesto en cafetines y tablados, para ruina del arte nacional.

Manolito el Mandilón comenzó á tener desierta su academia. Las diosas del fogón emigraron hacia otros salones en busca de la moda. Manolito empezó á pasar grandes apuros. Los criados no le paraban, y hubo de agarrarse con ellos del moño (pues aquellos tufos eran verdaderos y auténticos moños) por un quítame allá esas pajas. Entonces *Manolito el Mandilón* decidió hacerse literato.

¿Tenía acaso Manolito grandes condiciones literarias? No. Era casticito, casticito adulterado y degenerado como en el baile, pero casticito. Y como esto del casticismo es una triquiñuela que siempre da resultado (Ricardo León, Casares), alcanzó un éxito más que regular.

No tenía *Manolito el Mandilón* sensibilidad alguna, ni orientación fuerte, ni originalidad, ni gracia, ni cultura, ni estro. Conocía algunos archivos como conocía un poco la música gaditana, y lo mismo que exhibía antes cuadros plásticos de torerillos amariquitados y de majas

hombrunas, exhibió luego sus cuadritos de costumbres, unos galeotes, el hipo de una beata quintañona, el escalofrío sexual de un organillero, el espadón ferroso de un matasiete olvidado.

Así vivió *Manolito el Mandilón* durante algunos años. Sus criados calzaban charol y ante, y el peinecillo tufero era de plata y de coral.

Pero también como escritor empezó á ser relegado Manolito. La gente empezó á cansarse de aquella monotonía tan zonsa y tan banal. Por lo demás, como Manolito hacía excesivo desgaste de su escaso fósforo en aventuras noctámbulas y se había abandonado un poco á la fácil victoria, cayó en la pereza y en la muletilla engañabobos. Todos sus escritos decían lo mismo y eran el mismo. Se dejó crecer de nuevo la barbilla rala y verdeante, y la capa andrajosa sobre sus hombros escuálidos, no era un jirón bohemio, sino un harapo del vicio y de la miseria.

Empezó á ser malquisto en las redacciones, burlado en los escenarios, perseguido en los barrios del hampa, acaso tundido por los bribones de la monstruosidad.

Un día, olvidado y caído en la sentina, lo metió un criado suyo en una mancebía, y allí se estuvo durante varios años con sus calcetines amarillos y su blanco matiné sacando agua.

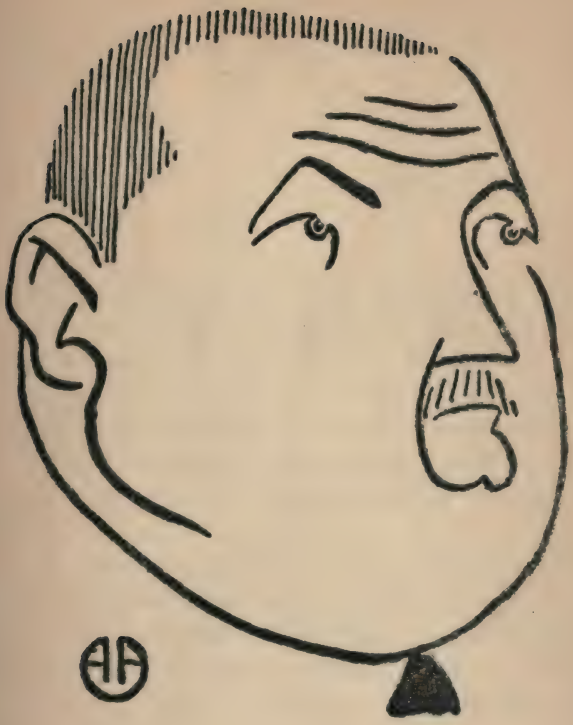
. . . . . .

. . . . . .

Yo celebro que D. Pedro de Répide, de quien

nada tengo que decir, porque no ha sabido inspirarme ninguna sensación, se haya hecho germanófilo.

Batidor se lo merece. Que gocen mucho es lo que les deseo á los dos.



COBIAN

Me servirá el Sr. Cobián, troglodita íntimo, como pretexto conveniente para enjuiciar nuestras relaciones con Alemania y con Inglaterra, y para aventurarme un poco, hipótesis adelante, en una modesta labor de análisis.

Que D. Eduardo Cobián es germanófilo y que presta su servicio valioso al tudesco, es cosa sabida.

Se viene explotando por los amigos de Barbaria la idea de que ella propende al mantenimiento de nuestra neutralidad. Ante nuestras acusaciones de recibir dinero, hubo un diario ateutonado que lo reconoció implícitamente, afirmando:

—Dicen que Alemania gasta aquí su dinero para que sigamos neutrales. Si así fuera, ¡bendito dinero ése!

Estas cosas son un sofisma, una apariencia falaz, un horrendo engaño.

Alemania no busca nuestra neutralidad, sino

nuestro apoyo fraudulento y subrepticio para el avituallamiento de su campaña submarina. No es una indiferencia lo que paga, sino un apoyo, una complicidad.

La fuerza militar de que disponemos no asusta en Berlín. Todos nuestros batallones, ¿equivaldrían á un cuerpo de ejército británico? No. Lo que busca Germania es que no rompamos con ella, que sus millares de súbditos en España residentes continúen su obra de espionaje, y sobre todo que esos submarinos (última desesperada suya) aquí abastecidos, no queden reducidos á la impotencia.

Germania tiene aquí una inmensa y disimulada base naval. Por de fuera, para hacer ruido y alejar la atención de otros lados, mantiene á una Prensa que ha perdido la última trinchera del honor y que comercia con la sangre de sus compatriotas.

Ahora bien: ¿es que esto podrán tolerarlo durante mucho tiempo Francia é Inglaterra? ¿Nos hemos hecho la ilusión estúpida de que esos países van á consentir que exista cerca de ellos una organización enemiga que los hostiliza y los perturba, y que se guarece bajo la bandera de un país llamado neutral?

No vivamos en la utopia, ni encojamos los hombros en sarracena guisa. El recelo inglés, justificado por cientos de hechos flagrantes, se cierne ya, no sobre la neutralidad de España

(que ese es el sofisma germanófilo), sino sobre la apatía del Poder público que deja vivir en España una organización naval contraria y eficaz, arrebujada bajo un pendón sofístico, oculta entre una argumentación menguada, y sostenida por la chulapería y la matonería de una Prensa vil.

Yo no me explico aún por qué Francia é Inglaterra sostienen con nosotros una política tan apacible y tan amable. Porque si bien es cierto que les vendemos cosas precisas, lo pagan á precios inauditos, habiendo enriquecido súbitamente á innumerables industrias de acá. Porque si bien es cierto que la mayoría de los españoles espiritualmente solventes somos aliadófilos, el hecho es que en las costas de España tienen sus agujeros monstruosos, á espaldas del Gobierno, pero con larga bencina, complejo tornillaje y sutil red noticiera, esos piratas que hunden sus barcos y destruyen vidas sagradas é intereses inmensos.

Nos llamamos amigos suyos, lo somos en realidad; pero el miedo al agente alemán cohibe nuestras manos, y toleramos que aquí exista una verdadera, aunque misteriosa, organización germánica.

Yo no me explico el miramiento, la bondad con que los aliados nos tratan. ¿Acaso les sostiene una esperanza íntima? ¿Asisten á los hechos con aristocrática contemplación intelectual

seguros de que la barbarie nos hará caer, dignos y viriles, de su parte? ¿Quieren saturarse, hartarse de razón? ¿Cómo no nos han enviado todavía una Nota enérgica...?

—Ó suprimes la piratería germana que en tus costas anida, ó te consideraremos fementidamente adversaria.

¿Qué detiene la mano de esos pueblos fuertes? ¿Somos nosotros los que vemos en estas cosas y hacemos una labor de patriotismo gigante, no comprendida del todo por la masa estúpida que nos llama partidistas? ¿Es el respeto á los pueblos débiles?

Mucho debemos á la liberalidad de esas naciones. Temo, empero, que tal situación ambigua, absurda, habrá de resolverse.

Ya empiezan los disparos. Francia, plena de razón, nos ha enviado una Nota. Pide que defendamos nuestras aguas territoriales. En el fondo, con una cortesía sin límites, pide que barramos el espionaje y el avituallamiento submarino. La Prensa de París está un poco enfurruñada ya. Por otra parte, Inglaterra se niega á recoger nuestro sobrante frutero; dice Londres:

—Tráeme tu fruta. Aunque es una mercancía superflua, la aceptaré de buen grado para que no se arruinen varias de tus provincias. ¡Ah! pero sean tus barcos los que corran el riesgo de perecer en el asalto alemán. Yo expondré los míos para traer elementos más indispensables.

Sin fruta me puedo pasar. Estoy bloqueada por la piratería que en tu propio seno se alberga. ¿Quieres que te haga un favor por el que vas á pagarme ayudando, siquiera sea en el misterio, á los que me hostilizan?

Quien no advierta en los países aliados un íntimo disgusto contra nuestra política exterior, es ciego. Quien no dé la razón á ese disgusto, es que ha perdido el uso del cerebro.

Nuestra política está siendo una política marroquí, astuta y absurda. Ponemos buena cara á los extranjeros más cercanos, para evitar que se enojen con nosotros; pero no nos resolvemos á evitar ese disgusto, no saliendo de la neutralidad ni apoyándoles con las armas, que eso no lo piden, aunque Alemania nos dió hartos motivos para ello, pero sí persiguiendo hasta la extinción una campaña submarina que también á nosotros nos conturba, y todo ello por miedo á los explosivos de Cartagena, á un improbable motín de sargentos y al griterío de la Prensa comprada por Berlín.

No. Esto no puede continuar durante mucho tiempo. Estamos en una postura extremada. Vivimos de la indecisión ajena. Pero un día llegará en que esa indecisión acabe, en que les sea preferible á los otros una leal hostilidad nuestra, que un solapado amistantazgo engañoso. Y entonces...

¿Qué ocurrirá entonces? Yo me atrevo á supo-

ner que caeremos del lado de la razón. Y que, al romper con Alemania, someter á inspección al espionaje, extirpar el cáncer submarino de nuestras costas, habremos logrado sellar una amistad duradera y conveniente con los pueblos victoriosos. Suponer que esto no ocurrirá así, que triunfen los reaccionarios de Mella ó los testaferros de Ratibor, sería pensar en la anarquía, en la revolución y acaso en la desaparición de España.

Hay todavía memos que hablan de neutralidad. Entre el fuego sólo es neutral la salamandra. Hace meses que dejamos de ser neutrales. Sólo lo somos en la *Gaceta*. Alemania se vale de nosotros como arma, mientras torpedea nuestros barcos. Los demás países nos contemplan ya impacientes.

No quieren apoyo, quieren energía, neutralidad verdadera, desaparición de bases navales y de espionajes cínicos.

Está llegando la hora de la opción. Yo juro que esto, esto, es decir, el engaño, la astucia palurda, el equívoco, está en vísperas de terminarse. La guerra aún durará uno ó dos años. Una terminación repentina improbable, podría zanjar nuestra cuenta con Europa. Mas, eso es absurdo. Alemania, que desea una paz sin anexiones, no entregará la Alsacia y la Lorena, ni se resignará á olvidar su imperialismo, hasta agotar su postrer energía.

Todas las mañanas, cuando le rezo á Dios, pregunto:

—¿Es ya hoy? ¿Tenemos el conflicto seriamente planteado?

Los que consideramos el problema español con mirada de leales, estamos en el deber de advertir.

Sépalo España. No somos neutrales. No podemos serlo. No somos una isla perdida en los mares remotos. Somos un pedazo de Europa que hoy utiliza Germania á su manera ante la benévola expectativa de Inglaterra y de Francia. El día en que esa benevolencia acabe, el día en que nuestro daño sea tan intenso y tan doloroso...

¿Ha caído el Sr. Cobián en este pensamiento?

ANTONIO DE LA VILLA

Antonio de la Villa, redactor jefe de *España Nueva*, se pasa la vida en el frontón mujeril de la calle de Nicolas María Rivero.

Entra á las cinco de la tarde y se va á las nueve. Vuelve á las diez y sale á la una y media. A veces se queda á cenar allí, y echa un partido con Gaona. Algunas noches, al terminar la función, juegan un tute sobre la cancha Antonio, los Berriatúas y el doctor Albéniz.

Nada tan simpático como la presencia de Antonio en el frontón. Conoce á todas las pelotaris, las chicolea, las mima, las reprende en tonos afectuosos cuando pierden algún tanto mal perdido. Buen catador de lo femenino, sabe que Petra es guapa, Enriqueta hermosa, Pilar bonita, Margarita interesante. Las ha puesto nombres graciosos: *La Bicicleta*, *La Gaona*, *La Zurdita*, *La Machaco*. Su predilección, empero, es Joaquina.

—¡Anda, *Rata!*—le grita, desde su palco, en los momentos difíciles.

Y la *Rata* brinca como un recental para devolver las pelotas más difíciles.

Antonio de la Villa casi ha concretado su existencia en ese frontón. Felipe Aguirre es su escudero. Albéniz le hace pareja.

—¿Por quién sale el dinero?—interroga, cuando se inicia el partido.

—El dinero es azul—responde Pino, con su aire grave y confidencial.

—Yo nunca juego contra la *Rata*—insinúa Antonio.

Y luego, alto:

—¡Pololo! ¡Diez á veinte, á colorado!

Y más alto aún:

—*Rata*, no me arruines! ¡Anda, *Rata!*

Yo he llegado á preocuparme ante esta asiduidad. ¿Cómo es posible que un espíritu tan inteligente y tan grácil como el de Antonio de la Villa haya devenido un sér de frontón? ¿Acaso está enamorado de alguna pelotari? No. Villa pasó del Bachillerato hace tiempo, y no cree en la conquista de las mujeres que se exhiben. ¿Gana dinero? Tampoco. Allí no aciertan más que la casa y los «carabaos». Basilio le llama «carabao» al jugador ducho que gana casi siempre.

¿Qué ocurre, pues, para que Antonio de la Villa no salga del frontón?

Yo me lo explico como un recurso de olvido, como un estragamiento moral que se inflige para no caer en la misantropía.

Antonio, como el Sr. Santillán, es francófilo. Aún Santillán soporta la germanofilia de manera más resignada. Pero Villa, ¡tan juvenil, tan asoleado, tan meridional, tan latino, tan sandunguero, tan belmontista!

Villa es el francófilo más exaltado de España. No ha derramado aún la sangre en las trincheras porque no se le ha ocurrido. Después de escrita esta crónica acaso recapacite y se haga legionario. Le desagrada profundamente el espíritu alemán, que es todo orden gregario. Antonio es desordenado, improvisador, genial y pintoresco. Desprecia á Batidor. Se le antoja un bisonte con algunas cualidades de fácil espía. Ha reñido con Soriano más de una vez, porque Soriano ha tomado en serio la germanofilia y osó empujar á su redactor jefe hacia el Casino Radical de la plaza de la Cebada.

—Tú, querido Antonio—le dijo—, eres indispensable en aquella casa. Aquella casa está entregada en manos burdas. Sólo acuden dos camareros de café y un mozo de cuerda. Falta un espíritu gracioso como el tuyo. ¿Por qué no trasladas allí la tertulia? ¿Por qué no juegas al tute? Si necesitas dos ó tres duros diarios, yo te los prestaré. Se lo diremos á Batidor y acaso los consigne como un renglón de la propaganda.

Antonio se indignó mucho al oir aquello.

—Tú sabes, Rodrigo—exclamó—, cuánto es mi dolor por lo que ocurre. Sé que esta postura

germanófila de *España Nueva* durará poco. Sólo ese pensamiento me sostiene. Gracias á ello tolero lo que soporto. ¡Ah!, pero una actuación personal, no la esperes de mí. Yo no juego al tute con germanófilos á sueldo. Yo le voy á mandar un día los padrinos á Batidor, sólo por el gusto de verter su sangre verde y pastosa. Yo soy un republicano latino, con algo de Grecia y de Roma en mis venas. Francia es la heredera del alma ultracivilizada del orbe; después de chamberilero soy del «Montmartre». Yo me cisco en Barbaria. Ya lo sabes. ¡Me cisco!

Y diciendo y haciendo, se frotó las nalgas con un retrato germanizante que Soriano tenía sobre la mesa de despacho.

Luego, Antonio de la Villa regresó al frontón. Allí, en aquel ambiente latino é ibérico, entre apuestas álgidas, griterío de solana taurómaca, olvida Antonio su situación ante el mundo. Como allí no van franceses, se siente ausente de todo remordimiento, y puede darle rienda suelta á su ánimo expansivo.

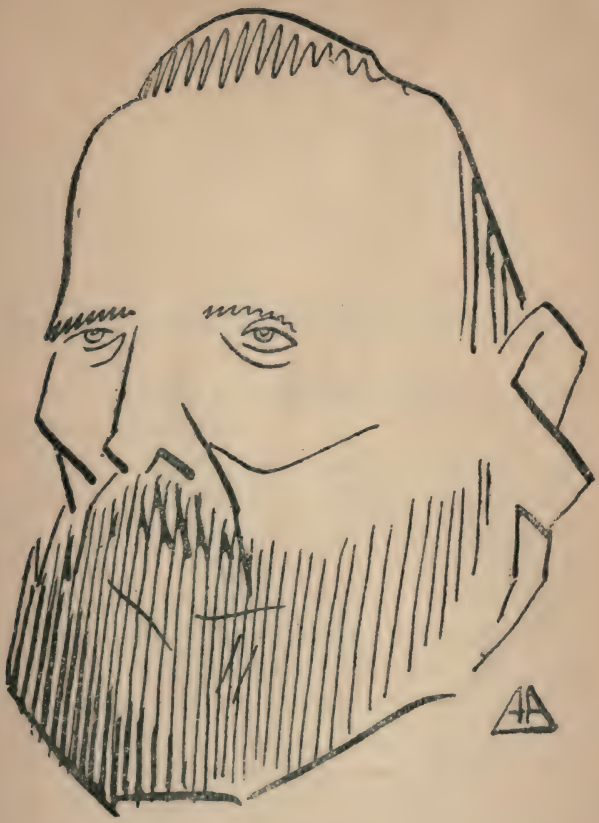
Además—y este es su gran secreto—hay allí una pelotari argentina de origen francés. Es alta, y se llama Magdalena. Mientras Joaquina juega su partido, Antonio secretea con la otra, diciendo en voz baja:

—Di por ahí que soy francés hasta el tuétano, de Chamberí y del «Moulin». Di que estoy deseando la intervención para llevar mi lata de

petróleo al campamento donde los boches gi-man. Di que sufro y que lloro pensando...

Se interrumpe un momento. Brilla una lágrima en sus ojos, llenos de ambiente meridional, y entonces, para olvidar bruscamente, grita, con voces estentóreas:

—¡Que me arruinas, *Ratita!* ¡Anda, *Rata!*



SENANTE

El Sr. Senante me hizo un día sus confesiones:

—Yo—dijo—, si gobernara, traería de nuevo la santa Inquisición.

Lo dijo impávido, serenamente reflexivo, sin pasión alguna. No era el arrebato del momento. Era la convicción intelectual absoluta, la postura definitiva de un alma.

—¿De modo—escurrí—que me asaría usted?

El Sr. Senante ya no estuvo tan explícito. Hombre cortés, le pareció de mala educación manifestar que me tostaría con alborozo. La idea de verme chorreando grasa en la pira, los ojos trágicos, las llamaradas coruscando mis pobres miembros, le repugnó físicamente. Por lo demás, no entra en el formulario de un ciudadano que tiene alguna urbanidad decir:

—Mojaría mi pan en su sebo derretido y creería haber ganado el cielo.

El Sr. Senante, pues, guardó un silencio pa-

voroso. Empero yo le noté en la mirada cierta apetencia, mientras la nariz se expandía ya, barruntando el olor de la leña crepitante y de la carne satánica que se derrite para injuria de Lucifer.

El Sr. Senante pertenece al gremio de los integristas. Los señores integristas son los radicales religiosos. Nada de liberalismo. Nada de pactos. Nada de transacciones bastardas. Ellos llaman «mestizos» á los que toleran un poquito la nefanda y execrable libertad. Apetecen un Estado teocrático. El rey vivirá entre sotanas. Quieren un presidente del Consejo con púrpura cardenalicia. Los ministros llevarán sobrepelliz.

Y en cuanto cualquier descarriado se escurra por las frondas perversas de la Filosofía y de la Ciencia, dañinas ambas para la causa que defienden, un sambenito, una hoguera, un buen escarmiento.

Yo me explico perfectamente al integrista. Me lo explico y lo aplaudo. Amo á las gentes definidas. Quiero almas rotundas.

Por lo demás, el Sr. Senante no me arredra. En realidad, soy yo más integrista que él. Porque á mí me huele el integrismo del Sr. Senante—y perdone la insidia truculenta—á una ruta emprendida, á un puesto logrado, á una mandíbula honorable que mantiene su pausado y seguro ritmo.

Todas estas cosas me las explico perfectamente.

Ahora bien: ¿por qué el Sr. Senante, por qué el integrismo es germanófilo?

Alemania es un país luterano. Si la santa Inquisición tornara, y ello fuera posible, el Sr. Senante se vería en el caso de tostar al mariscal Hindenburg. Además de luterana, Alemania está aliada á Turquía. Y no sé si ignora el señor Senante que aún veneran los turcos el zancarrón de Mahoma, que son los «infieles» que tienen por símbolo la terrible media luna.

¿Acaso el Sr. Senante ha pactado con el protestantismo? ¿Sería capaz de asistir á los fríos, yertos ritos de los templos evangelistas? ¿Desea ver casados á los sacerdotes? ¿Concibe á un cura con la señora embarazada?

Y por si eso fuera poco, ¿ha transigido con el Islam? ¿Sería capaz de quitarse las babuchas en el umbral de la mezquita, abstenerse del cerdo? No. Al Sr. Senante, cuando llega San Martín y ve los enormes cochinos rajados en las carnicerías, se le alegra el ojo, porque en Trento no se proscribió la chuleta, ni aquellos buenos cardenales tuvieron nada que oponer acerca del tocino como elemento de nutrición para los señores de la Adoración Nocturna.

Esto desde un punto de vista. Pero quedan otros no menos interesantes.

¿Cómo es posible que el Sr. Senante no sea

amante de la católica Bélgica? ¿Cómo no admira esa figura maravillosa, acaso la más venerable del siglo, que se llama el arzobispo de Malinas, cardenal Mercier? ¿No sabe de catedrales destruídas? ¿Ignora los grandes estragos que el fanatismo protestante realizó en tierras católicas y entre gentes sencillas, cultas y apacibles, que tenían sus iglesitas románticas y sus quietas vidas honradas?

¿Cómo además no es francófilo el Sr. Senante?

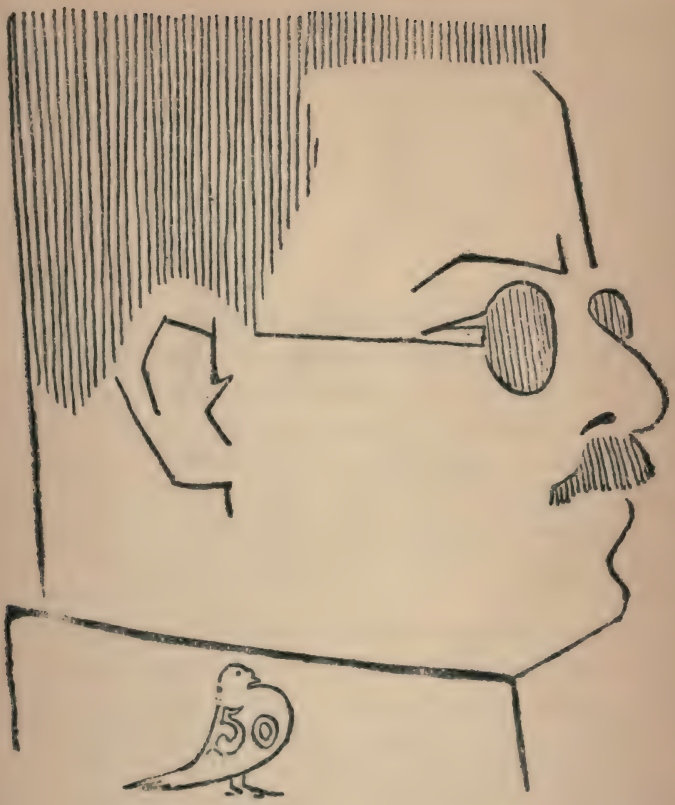
Es cierto que Francia persiguió un poco á ciertas órdenes religiosas de carácter industrial; pero no es menos cierto que nada hizo la política francesa contra la Religión.

Francia es el pueblo de la tierra que más eficazmente contribuye al esplendor del Papado. Lourdes está en Francia. En Francia ha renacido ahora el espíritu católico de una manera fervorosa y augusta. Y si llegamos á la Historia, veremos á mi San Luis, rey de los franceses, luchar con la cruz y la espada cristiana contra los enemigos del Redentor.

¿Qué razón puede haber para que el Sr. Senante sea germanófilo?

¿Acaso le mueve una razón política? ¿Tal vez una razón industrial respetable?

Manuel Bueno ha dicho que los jesuítas, esa gran asociación financiera, tienen en Alemania unos cien millones...



SOTOMAYOR

Cuando estalló la guerra, vivía D. Joaquín Telléz de Sotomayor cerca del Hospital General. Tenía enfrente el vetusto y hórrido edificio. Cuando estaban abiertas las ventanas del caserón, Téllez atisbaba las salas tristes y sombrías, el pausado y albo mariposeo de las monjitas, que iban y venían con sus grandes cofias: el macabro espectáculo de aquel ingratísimo conjunto.

Llegaba á su pituitaria el hedor de los formos y los seros, esa terrible alquimia inventada por los practicantes y aserradores de miembros humanos para torturar un poco más la agonía del mundo. Sentía estertores. Los microbios del tifus, de la viruela, de la escarlatina, daban un saltito, cruzaban la plaza, se posaban en el balcón de Téllez y decían:

—¡Picarín! ¡Tú caerás!

Sotomayor concibió la idea angustiosa de mudarse. Pero, ¿cómo?... Era preciso un sueldo

más, un ingreso más. Y esto, en España, para un hombre que vive de la pluma, ¡es tan difícil!...

D. Joaquín había intentado la crónica literaria, el teatro... No tuvo suerte. La crónica literaria es ya un aspecto de la actividad humana que goza del más absoluto descrédito. No se permite en los diarios, casi todos ellos dirigidos por la caja, por el libro mayor, por el más adyecto prosaísmo, cantar á la pálida luna, ni decir que son verdes los campos y azules los cielos. Sólo Juan Pujol sigue cultivando ese bonito género. Mas ya veis cómo *La Nación* ha fracasado, ante la indiferencia de las gentes.

En el teatro no alcanzó Téllez gran fortuna tampoco. Existe en las bambalinas un cacicazgo insoportable. Fuera de cuatro ó cinco escritores de alguna valía, el público sigue estragándose con los retruécanos y los chistes burdos, de los que otros cuatro ó cinco hombres lúgubres, como Sr. Abati, tienen monopolio.

Sotomayor cultiva el género teatral patriótico. Agustina de Aragón, un himno á la bandera, unos chicos exploradores... Y esto, que es tan enérgico y tan bizarro, no gusta. Vivimos en una ciudad frívola y decadente, que oye con agrado el estúpido y vacuo dialogar del Sr. Benavente, ó que acude á los teatrillos vocingleros para deleitarse con la monotonía de unas pantorrillas flacas.

Era preciso escribir acerca de cosas instantáneas y candentes.

—¿Serviré yo—se dijo—para hacer crítica marcial?

¡No había de servir!

Téllez no ha salido jamás de nuestra gran cazuela patria. Confunde á los pueblos alemanes con los ríos moscovitas, y cree que existen el general Báltico y el mar Sarrail. Pero esto hace más sincera y espontánea su crítica. Nada de sofismas culturales. Nada de enredos. Al pan, pan, y al vino, vino, ¡qué zambombas!

Luego acudió á su mente otra cuestión.

—¿Dónde escribir?

No existiendo periódicos aliadófilos nuevos, pues los pícaros aliados se han abstenido de crear Prensa, y estando ya copados los antiguos era preciso acudir á la germanofilia. *El Correo Español* le abrió sus puertas. Y «Taube», el «Señor Paloma», lanzó su primera aventurilla entre la admiración de esos sacerdotes gordos ó esos sacerdotes escuálidos que admiran ahora al nefando Lutero.

Los lectores de *El Correo Español* no exigen, claro está, grandes refinamientos. Algún general carlista, cojo; varios frailes; muchas señoras beatas que usan camisas sin encajes, y que se estremecen ¡ay!, ante la idea de un baño.

Ancho y hermoso era el campo que se le ofrecía á «Taube». Y así, en mangas de camisa,

con unos partes alemanes ante la vista y un mapa de Europa que adquirió en la calle de la Abada, ha contribuído á estragar al público carcunda; pero ha podido ganar un honesto sueldo, y ¡mudarse!

Ahora, en casa nueva, sin los microbios en el balcón, es feliz, y hasta ha llegado á ser germanófilo.

El otro día me lo encontré.

—¿Se te puede llamar troglodita?

—Y á mucha honra—contestó.

Y había en todo su ser una sinceridad tan grande, que sentí miedo.

VICENTE GAY

Este catedrático de Economía y de Hacienda, amigo y discípulo del Sr. Flores de Lemus, es quizás el único germanófilo militante que practica la teutonofilia sinceramente.

Gay es un alemán. Ved su cráneo. Gay es un alemán. Ved su ciencia.

España, ibera en sus aborígenes, influenciada por griegos, fenicios, cartagineses, y romanizada más tarde, sufrió también la invasión de los bárbaros. Alarico, bronco, hirsuto, comiendo la carne de buey que se cocía bajo la montura, en las frenéticas galopadas de su caballo, entró aquí. Llegaron otras tribus. Vieron que había trigo y ganados, y aquí fincaron, hartas de su vida nómada.

Por fortuna, aquellos germanos no eran muchos. Vencidos además por la cultura española, se diluyeron en el pueblo autóctono. Covadonga lo funde todo. La sangre de los bárbaros nos ha dejado poca solera.

Aunque así, existen casos de atavismo. Y uno de ellos es Gay.

D. Vicente Gay parece un doctor alemán que hubiera emigrado á un país de hombres chiquitos, y que hubiera disminuído fisiológicamente. Su cráneo redondo, sus pómulos salientes que recuerdan un poco la configuración asiática... Y sobre todo su ciencia.

La ciencia del Sr. Gay, como la ciencia germana, es una ciencia copista y de persistencia, que no tiene nada de esa ciencia gala tan vidente, ni de esa ciencia yanqui, tan ágil, tan audaz.

Un alemán de cráneo redondo se propone contarle sus arrugas á la luna, y lo consigue. No opera allí la intuición. No existe el genio. Pero el buen astrónomo se está horas, días, años, con el catalejo, y acaba por descubrirle á Febea una verruga en la comisura izquierda de su boca.

Es un pueblo el alemán que está en una zona evolutiva anterior á la nuestra, y sobre todo á la de sus adversarios. Nosotros hemos pasado ya del plan lento. Las razas se desperezan, meditan y actúan. Nosotros hemos actuado. Los prusianos reflexionan aún.

Y el Sr. Gay, por atavismo, se halla en plena trogloditez.

Hasta en sus detalles es alemán. Aquí sólo se le llama doctor al médico. En Berlín se le llama doctor á todo hombre que posee borla. El señor

Gay, el doctor Gay, no se apea su borla valladolisotana así lo aspen.

Por lo demás, conoce un poco la vida prusiana. Estuvo pensionado allí. Y así como á un temperamento latino le hubiera resbalado el ambiente, al Sr. Gay lo deslumbró. El Sr. Gay adora los cogotes rojos, las salchichas balsámicas, la cerveza, las botillerías llenas de señoras obesas que salen al excusadito para tornar á beber, y que están aún amatoriamente en plena tarjeta postal.

Ama el imperialismo. Ama los cuadros pintados por rescripto y el arte previsto y ordenado por la burocracia. Le encanta asistir á las grandes paradas marciales, y admira con absoluta reverencia ese estoicismo gregario que hace sucumbir á millones de hombres sin una protesta ni otro ideal que este:

—Lo mandan.

Al volver de Berlín el Sr. Gay despreciaba lo español y exaltaba lo alemán. Había conocido y sentido á su patria. Y luego, ¡esa misteriosa ciencia, espesa, ininteligible, sin amenidad alguna, resultaba tan decoradita venida del Rhin!

Llegó la guerra. Y el Sr. Gay se hizo germanófilo. ¡Claro! Defiende lo suyo, su borla, su calavera, los suevos ó alanos que aquí llegaron rompiendo las estatuíllas de Venus y corrompiendo la jurisprudencia latina.

Yo celebro que el doctor Gay sea germanófi-

lo. Basta que él predique esas teorías, para que todos los espíritus inquietos, avizorantes, del Ateneo, hayan dicho:

—¡Ah! ¿Sí? ¡Conque Gay germanófilo! ¡Viva Anatole France!

GARCÍA CORTÉS

Don Mariano García Cortés ha derivado hasta ser un reaccionario epicúreo á quien la obesidad delata y mortifica. Flaco, sería felicísimo. Con unas carnes de correcta proporción, que no denunciaran grandes atracones, ni una vida muelle, podría seguir disfrutando de la existencia á sus anchas, no denunciando la dejación que hizo de sus ideales, y dedicado á comer y á conspirar dentro del mejor regodeo.

Ignoro si el Sr. García Cortés tuvo una mocedad espiritual, idealista y enjuta. Siempre lo conocí gordo. Pero ahora, desde que *España Nueva* se hizo germanófila, la piel se ha distendido, el hueso se ha forrado de grasa, los ojos están invadidos por unas bolsitas adiposas, las piernas tienen, al andar, un movimiento pesado, mientras la gran panza engullidora es retorta inmensa, en que se cuecen toda clase de alimentos substanciosos.

Germania necesitaba un socialista, como tuvo

un republicano. García Cortés, acaso después de algunas vacilaciones, aceptó. Por otra parte, bienquisto de los gobiernos burgueses, ocupa un cargo en la Junta de Subsistencias. Preside además la Agrupación Socialista de Madrid. No cabe una instalación más cómoda en el mundo. Ni más aleve.

¡Qué feliz sería García Cortés á no engordar Mientras todo el mundo es detenido, García Cortés deambula, casca las patas de cangrejo en la botillería y bebe el tuétanc líquido de los crustáceos, rotundamente dichoso. Mientras los demás padecen, huyen, se sobresaltan, García Cortés va á la zapatería y adquiere unas botitas bicolor para despampanar á los del barrio. Mientras el orbe socialista se convulsiona, García Cortés sube á un carricoche y dice:

—Ceres, 96.

Ahora, en compañía de Soriano, cadáver que sólo tiene vivo el estómago (y mucho ojo con lo que se hace, Sr. Barriobero), pensó rematar su pingüe suerte yendo á Estocolmo.

Todos sabéis que allí pretende Alemania provocar una reunión socialista que haga la paz sin victoriosos. Para suerte de la Humanidad, y siendo preciso que haya vencidos, á fin de que la paz venidera sea definitiva, ese Congreso no se celebrará. Empero, Rodrigo y Mariano, sobre quienes el Sr. Melgarejo realiza el milagro de los panes y los peces, querían ir allá. Se hubieran dado

postín. Viajarían gratis. García Cortés, sagazharía sus ahorros. Gordos, colorados, reventantes, dejarían bien sentado en Suecia que el socialista ibero germanófilo es un hombre que disfruta de una copiosa alimentación.

No lograron realizar el viaje. Esto molestó mucho á García. Esto, y verse, sentirse engordar por minutos.

Y es que la Naturaleza tiene grandes venganzas. Todo se purga en este mundo. ¿Coméis, y no conviene que os sepan demasiado bien nutridos? ¿Yantáis en la penumbra, sigilosamente? Inútil. El Supremo Hacedor, desde la altura de sus designios, exclama:

—¡Hombre taimado, ponte gordo, extremadamente gordo!

Por ese motivo García Cortés no es feliz. Su vida, á la hora de comer, es un calvario. No puede tener en casa una gran cocinera. Esto resultaría escandaloso en el partido socialista. Tiene, pues, que acudir á los hostales.

Generalmente acude á los misteriosos y escondidos, aprovechando horas penumbrosas y colocándose en los rincones más sórdidos. Suele ir con algún Heliogábalo de su calaña. Lagartos, con hambre atrasada, engullen recelosos, mirando á la puerta, diciéndose:

—¡Qué susto! ¡Creí que era López Baeza!

—¡Mira que si nos sorprende Castrovido!

En otras ocasiones va con Soriano á la Viña P.

Esto le agrada mucho. La gente sospecha que pagará Rodrigo, y como Rodrigo tiene fama de economista...

Mariano entra en la Viña P un tanto azorado. Se sienta. Átase la servilleta al cogote. Pide sopa de yerbas, su plato favorito; carnaza muy pringosa; buen vinazo rojo... Se pone colorado, inflado, estallante. Otro plato... Otro... ¡Qué gran felicidad!

Para García Cortés sólo es admirable la salchicha. El otro día leí la crónica de un alemán famélico. Decía, con ese poco sentido poético de los bárbaros:

—¡Leipzig! ¿Quién te conoce ahora? Antes embalsamaba tu ambiente el vaho de las salchichas. ¡Ahora...!

Y el boche se ponía muy triste pensando en la gazuza á que está inmolado desde que los aliados les pusieron cerco.

García Cortés, bochero-socialista y agente de los gobiernos burgueses, sólo es feliz atiborrándose

Dialogan poco. A veces, una frase suelta:

—Rodrigo, ¡qué vista la nuestra!

—De órdago, Mariano.

Y como han llegado las almejas, hunden allí todo el sentido del gusto.

A la salida, empero, D. Mariano García Cortés se pone algo melancólico.

—¡Qué gordo estoy! Me lo van á conocer, Rodrigo.

—No seas memo—responde Soriano—. ¡Que se chinchen! En este mundo lo que se mete es lo único que se saca.

—Hablas en razón; pero temo que me arrojen del partido. Tengo una facha de burgués que asusta.

Y al día siguiente, ante el rico escabeche, ante la perdiz estofada, ante un cochifrito de Botín, vacila el corazón, mientras el ojuelo goloso mira, avizora, refulge...

¡Lástima de obesidad delatora! ¡Tan dichoso como podría ser este hombre!

Su fin será horrible. En la lucha que sostiene entre el espíritu y la materia, vencerá la materia de modo imperante. Ya no se ocultará para comer. Llegará al morbosismo. Irá en coche, con unos salchichones y unas cazuelas, y unos pasteles á mano. Acabará por estragarse. Se dilatará su estómago. Tendrá la voracidad del vesánico nutritivo. Seguirá engordando. No podrá subir á su casa. Lo izarán por el balcón con una grúa. Un día, redondo, absolutamente esférico, dará un estallido. Y entonces, el príncipe de Ratibor y todos los cocineros de Madrid seguirán su entierro, plañendo á grandes voces:

—¡Pobrecito! ¡Tan buen cliente! ¡Maldita la pepitoria que nos lo mató!

CALVO SOTELO

El público se quedará absorto... ¿Calvo Sotelo? Estas semblanzas deben quedar reducidas á gentes famosas. ¿Calvo Sotelo?

Pues bien: el Sr. Calvo Sotelo merece una crónica. Merece una crónica, no porque sea un chico estudioso, aplicadito y morigerado, que ello no tiene mayor importancia, sino porque, siendo maurista y germanófilo, es una especie de símbolo ó síntesis de la Juventud española descarriada, aunque interesante.

Claro está que es preferible esta Juventud maurista y germanófila á la Juventud datista é invertebrada. De un hombre definido puede esperarse algo. De un alma idealista es de aguardar cualquier sorpresa. De quien nada es dable esperar es de esa Juventud desmedulada, amorfa, yerta, fofa, que aplaude una política sin credo, unos procedimientos ambiguos, una versatilidad gazmoña y egoísta, y que es una larva de ministrejo, á quien debiera aplastársele el cabezorro chato por salud pública.

Hecha esta declaración, y manifestada mi simpatía por la otra Juventud, es decir, por la Juventud juvenil, paso á amonestarla severamente en la persona del Sr. Calvo Sotelo.

Usted, Sr. Calvo Sotelo, pertenece á una generación equivocada. Creen ustedes que Maura es, en España, la panacea salvadora, y que Alemania es, en el mundo, el tipo del superpueblo.

¿Estamos?

¡Crasa equivocación!

Así que lo mediten un poco, y sobre todo así que dejen á los años su obra fecunda, variarán de opinión enteramente.

Usted es maurista, reaccionario, por odio al pecado de los liberales. Y usted es germanófilo por odio á Francia.

Es cierto que los liberales españoles (entiendo por liberales á los izquierdistas de toda especie), han pecado mucho. Pero no. No los abomine usted. En definitiva, son liberales. Y en medio de todos sus errores, siempre flota un amplio espíritu de transigencia, de olvido, de bondad, ese puro sentimiento que hace posibles las relaciones humanas.

Los jóvenes no tienen ustedes derecho á huir de la libertad y de la democracia, porque bajo su amparo se hayan realizado tales ó cuales hechos. Sería terrible que la generación de ustedes, hecha un poco por los jesuítas, hiciera retroceder á España otro medio siglo. Deben us-

tedes admirar á Maura, bendecir á Maura en todo lo que tiene de liberal y demócrata, y tribuniciamente rebelde, y exaltadamente juvenil. Pero no deben querer una España maurista, porque bajo la sombra del político egregio se han cobijado ideas viejas, procedimientos caducos, garras burguesas, órdenes retardatarias, atraso espiritual.

Sean ustedes liberales. Detesten, si quieren, á los liberales de aquí. Pero no en cuanto son hombres de pensamiento. Acaso en cuanto son hombres nada más.

Aprovechen para bien de la Patria la inmensa fuerza que han creado y organizado. Luchen, peleen, asalten, cultiven la pujante flor cívica, aquí donde se amustia; sean moralistas, austeros... Pero no se echen en brazos de la obscura y tétrica reacción, esa estantigua proterva que se está tragando á España.

Y lo mismo que digo de Maura digo de Teutonia.

No detestar á Francia por el prejuicio de que nos hizo daño. ¿Cuándo? ¿Dónde? Lo poco que tenemos de europeos se lo debemos á ella. En su idioma lo hemos aprendido todo. Si hemos decaído, ¿tiene alguien la culpa, sino nosotros mismos, aniquilados por el absolutismo y el despotismo seculares, y el centralismo bárbaro, y la administración proterva, y todo el rosario doloroso de nuestras desventuras?

No. Francia es siempre admirable. Su entendimiento ágil, claro, expresivo; su cosmopolitismo liberal; su bravura generosa; su hospitalidad peregrina y alegre hizo de Francia la segunda patria de todos los hombres. Y hoy, desangrada y heroica, llena de majestad, alza su frente augusta para salvar en el Marne, deteniendo las huestes del imperialismo, estos nombres que parecen ruidosos y que encierran ¡tan sublime verdad!: Derecho y Democracia.

Usted, Sr. Calvo Sotelo, es un alma juvenil que se hizo maurista y germanófila por un espejismo. Usted no puede cometer la horrenda culpa de atrasar á España y ponerla un dique, descuajarla de su posición geográfica, de su naturaleza étnica, ni puede echarla en manos de Loyola, huyendo de Lerroux.

Usted no puede, no quiere hacer eso. Usted meditará, resolverá...

Tienen ustedes en sus manos el futuro de España. Ustedes, dentro de algunos años, muy pocos, ya que estas podridas generaciones de hoy serán barridas como se barre una gusanera, gobernarán, dirigirán á España.

Y ustedes querrán una España liberal y latina, honrada, fuerte, alegre y dichosa, y no una España que se apoye en el sable carlista de Mella y en el templo jesuítico.

Sr. Calvo Sotelo, medite un instante. Ame usted á Maura. Al Maura parlamentario y al

Maura de Beranga. No sea Maura el vehículo por donde lleven ustedes á la Patria hasta la sima de la reacción más brutal, caída ante las plantas de Teutonia como una caricatura grotesca.

MIGUEL FERNÁNDEZ

(FERNANFLOR)

Desobedeciendo á D. Jaime de Borbón, para ellos rey de España y para nosotros príncipe ibero y jefe de la Casa borbónica, nacido en Francia, liberal y francófilo; denostando y calumniando á Melgar, viejo y noble tradicionalista, alma de ciudadano, erudito y consecuente en sus ideas; entregado á la vacua oratoria de Mella, histrión del legitimismo, cuyo disco oratorio, siempre idéntico, hubo de recurrir al plagio en instantes solemnes, D. Miguel Fernández Sánchez, «Peñaflor», logró su gran ideal de veranear en Pinto.

Mella, que tuvo alabanzas para el país francés cuando seguía la inspiración de D. Carlos y la opinión de D. Jaime, y que después se hizo germanófilo, olvidando la capilla evangélica que se instaló en el paseo de la Castellana y contra la cual hizo armas *El Correo Español*, fué quien lanzó al jaimismo en la corriente favorable á Teutonia.

¿Qué pudo motivar aquel cambio de gesto? Nada. Germania es luterana, y se alía con el mahometanismo. Persigue á Mercier. D. Jaime está prisionero. El príncipe envía cartas á Melgar para que desautorice todas las sinrazones acumuladas contra la Patria francesa. Empero, Mella infla telegramas, urde artículos, vocifera en un mitin, viste de claro, deambula tras las modistillas, se echa cosméticos en la áspera pelambre, se ha comprado calzoncillos cortos (antes los usaba largos y atados con cintas), no publica libro alguno y sigue ostentando su bandera carlo-turco-mahometana, entre la indignación del caballeroso Dalfau y la gregaria estolidez de los sochantres reaccionarios y truculentos.

Y esto, que debiera enojar á Miguel Fernández Sánchez, director del diario jaimista, ha sido su providencia, ya que siempre caen unas miajas de la mesa donde el amo come.

«Peñaflor» había ido una vez á Pinto en excursión dominical, y se había quedado arrobado, absorto.

Una llanura trigal, de pan llevar; unas casitas de ladrillo, peoneras; unas acacias polvorientas... Este es el concepto que del paisaje tiene D. Miguel Fernández Sánchez, «Peñaflor». Dijo:

—¡Qué bonito es el campo!

Y soñó con tener una casita de ladrillo, peonera; unas gallinitas que se entren en la sala, y la abonen; dos lechugas, unos conejos, cuyas

ancas devorar entre el arroz; una ristra de ajos y dos acacias para sostener una hamaca, y dormir al arrullo de los tábanos.

Hecho director el hombre Fernández, y caídas las migajas, pudo realizar su gran sueño. Pinto le cuenta ya entre sus pobladores. Con unas alpargatas, un traje de dril, pelado al rape higiénicamente, pues dice el credo jaimista que el piojo no es indispensable para ganar el cielo, Miguel baja á la estación en los anocheceres, y goza ese divino placer que hace la dicha no interrumpida de los factores y de los mozos. Luego sube el repecho que le lleva á casa. A veces queda Fernández envuelto en la polvareda que algún automóvil incita. Arriba. Las gallinas parpadean entregadas al sopor nocturno. Despelleja un conejo y lo manda freir. Sale á la huerta, y con sus propias manos, tala pimientos y tomates, que luego engulle. Cena. Se limpia con el dorso de la mano. Eructa, que esto es muy clerical también. Y después, en mangas de camisa, se pone á escribir un fondo germanófilo.

¡Sí, sí, Miguel; goza ahora tu Pinto y tus lombardas... Entrégate á la molicie de tus conejos. ¡Sé dichoso! Pero no creas que esa dulzura terrenal, á la que te diste con el materialismo voluptuoso de un sibarita, de un epicúreo, de un panteísta horrendo, ¡tú que debieras llevar cilicio, y azotarte las nalgas con unas disciplinas

para morir en olor de santidad!, durará toda la vida.

Se hará la paz alguna vez. Podrá D. Jaime hablar claro y recio. Y esos mismos correligionarios torpes que hoy viven reducidos y engañados, y ese buen Aranda, á quien maltratas inicuamente, invadirán Pinto, se comerán tus gallinas, arrancarán tus nabos, y en un instante dramático y terrible reducirán á ceniza esa casa que te hizo Batidor.

MAURA

Introito.

Yo quisiera poner en esta crónica todo mi estro de literato y todo mi amor de patriota, y toda mi eficacia de polemista y de crítico.

Yo quisiera que mi pensamiento hallara hoy, entre el barbecho de la obra improvisada, que es toda mi labor periodística, un halagüeño remanso prosaicamente musical, para que el pensamiento, hijo de la reflexión, llegase á mis connacionales por un vehículo armonioso.

Yo quisiera que todos me escucharais hoy, hijos de España, y que me oyerais sin prejuicio alguno, dispuestos en esta hora propicia y dilecta á escuchar la palabra de un hombre que os habla sincera y emocionadamente.

La neutralidad.

Al estallar el conflicto europeo, España dió un instintivo paso atrás, algo así como un enco-

gimiento, como el brinco que el susto produce. Fué la neutralidad española un gesto físico perfectamente lógico y humanamente racional.

No sabíamos qué ocurría en el mundo. La conflagración europea, como la hidra revolucionaria y el peligro amarillo, parecía un sueño, un absurdo, algo caótico é imposible.

Ignorábamos quién era el culpable de aquello. Ignorábamos qué término podría tener la aventura. Sólo nos llegaba el eco trágico de la hecatombe. Y era natural que nosotros, aterrados, estupefactos, procurásemos encerrarnos, aislarnos, para evitar en lo posible la catástrofe.

Yo fuí entonces neutralista. Germanófilo no lo he sido jamás. Es un crimen espiritual ése que no me atormenta. Cierto libro publiqué, para sobresalto de alemanes, que me quisieron traducir en Munich, juzgándolo por el rótulo, y que después, cuando leyeron aquellos editores muniqueses mis pleitesías á Francia, mis arrebatos líricos por Bélgica, mi respeto social y político por la Gran Bretaña, lo arrojaron con indignada manera.

He sido neutralista. Y ahora digo que ser neutralista á los tres años de guerra mundial, cuando se han depurado los hechos origen de la gran pugna; cuando han ocurrido los torpedeamientos de que nuestra marina mercante fué víctima: cuando las armas aliadas vencen, y Alemania busca una paz imposiblemente salvadora; cuando

América ha entrado, casi toda ella, en el conflicto, es, ó una pobre y brutal ignorancia de nuestra posición en el planeta (ceguera cabileña), ó una perfidia al servicio de Germania.

Como la tesis que acabo de sentar acaso les parezca á nuestros españoles de una enorme audacia, todo ello lo probaré. Lo probaré con razones, patrióticamente. Sospecho que nada podré lograr. No escribo en un país culto, sensitivo, sino en un país que rumia ideas magnas, ideas enormes, ideas bárbaras, y que es hostil á todo lo que signifique innovación. Cuando el español amuebla su cerebro con un concepto, se pone á la puerta de su masa encefálica y defiende á mordiscos el sagrado del lugar.

Escribo para una minoría selecta, para algún corto número, para los americanos, y sobre todo para mí.

No quiero consentirle á mi cobardía un silencio ramplón. Que alguien con la pluma sea quien enjuicie, quien vaticine, y sobre todo quien salve su voto y su conciencia.

La guerra, espiritualmente.

Es innegable que el causante de la guerra fué Alemania. Discutirlo es una superchería que ya no perpetran ni siquiera los germanófilos de pan llevar.

¿Quién estaba en Europa dispuesto militarmente para la guerra? ¿Inglaterra, sin Ejército, con una Armada defensiva (las Armadas sólo son defensivas, pues las conquistas se hacen con soldados), comercial, plena de libertades y de ciudadanía democrática? ¿Francia, invadida de espiritual molicie? ¿Bélgica acaso? ¿Italia, risueña y estética, bajo la sombra de sus estatuas y de sus torres gráciles? ¿Rusia, la atrasada, la caótica, la acabada de vencer por el Japón?

En Europa no había más que un imperialismo: el alemán.

Sólo Prusia tiene como lema patrio un reto al mundo. Sus pensadores y filósofos han predicado el imperialismo siempre. La política germana ha sido esa. Vencer al mundo, imponerle su voluntad... Este ideal, sentido por algunos pueblos en la Historia, fecundo y fuerte, pero terrible é irrealizable, parecía desterrado como una leyenda, como un fanatismo. Fué necesario ver cómo muchos años antes de estallar la guerra, ya estaba ésta preparada; cómo existían en Bélgica los cimientos del 42; cómo el mundo se hallaba poblado de espías; cómo la conquista de París era el detalle de su plan estratégico, para convencernos del todo.

Alemania es el imperialismo. Los aliados luchan á la defensiva. Que sean germanófilos los amantes de la fuerza, los partidarios de la esclavitud, los que, en este siglo científico y socialis-

ta, pacifista y lleno de espirituales inquietudes, aman aún las hordas triunfantes, las severas leyes draconianas, el estrépito marcial, la moral de Breno.

España, que fué arruinada por el imperialismo alemán que aquí se asentó con los Austrias, no puede ser germanófila.

Alemania representa algo peor que el imperialismo.

Representa el cesarismo.

Hállase aún en el concepto retrógrado, casi milenario del César. Tiene una monarquía feudal y providencial, en la que todo, el Derecho, la Justicia, la Riqueza, provienen del Trono. «Lo manda el Kaiser.» «Así piensa el Kaiser.»

Germania no se ha bañado aún en la rubia, griega, mediterránea é intelectual democracia. Un poder que sea del Pueblo, y que el Pueblo elija, y que se halle siempre bajo su fiscalización; un poder benigno y apacible, sostenido por la virtud y plasmado en la indulgencia, no lo comprende Teutonia. Esa raza obesa y coloradota, de cráneo redondo, que ha producido hombres geniales, pero que tiene un nivel medio gregario, cree en el poder cesáreo, en el Amo, en el Indiscutible. Es el rebaño que tiene pastor. No la asamblea que elige presidente.

Y España, que ha sido devastada por el cesarismo, que vió su noble solar yerto por el cesarismo alemán aquí introducido, que perdió su

vida política, democrática y fértil, para tolerar el yugo absolutista, creador de guerras estériles, asolador de riquezas saqueadas, aniquilador de libertades sacratísimas, asesino de Padilla y de Lanuza, no puede ser germanófila.

Pero Alemania representa aún más: la injusticia.

Representa el atropello á Bélgica, la ruptura de todo convenio y de toda razón, verdugo de la debilidad.

Y España, que descubrió y colonizó países ignorados, y que es un pueblo donde la idea del Derecho y de la Justicia se unió al de la Bravura y el Honor, no puede ser germanófila.

Alemania significa imperialismo, cesarismo y algo que no tiene nombre, por ser demasiado monstruoso, y que es el aplastamiento de los inermes sin otra justificación que el egoísmo personal. Por imperialista está frente á la Libertad; por cesárea, frente á la Democracia; por su crímen de Bélgica, contra la Justicia.

Un ibero, un latino, no tiene derecho á ser germanófilo. Y si no tiene derecho á ser germanófilo, tiene el deber de ser aliado. Que esas situaciones eclécticas, esos neutralismos espirituales ambiguos, sólo alientan en corazones epicenos, en almas grises, en inteligencias yertas, en sexos carentes de clara definición.

Porque el mal debe inspirar odio, y el bien debe inspirar simpatía. Quedarse perplejos ante

el bien y el mal es algo tan fuera de razón que sólo en el cadáver, en lo inanimado, se concibe.

Los aliados.

No es que yo sea un extranjerizante en mi patria. Me pesa Gibraltar sobre el corazón tanto como al que más. Y me pesan muchos recuerdos.

Pero no soy yo uno de esos imbéciles que buscan el origen de nuestro descenso más allá de las fronteras.

Lo busco aquí, y lo encuentro aquí.

Hemos decaído, no porque la pérfida Albión, ni la envidiosa Galia nos hayan molido las costillas. Hombres son, y no era de extrañar que asistieran al proceso de la decadencia española con espanto ni con remordimiento. Cada raza es libre, hasta para envilecerse.

No, ellos carecen de culpa. Que si Francia nos invadió, aquí estuvo Inglaterra defendiéndonos. Y esa misma invasión fué obra de un caudillo y no de un pueblo, de un militar que dañó a su patria más que á nadie con el frenesí loco y genial de sus aventuras marciales.

Hemos decaído, porque á la democracia ibérica sustituyó un régimen centralizador brutal, que mató á la patria, que lo tiranizó todo, que subvirtió, que tostó el cuerpo joven de la raza y aventó sus cenizas. Cinco siglos de absolutismo,

mejor ó peor disfrazado (el de ahora es el más dañino y aleve de todos, pues se disfraza de un progresivismo jacobino y caciquil truculento y desconcertante), han extinguido á España.

No se puede mirar á la Historia sin encenderse en ira. Los Reyes Católicos aún conservan, pues son españoles, el concepto del respeto á las Cortes y del amor á las nacionalidades. Pero llegan dinastías extranjeras, y todo se resume en un cetro. Se aniquila á cuanto estorba, y como lo que estorba es España, se mata á España. Las Cortes no son convocadas jamás. Los pecheros sostienen con su oro guerras familiares. En ellas perecen generaciones mozas. La Inquisición, arma política más que religiosa, nos aisla del mundo y de la Ciencia. Se rebelan en Villalar unos caballeros, y se les decapita. Se alza el foral y justiciero Lanuza en Zaragoza, y es muerto. Una gran sombra negra llena á España. Emigran unos, se constriñen otros. Surgen alucinados y místicos. El alma nacional se deforma. Y cuando la Libertad aporrea nuestras puertas, como ya somos un cadáver, manos piadosas amortajan á este cadáver con indumentaria liberal; pero la gusanera, es decir, el caciquismo, un constitucionalismo falso, que es un absolutismo irresponsable, el centralismo más abyecto, quedan dentro, con su siniestra podredumbre.

¿Por qué culpar á nadie de nuestra decaden-

cia? Escarbemos en tierra española. Y aquí hallaremos todo el rastro de esta gran tragedia que se llama el declive nacional.

Los países aliados no son enemigos seculares de España. Los enemigos seculares de España son el cesarismo de ayer, franco, y el cesarismo de hoy, encubierto.

Yo rechazo todo vil prejuicio contra esos Estados superiores á nosotros en Cultura y Economía, y que no tuvieron otra culpa que la de haber asistido á la putrefacción de España con un mohín indiferente. Si á algún país extraño habríamos de mirar recelosos, ese país sería Alemania. Porque de allí vino Carlos el César, prognato y brutal, con su espada, su látigo, su Yuste...

Nosotros debemos contemplar á las naciones que luchan contra Germania sin prejuicio alguno. Hombres modernos, ciudadanos del mundo, gente actual y no fósil, estamos en el deber de admirarlos intelectual, política y militarmente.

Debemos admirar á Bélgica, que es una inmensa Zaragoza y una Gerona enorme, sucumbiendo por el honor. Debemos admirar á Inglaterra, que abandona su retraimiento y sus riquezas bien ganadas, para ser el Quijote de Flandes, Lloyd George sobre Rocinante y Clavileño, desangrándose y arruinándose por una causa romántica. Debemos admirar á Francia, á esa

más que á ninguna, que abandona su dilectantismo cosmopolita y deja el taller, donde hace progresar al mundo, para detener á las fieras en el Marne y sitiarlas en Verdún. Debemos admirar á Italia, bella y azul, que se niega á aceptar sus provincias irredentas, prefiriendo ganarlas con sangre. Debemos admirar á Rusia, á esa gran tierra caótica y revolucionaria, que ha proscripto su inicuo zarismo y que se entrega al juicio de la Historia, sin traicioneras paces separadas, blanca y convulsa, llena de vitalismo y de promesas. Debemos admirar á los Estados Unidos, cuyo gesto de ahora, maravillosamente idealista, sacrificando su oro y sus venas, sin más acuciamiento que Laffayette y el Honor, es un bello gesto que aún tenía virgen la raza humana. Y debemos admirar á esos pueblos que colonizamos, y que aún hablan nuestro idioma, hijos de la Libertad y de la Democracia, todos ellos trémulos de ansiedad ante la suerte de la vieja Europa, desdeñadores altivos del espionaje, de la traición, del soborno.

Con unos ó con otros.

Cuando ante una conciencia sana se plantea conflicto de tan grave naturaleza como éste, no puede quedar inactiva. Debe elegir; tiene que elegir.

No cabe la indiferencia. Ella es: ó ignorancia, ó perversidad.

Yo ahora, depurados todos los hechos, revisionado hasta la saciedad el origen de la conflagración, no comprendo al neutralista. Concibo mejor al germanófilo de acción, intervencionista y vesánico.

Esa es una postura absurda, pero humana, sin perversión moral.

El neutral, hoy, me parece un hombre que viendo pelear á dos individuos, uno de los cuales tuviera la razón, y ante sus ayes, su sangre que fluye, encogiera los hombros, diciendo:

—¿Sabe usted? Yo soy un espectador.

Acaso alguien se asombre. Pero yo he creído que el espectador de los hechos crueles es la más abyecta fiera.

Pero eso...

Hay quien basa su neutralismo en una afirmación terrible de su alma española. Esos hombres hablan así:

—¡Que se maten! ¡Que se destrocen! Alguna vez había de llegarnos la nuestra. Mientras ellos pugnan y se arruinan, nosotros florecemos, vivimos, triunfamos.

Este raciocinio podía ser, apartando de él cuanto tiene de innoble y de canallesco, un cri-

terio egoístamente salvador si pudiera resultar viable.

Circunscripto el problema á dos, á cuatro, á seis á más naciones, cabría apartarse de ellas y dejarlas abandonadas á sí mismas, y engordar y crecer á su costa y suplantarlas después en el mundo, apareciendo pujantes á la hora de la paz.

Yo, como español, llegaría acaso á aceptar ese plan solapado y terrible, si creyera que podría sernos beneficioso.

Pero no ven los que así hablan que esta guerra no es una hecatombe aislada, contenida, sino que es una catástrofe mundial, intercontinental, planetaria, á la cual no es posible sustraerse. No ven que el incendio lo invade todo. Y esas brutales frases me parecen algo así como la voz de un demente que viera arder todas, todas, todas las casas vecinas, y que, asomado al balcón, chillara: ¡Fastidiaos! ¡Quemaos!

Ese loco, cuya casa está cercada de llamas invasoras, que no se preocupa de buscar agua para apagar el incendio, que no quiere ayudar á nadie, y que da gritos desde su balcón, sólo es concebible como ejemplo clínico de un manicomio enorme.

Unicamente un Estado más fuerte que toda la Humanidad podría tener derecho á ser impasible. Sólo un Estado que se bastara económicamente á sí propio, cuyos ejércitos y cuyas armadas pudieran amparar su quietud de modo in-

asaltable, podría adoptar esa siempre egoísta postura.

España, que vive del extranjero, que es un arrabal, que podía ser reducida á la miseria sólo con un acuerdo, y á la impotencia con un acto, que empieza á renacer por obra de sus intelectuales y de sus rebeldes, que es un embrión de Estado moderno, que ocupa hoy el centro del mundo, que es pequeña, débil, no puede consentirse el lujo de una impasibilidad cruel.

El egoísmo se paga. Si prosperase la opinión del neutralista por españolismo, iríamos al peor de los desastres.

Razones.

La guerra próxima á terminar, acaso el daño no fuera tan grave. Pero la guerra lleva trazas de acabar muy tarde aún.

Alemania, impotente, hambrienta, se queja, suspira, resuella, crepita... Pero no se ha desprendido aún, ni se desprenderá en mucho tiempo, de su afán imperialista ni de su sueño victorioso.

Ha gastado hartas energías para renunciar á vencer. Pasó demasiados dolores para no querer alguna piltrafa. Está dispuesta al sacrificio. Sólo una revolución interior, como la de Rusia, podría salvarla. Pero el alma germana, lerda, lenta,

rumiante, no está capacitada aún para reaccionar. Irá disminuyendo su ración hasta lo inverosímil. Seguirá entregando generaciones á la hoguera. Querrá morir como una Numancia al revés. En sus propios sufrimientos buscará ánimo para seguir luchando. En su propia desesperación hallará el arma con que herir.

Por motivos diferentes, pero idénticamente eficaces, los aliados no harán nunca una paz que sea un armisticio.

Es preciso que esta sea la última guerra del planeta. No es posible que vuelva á darse tan nefando espectáculo, tan hedionda escena. Los pueblos se amarán, se solidarizarán. Y si no se vinculan por la razón, se vincularán por inteligencia, por conveniencia, por exigencias del progreso, aterrados ante la barbarie militar, deshonra de nuestra civilización.

La guerra no es un mal necesario. Ese dogma pertenece al credo salvaje. La guerra es una infamia, un crimen. El hombre ya lo sabe. Y si lo sabe, la evitará. El alemán no lo sabe aún. Por eso es preciso que el escarmiento sea definitivo y para siempre.

A no haber aparecido el prusianismo como una flor exótica en la civilización actual, las relaciones humanas hubieran podido seguir siendo amistosas, legisladas sabia y prudentemente. Yo no creo en un Estado único. Eso es contra naturaleza. Pero creo en una solidaridad, si no

amical ni fraternal, impuesta por la ciencia al achicar distancias y por la paz al entremezclar progresivos intereses.

Creo en una humanidad gobernada por hombres civiles, y en la que sea el guerrero báquico un recuerdo de tribu. Se peleará contra las gentes de color, nada más. Lo evidente, para no llegar al ideólogo, es que esto, ¡esto!, tamaña barbarie, tamaño crimen, no puede consentirse que reincida.

Y para evitarlo hay que dejar sin garras al tigre, sin dientes al chacal, sin hálito conquistador ni esperanza dominadora al retardatario.

La paz se hará con una Alemania vencida. Vencido, derrotado, acaso el pueblo alemán pueda ser útil á la Humanidad con su trabajo perseverante, su tozudez gregaria, su afán industrialista. Pero regido y organizado así, no. Así es un peligro que debe destruirse hasta dejarlo en la impotencia.

No, no puede haber una segunda guerra universal. Ha muerto demasiada gente. Se han sacrificado demasiadas cosas, se ha retrocedido materialmente con exceso. Son demasiados los ayes, las heridas, las crueldades, las ruinas, los crímenes. Es necesario que el historiador escriba así:

«Hubo en 1914 un Estado que retó al mundo. Cundió una guerra terrible, que formó Edad. Ese Estado pereció. Ya no podrá haber otra guerra.»

Y pregunto yo ahora: Si la paz tarda aún años en llegar, ¿qué será de España?

Durante los primeros tiempos ha podido ir arrastrando su aislamiento con cierto decoro. Pero ya le llegan salpicaduras atroces. Sus barcos carboneros son hundidos. Los navíos que llevan su mineral y que traen sus pastas de papel, su algodón, aquello que le es necesario, son torpedeados. El decoro patrio ha sufrido gran mengua. América, su América, se le va, la mira con estupor desdeñoso; busca pactos, tratados mercantiles, con otros países. Aumenta el precio de la vida hasta lo fabuloso. No pueden subir los salarios. Se han enriquecido, sí, algunos individuos particulares, cien, mil, diez mil... Pero los veinte millones de españoles sufren hambre, y emigran ya á torrentes, á oleadas, en busca de un trabajo más remunerador. Nadie construye... Las cuentas corrientes languidecen en arcas infecundas, y esperan el día de la paz para huir, buscando más lucrativo acomodo. Esa peseta que hoy se contonea, ¿de qué le sirve su alza ficticia si ello no beneficia á nadie, pues no es más que una vanidad peligrosa? España se aisla, se acurruca, languidece, como si buscara una postura fácil para morir inhibida. Pasará otro otoño, otro invierno, otra primavera, otro verano. Los demás pueblos habrán ido consolidándose en la desgracia. Fortalecidos espiritualmente, actuantes é intensos, preparando su bien-

estar y su desquite. Esto, despoblado, desorientado y caótico, habrá ido sumergiéndose en una neutralidad neutra y agónica, que sólo beneficia á un país ya derrotado y que trueca á España en la base naval riscosa y trágica de los llamados á sucumbir.

Otro peligro enorme.

La situación no puede ser más grave. No basta maldecir de la hecatombe, ocultar la cabeza, taparse los ojos. Es preciso conocer las proporciones del mal, diagnosticar la dolencia y prevenirla.

Ya lo apuntado ligeramente, parcamente, optimistamente, es gravísimo.

Pero queda todo por decir.

Y es esto. Y hay que clamarlo, para ver si me oyen y se aterran, y esta patria mía reacciona.

Nosotros somos el neutral que asiste al dolor ajeno con una mirada egoísta. Así discurren nuestros más avisados ingenios. Así vociferan, y de ello se jactan.

Pues bien. Suponed que en una habitación luchan veinte hombres. Uno blande armas de fuego; aceradas, otros... Todos pelean, todos se desangran, todos sufren. Sólo uno engorda y ríe, exclamando: «Imbéciles! Mientras combatís yo me atraco y gozo.»

Ellos un día, en una tregua, sorprenderán el espectáculo, verán todo el espíritu que lo anima y se volverán contra él...

¿Qué hará entonces el hombre gordo é inerme, suponiendo que realmente le haya aprovechado un condumio imposible, pues la mesa ha sido derribada por los combatientes, y sólo quedan miseria ó desolación en la casa? ¿Qué dirá? ¿Cómo se disculpará? ¿Qué castigo le será impuesto? ¿Cómo ocultará su egoísmo grosero y materialista? Si el dinero del orbe y la energía del orbe, íntegros, se metieran en España, aun así, de nada podría servirnos eso. Es lucha de humanidad lo que ocurre. Es incendio total lo que se ve.

Yo le tengo miedo al hoy. Pero el mañana, como español, me consterna. Á veces, en la noche, me atosiga el pánico. Sueño que millones de manos airadas me señalan convulsas, y que yo, esquelético, tirito en mi rincón, royendo un mendrugo.

De convulsión en convulsión.

España no es una isla remota é inaccesible, sino un anillo de la universal cadena. Hasta aquí llega, por dicha, el eco del mundo.

No podemos abandonar nuestra condición de hombres ni de europeos. Y, claro está, aunque

unos gobiernos fofos, insensibles, inhibidos, efímeros, nefastos, nos cerquen, y una propaganda germanófila soez y cínicamente exhibida nos aisle, el estrépito remoto llega al oído de la España sensitiva y de la España convulsa.

La guerra, lejos de haber reaccionado al mundo, lo hizo más liberal, más comprensivo y más bueno. Las proclamas guerreras aliadas hablan contra lo belicoso y lo aceptan como un mal que es preciso vencer. Los soldados son ciudadanos en armas y no unos bergantes dominadores y bárbaros. El espíritu de la Justicia, del Derecho, de la Libertad, se ha encendido en el mundo. Se habla de esas tres ideas como de tres divinidades á las que el hombre debe rendir culto. No se ha retrasado moralmente el planeta. Al contrario, se ha superado á sí mismo, y fué el dolor crisol maravilloso donde el espíritu humano se hizo más puro, más bello y más noble.

Ved cuál es la obra salvadora de la guerra en su aspecto aliadófilo. Ved predicadas y pregonadas por naciones que hoy son todo Ejército, las ideas más sublimes de concordia y de progreso. Ved caer viejas monarquías épicas, como la de Rusia, al conjuro del espíritu emancipador que inflama el pecho del peludo francés. Ved cómo avanza un firme concepto democrático en el mundo. Ved cómo llega una larga etapa liberal en el universo, plena y magnífica.

Y esto en España, ¡es tan atroz para los hombres liberales! ¡Es como escuchar sedientos y atados la cristalina y fresca linfa de agua!

Nuestra neutralidad no es sólo física, sino política. Lejos de haberse sentido los directores de la muchedumbre española ganados por la idea liberal, se han aferrado á un neutralismo germanófilo truculento, y España es hoy un Estado sin Constitución, sin Parlamento, sin libertades, sin ciudadanía, expuesto al capricho faccioso de los oligarcas, entregado á la furia de sus caciques. Los escasos derechos que el pueblo español supo conquistar, y que sólo estaban en el papel, han sido suprimidos. No se le habla al pueblo, no se le persuade, no se le gobierna. Se le deja perecer de hambre de pan y de hambre de ideas, y cuando se estremece, sólo ve cómo se le aplica el palo.

Los obreros y los intelectuales, todas las izquierdas y todos los nacionalistas (expresión la más racial y más autóctona y bella del patrio renacimiento), es decir, toda España, salvo la burocracia y los parásitos del chanchullo y de la concupiscencia, sin contar—claro está—á los carlistas farisaicos y á los que se llaman católicos y sólo son plutócratas mojigatos, sumando —como es natural—entre los descontentos al capitalismo renovador, son perseguidos, y se les ha llegado á sumir en la más lóbrega mazmorra espiritual y política.

Y esto determinará convulsiones desastrosas, que, sumadas á las demás causas ya anotadas, sumirán á España en la miseria.

Hemos entrado ya en un período de franca descomposición.

El Ejército, en un acto bien inspirado, protestó contra la incuria, contra la desfachatez, contra la inmoralidad públicas. Y lejos de corregirse, los gobiernos emplean su eterno remedio asqueroso... Votaron créditos... Pero la gangrena, aún mejor revelada en ese infame acto—infame, por la intención—, continuó y continúa...

Los paplamentarios también se unieron para traer sobre España un aura ciudadana. Y el Gobierno empleó contra ellos la violencia, y después la farsa más despreciable.

Los obreros, en fin, acordaron una huelga, y ella y sus hijas naturales, la pequeña revuelta acéfala é inocente, la asonada ineficaz, que en otros países se castiga con mangas de riego ó de planazos municipales, fué aquí objeto de tremenda represión.

Estamos en plena crisis, en plena convulsión, en plena anarquía.

En vez de permitir que nos ilumine el espíritu mundial, y en vez de lanzarnos á la corriente del orbe, salvadora con el triunfo ya evidente de los aliados, creándonos un ideal internacional, unas amistades, unas solidaridades, unos estímulos, unos tratados, una firme cohesión, somos la

barcaza sin timón ni brújula, dentro de la cual mantiene la disciplina, ante la miseria y el fracaso, un brutal oligarquismo en descrédito.

Este es el presente de España. La ruta que hemos emprendido sólo tiene el abismo por término.

¿Llegarán á negársenos el carbón, el algodón, lo que mantiene nuestros talleres, sosteniendo una incipiencia industrial? ¿Se nos dejará abandonados á una neutralidad absoluta? ¿Seremos la excepción del mundo?

Yo quiero avisar á mis connacionales. Nunca aquí fueron oídos los pregoneros, sino cuando el remedio era imposible.

Si Alemania venciera.

El único baluarte en que se refugiaban los neutralistas era la posibilidad de que Alemania triunfase...

Yo, como habitante del mundo, hubiera sentido inmenso dolor. La Fuerza, el Despotismo, señores del planeta. Aquí, una reacción espantosa. ¡Qué horrible espectáculo!

Pero esta es una ilusión que no guardan ni los más exaltados. Alemania está vencida desde el Marne. Su plan no tuvo eficacia al no tener realización pronta y radical. Desde entonces recula pesada y torpemente, mientras su diplomacia in-

fluye en la escasa minoría neutral, buscando un asidero improbable.

Los aliados vencieron. La raza humana ganó la guerra contra la raza teutona.

Y en estas condiciones, ¿qué si no la ceguera ó la perfidia son culpables de nuestra quietud germanófila?

El más pequeño vislumbre político debió unirnos á los pueblos que van á triunfar. Por conveniencia, por egoísmo, por instinto de conservación. Participaríamos de su gloria y de sus ventajas; seríamos oídos con respeto tras de ser aclamados entusiásticamente; entraríamos en el gran bloque humano de los pueblos vivos, intensos y actuantes.

¿Qué ocurrirá cuando la paz se haga?

Alemania, vencida, impotente, ¿qué podrá hacer en beneficio nuestro? Habremos sido una colonia comisariada por el príncipe de Ratibor, gobernada moralmente por unos testaferros á los que se entrega miserable condumio, y á la que se abandona, estéril, en la hora de la desventura.

¿Qué harán con nosotros los demás?

¿Podrán querérnos, estimarnos, tenernos en cuenta? Mientras dieron su sangre por la Libertad, nosotros estuvimos apartados en la triste lobreguez de una germanofilia cobarde. Nadie nos llamó. Pero nos esperaban. Y no fuimos.

Creo yo que si en España hubiera política, ya

se habría realizado el inteligente acto diplomático que se supone llamarse á partido, cuando aún es factible entrar en el partido de los victoriosos.

Pero nos ha cegado el destino, y nos ha emborrachado la cerveza alemana. Y así, pobres, míseros, convulsos, deshonrados, seguiremos hasta la hora más supremamente trágica.

Política inteligente

Yo no quiero que España derroche su sangre en la guerra. Deseara que la guerra no existiese. Asistimos á una inmensa hecatombe. Lo inteligente no es negarse á creer que la hecatombe existe, sino esquivarla y aprovecharla de manera ingeniosa y hábil.

Y la fórmula de esta postura no es la neutralidad, sino la ruptura con los imperios centrales. Sólo esto. Esa ruptura inteligente, pasiva y sagaz, debió hacerse hace ya mucho tiempo, con motivo de los torpedeamientos de que fué víctima nuestra marina mercante, oprobio que hemos soportado con una insensibilidad morbosa que nos habrá hecho despreciables ante el mundo, y sobre todo ante esa República Argentina que hizo rendir pleitesía á su bandera sólo por un atropello bien pasivo.

Ruptura como el Japón, como China, como

gran parte de los Estados americanos, como los Estados Unidos antes de empezar sus embarques de tropas.

¿Qué males y qué bienes nos hubiera reportado el hecho?

Males, ninguno. ¿Acaso Alemania, bloqueada, sitiada, es capaz de ofendernos militarmente? Con ella ni comerciamos ni nos interesa comerciar, pues nuestro comercio es inglés, francés y americano. ¿Dónde estarían las desventajas, hombres aleves que ahuecáis la voz hablando de neutralidad, ó porque sois perezosos de intelecto ó porque estáis sobornados?

¡Bienes...! Sin límite.

Nuestro crédito mundial, sólo con ese hecho, subiría en el orbe. Tendríamos el apoyo de los aliados, que son toda la humanidad. Embargaríamos los barcos alemanes y austriacos que se pudren en nuestros puertos, en compensación al tonelaje hundido. Suprimiríamos el espionaje que aqui se perpetra. Los submarinos piratas que infestan nuestras costas dejarían de aprovisionarse aquí, con lo cual aceleraríamos el término de la contienda. No siendo peligrosos para los aliados, comerciaríamos con ellos, libre é intensamente, acreciéndose nuestra industria. Tendríamos un gesto espiritual que nos daría cohesión patria. Nos formaríamos un ideal ibérico y ultra-ibérico. Volveríamos á tener influencia en Sur-América. Si, ofendidos por los Centrales,

hubiésemos de crear organización militar, el secreto habilísimo de nuestra diplomacia sería retardar y aminorar el concurso, regatearlo, hacerlo insignificante; pero habríamos, bajo tutela práctica y técnica, y con apoyo amical, organizado siquiera una división, que podría ser núcleo y modelo de Ejércitos posteriores, á la europea, aprovechando todo lo que tiene de heroico y de sufrido en los azares de la guerra el militar español.

Llenos de cohesión patria, unidos al mundo vencedor, en la corriente del Progreso y de la Democracia, ayudados por naciones más fuertes á quienes les interesaría nuestro crecimiento y mejora, acaso sin el sacrificio, más aún, quizás con un hábil sacrificio de proporciones insignificantes (y ello hubiera dependido de nuestra voluntad, pues si no se nos hizo la forzosa para entrar en guerra, menos iba á hacérsenos para que el concurso fuera desproporcionado á nuestra debilidad, á nuestro lento renacimiento, á nuestras recientes calamidades marciales), llegaríamos al final de la guerra con un alma y con una organización, en vez de ser el país arruinado y convulso que sirvió al vencido y al que los vencederos mirarán con odio inevitable.

Sólo siendo un inconsciente pueden no verse ni sentirse estas cosas.

La política de Romanones.

El conde de Romanones vió y sintió esto. Y no sólo lo vió y lo sintió, sino que intentó realizarlo.

Conversaciones sostenidas por mí con su ministro de Estado, D. Amalio Gimeno, me hicieron comprender toda la complejidad de aquella labor.

El conde de Romanones, ante las violencias germánicas, protestó moderadamente. Protestó luego con mayor energía. Ni siquiera se nos ha respondido. Berlín envió más dinero para la propaganda. Con esto se compró á los conductores y guiadores de la opinión pública.

Romanones, tras una serie de notas diplomáticas, hubiera llegado, si así era preciso, á la ruptura con Prusia. Nada más que á la ruptura. Así lo dice en su mensaje al Rey, documento que ha salvado un poco el honor de España ante los ojos de América. Pero esto, que dió motivo á una campaña escandalosa inserta en la Prensa germánica de aquí, no pudo hacerse. Romanones caía con una bandera salvadora y patriótica. Mas caía... Y vino la ambigua etapa de Alhucemas. Y siguió la neutralidad inhibida, tenebrosa, penumbrosa, gangrenosa, comatosa, del Sr. Dato. Y lo que pudo ser iniciación

del resurgimiento español en su aspecto internacional, fué otro hundimiento en la ciénaga, otro paso desorientado hacia la ruina.

Maura en Beranga.

Lo que Romanones no pudo hacer por carecer de elocuencia y por no haber sabido inspirar confianza á parte de la opinión, pudo hacerlo Maura.

D. Antonio Maura, tribuno inmenso y hombre lleno de austeridad, con todos los prestigios, vió y sintió el problema.

El Sr. Maura, con esa clarividencia que tiene para las grandes cosas, dijo, primero en el teatro Real, y después, y sobre todo en Beranga, lo que un patriota inteligente puede y debe pregonar... Esto es: afirmó nuestro occidentalismo, nuestro latinismo...: dijo que la opción se imponía, y que se imponía con urgencia.

Yo estaba en Marruecos cuando aquel maravilloso discurso fué pronunciado. Sentí al leerlo en la Prensa una gran unción nacional. Vi que España, por la voz de su primera autoridad gobernante, era un pueblo europeo, un pueblo libre, un pueblo consciente, un pueblo salvado. Y sentí una inmensa y juvenil alegría. Y os diré ahora que aquellos soldados entre los cuales vivía yo, compartieron mis sentimientos, y

se vieron incorporados al mundo, con el prestigio de sus uniformes.

Maura y Venizelos.

Maura pudo ser el Venizelos español. Maura pudo ser el gran tribuno ibérico, el gran caudillo balear, el inmenso orador mediterráneo, la gloriosa figura de la otra península hermana.

Maura tiene la confianza de las derechas, la admiración de los neutros, el respeto de los liberales. Maura no administró ayer á España como Venizelos administró á Grecia, ni pudo salvar ayer á España como Venizelos salvó á su nación, porque España es el país más difícil del orbe. Pero Maura ha visto y ha sentido todos los problemas, y es un grande estadista de estirpe y de nervio. Agitador y apóstol, ha tenido y tiene á las muchedumbres al lado suyo. Los pocos que le faltan no se han sumado aún porque lo ven retraído y nostálgico...

A Venizelos le asaltó el constantinismo. Aquí también hay un constantinismo. Venizelos, refugiado en Salónica, con la magia de su virilidad civil, con la eficacia de su talento maravilloso, con el fundente de su patriotismo exaltado, venció al constantinismo y salvó á Greica.

Maura pudo ser el Venizelos de España. Maura ha tenido á España bajo su designio. Maura

podía volver á tenerla. Maura es acaso el único gran prestigio de la política histórica española. Maura vió la autonomía de Cuba. Maura vió y resolvió en parte el problema regionalista. Maura se ha rebelado contra el constantinismo de aquí. Maura es lo único positivamente serio, positivamente ciudadano que tiene en política histórica y monárquica la raza española. Maura ha visto el horrendo problema de la neutralidad. Maura inspira confianza. Es un anciano varón que siempre observó una conducta honorable. España hubiera dicho:

—Si ese hombre piensa así, piensa con honradez y sinceridad.

Y la asquerosa propaganda germanizante se hubiera estrellado contra ese robusto y fuerte pecho.

Y España, como Grecia, conducida por otro grande y supremo caudillo, hubiera tenido el gesto más hermoso, y hubiera entrado, ante los vítores del mundo, por el ancho camino de su rehabilitación y de su grandeza.

¿Por qué vacilaste, gran orador? Tú, que arrostraste por orgullo ciudadano las iras del poderoso, que no te has humillado, que conoces el problema integral de tu patria, que sabes esto y que intentaste realizarlo, ¿por qué tu voz vaciló, y en aquella mañana llena de sol no lanzaste el divino grito generoso que yo esperaba, trémulo de ansiedad y de patria? ¿Qué oculto

ADRIÁN DE ALMOGUERA

Autor de las caricaturas que ilustran este libro.

designio hizo enmudecer á tu garganta? ¿Qué mano contuvo tu glorioso gesto? ¿Por qué rectificaste y te fuiste al retiro de la Montaña, esquivo y silencioso?

¡Maura, nombre que tantas cosas nobles concitas en el espíritu, aún es tiempo!

Sal de tu destierro. Yergue la prestancia de tu insigne figura. Habla, habla á esta pobrecita gente que sin ti acaso morirá de cansancio mental, de zozobra íntima, de abandono. Ya veo tu mano recia y morena de cazador y de artista en actitud oratoria. Ya escucho tus palabras y me estremezco ante tu numen, ¡oh patricio griego!

En el pantano hediondo de mi patria sólo tú, con eficacia absoluta, puedes hacer de España en breve tiempo un pueblo en marcha, una raza conducida por el azul y amplio camino de su resurrección integral.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Dos palabras	7
«Armando Guerra»	11
Pío Baroja	19
J. Salaverría	25
Villaespesa	31
Angel Herrera	37
J. Benavente	43
Matilla	51
Juan Pujol	59
Delgado Barreto	67
Weyler	75
López Ballesteros	83
Antonio de Hoyos	89
¡Cánovas Cervantes!	97
Ignacio de Santillán	105
Rodrigo Soriano	113
Carracido	121
Villanueva	129
Alcalá Zamora	137
Cirici Ventalló	145
Salillas	151
Vázquez de Mella	157
Gómez Hidalgo	167
Pedro de Répide	175
Cobián	181
Antonio de la Villa	191
Senante	199
Sotomayor	205
Vicente Gay	211
García Cortés	217
Calvo Sotelo	225
Miguel Fernández «Fernanflor»	233
Maura	239

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU